

CUANDO LA LUNA LLORA

CHIKI FABREGAT



edebé

CUANDO LA LUNA LLORA

CHIKI FABREGAT



edebé

CHIKI FABREGAT

CUANDO LA LUNA LLORA



© Chiki Fabregat, 2019

© Ed. Cast: Edebé, 2019
Paseo de San Juan Bosco, 62
08017 Barcelona
www.edebe.com

Atención al cliente: 902 44 44 41
contacta@edebe.net

Directora de Publicaciones: Reina Duarte
Editora de Literatura Juvenil: Elena Valencia
Diseño de la colección: Book & Look
Fotografía de cubierta: Istock by Kane Taylor on Unsplash

1.ª edición, octubre 2019

ISBN: 978-84-683-4194-1

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Para Ana, mi *geme*, que es luna siempre.

Que es.

Que siempre.

24 de junio



Luna nueva

La abuela murió una noche sin luna. Mamá dijo que se había apagado como se apagan las velas, dando más luz en el último momento. Era una mierda de comparación.

Me había dado mi regalo de cumpleaños unas horas antes de morir, aunque faltaran más dos meses. Siempre hacía igual. Se adelantaba unos días, nunca tantos, y me hacía prometer que no lo abriría hasta la primera noche sin luna. «Todo lo que importa —decía— tarda en llegar al menos una luna nueva». Jamás me salté su norma, porque sus regalos me importaban mucho. Ella me importaba mucho. Con cinco años me dio la semilla de las flores eternas; a los once, el anillo de los dioses malditos, que no era otra cosa que una platilla enrollada; cuando me vino la regla, el hilo para unir estrellas fugaces, y cuando Marcos Rodríguez me dejó para liarse con Aitana, el espejo de las miradas tristes. Elegía el momento, me pedía que esperase, durante días me iba preguntando, me contaba cuentos... y, cuando por fin la luna desaparecía del cielo por una noche, se sentaba a mi lado e inventaba una historia en la que ella, lo que me hubiese regalado y yo éramos protagonistas. Y ese era el verdadero regalo.

Pero aquella noche no había luna. Me entregó un paquete pequeño, envuelto con seda azul y atado con una cinta de plata, y dijo: «No dejes que lo encuentren». Mamá leía el periódico junto

a la ventana y papá no quitaba la vista del televisor, así que guardé aquel paquete bajo mi camisa y miré a la abuela, esperando que dijese algo más, pero eso fue todo. Me sonrió con aquellos ojos tan negros en los que me había refugiado desde que tenía memoria y se sentó a mi lado.

Desde que podía recordar, nunca la había visto enferma. Jamás sufrió una gripe o una torcedura de tobillo, no le dolían los huesos cuando cambiaba el tiempo ni se cansaba al subir la cuesta de nuestra calle o al pasear por el Rastro. Pero aquella noche la oí quejarse. No le dolía nada, era mucho peor: estaba triste. Por primera vez habló de su pueblo, de cómo tuvo que marcharse y de que nadie la quería allí. Y yo sentí que aquello le hacía daño. Me contó que la llamaban «la bruja».

—Menudos imbéciles —le dije. Y la besé.

Siguió hablando, pero ya no me miraba ni me acariciaba el pelo. Ni siquiera tengo muy claro que supiera que yo estaba allí. Parecía que estuviese hablando consigo misma, revisando un pasado al que hacía mucho que no viajaba.

—No debí dejar la cuna. No debí marcharme.

El programa que miraba papá en la televisión había acabado hacía un rato, pero nadie se había movido en el salón. Mi padre se acercó hasta nosotras, tomó la mano de la abuela y le prometió que, en cuanto ella quisiera, la llevaría allí de nuevo. La abuela lo miró como si acabase de verlo por primera vez.

—¿Llevarme dónde?

Me acurruqué a su lado y nos quedamos mirando la tele sin verla. Ella con la vista perdida en algún punto de la pared y yo notando el paquete azul bajo la camisa. Cuando se durmió, papá le habló flojito para mandarla a la cama, como hacía siempre. No me despedí de ella. No la besé ni le dije «hasta mañana».

Me marché a mi cuarto y dejé el paquetito azul junto a la almohada durante un rato. Lo miraba, sorprendida aún por haberlo recibido una noche sin luna y emocionada por el secreto. «No dejes que lo encuentren», había dicho. Me puse el pijama sin dejar de mirarlo y, cuando ya no había más excusas ni más formas de alargar el tiempo, lo tomé con mimo.

No tenía celo ni nada que sujetase la seda, solo la cinta de plata. Aspiré hondo. Me temblaban las manos cuando tiré de un extremo para deshacer el lazo.

No era más que un libro pequeño, con tapas de cuero. Es lo que pasa con los grandes misterios, que cuanto más tiempo permanecen ocultos, más fácil es que nos decepcionen. Quedaban restos dorados de algunas letras en la portada, pero no pude leerlas. Lo abrí con cuidado, porque el papel amarillento parecía a punto de romperse solo con tocarlo. En la primera página había un sello antiguo, un exlibris en el que apenas se distinguía un extraño dibujo formado por una «C» grande dentro de la que se cobijaba, como si de una cuna se tratase, una «M» antigua. Lo hojeé y vi anotaciones en los márgenes, escritas con la letra pequeña y desordenada de la abuela. Me arrojé bajo las sábanas y, con la luz de la mesita prendida, empecé a leer mi regalo secreto.

Como cada tarde, Endimión ayudó a su padre encerrando los animales y, al terminar, fue a bañarse en el río. No había vivido ni ocho inviernos y ya sabía que, para disfrutar, primero tenía que trabajar o la diosa Ergía podría llevárselo al lugar en el que ocultaba a los holgazanes. También sabía que dañar a un ser vivo era dañar a Gea, así que entraba en el agua despacio, tanteando antes de pisar, y nadaba sin salpicar apenas.

Era la temporada de tardes largas y noches cortas, de vientos suaves que acarician el monte y

animan a las retamas a florecer. La de los primeros baños a la luz de la luna. Endimión se quitó la túnica y caminó desnudo hasta la orilla del río. Dejó que su cuerpo flotase boca arriba. Le encantaba esperar así a que el cielo se volviese oscuro. Cada noche. Aunque hiciese frío. Aunque su madre lo llamase para que volviera a la casa. Aunque su padre lo reclamase para vigilar el fuego o dar de comer a los animales. Pero aquel día el cielo se puso negro, tan negro que ni las estrellas se atrevieron a asomarse. El agua estaba helada y, cuando Endimión salió desnudo, un resplandor le hizo levantar los ojos justo a tiempo de ver un carro de plata cruzar el cielo. La joven más bella que un mortal pudiese imaginar sujetaba las riendas sin prestar atención a lo que ocurría más abajo.

Tiempo después murió su madre de unas fiebres. Los dioses arrasaron su casa en una estúpida pelea sin mirar siquiera que su hermana y su padre estaban dentro. Su pueblo le dio la espalda porque atraía la desdicha. El rey se llevó sus animales porque un chiquillo no podría ocuparse de ellos.

Se alejó de su pueblo, de su gente, de su casa. Cruzó el bosque en invierno, el llano cuando el sol abrasaba, un río helado y un monte que decían maldito. Se instaló en una cueva, frente a un riachuelo, y cuidó de los animales que otros pastores abandonaban.

Y a pesar de todo, siguió bañándose cada noche. Flotaba mirando al cielo y esperaba ver pasar a la mujer del carro de plata.

Mamá me despertó con la cara llena de lágrimas. Al incorporarme se cayó el libro y dio un golpe seco contra el suelo. El último sonido claro que oí aquel día. Hablábamos bajito mientras sacaron el cuerpo de la abuela cubierto con una sábana, fuimos al Instituto Anatómico Forense y de allí al Tanatorio de la M-30. Tal vez hablamos, tal vez besamos, tal vez recibimos el cariño de todos los que vinieron. Lo he olvidado.

Al entrar en casa, cuando volvimos del tanatorio, noté su ausencia como notaba cada día, en los detalles más pequeños, que ella estaba allí. Las persianas del salón seguían cerradas, caída en el suelo se había quedado la manta con la que papá se tapaba cuando veía la televisión y nadie había ahuecado los cojines del sofá. La puerta de la habitación de la abuela estaba abierta, como la habían dejado los de la funeraria. Me asomé sin entrar del todo. Aquel cuarto era un santuario. Tenía mil cajones, mil rinconcitos en los que ella escondía tesoros y libros y fotografías... Siempre encontraba algo nuevo con lo que sorprenderme, como si aquellos muebles fueran mágicos y conectaran con un lugar del mundo en el que todo era posible. En alguno de aquellos cajones habría estado oculto mi regalo hasta que se decidió a envolverlo con seda azul y una cinta de plata.

Mamá vino hasta el pasillo, me abrazó sin decir nada y cerró la puerta, dejando al otro lado los tesoros, los rincones y los mil cajoncitos. Dejando al otro lado la historia del libro que debía esconder, el único regalo que me había dado una noche de luna nueva, para que no tuviera que esperar. Ya nunca iba a contarme por qué tenía que protegerlo. Faltaban más de dos meses para mi cumpleaños, pero me lo había dado como si supiera que corría prisa. Como si supiera que, unas horas después, estaría muerta.

25 de junio



1 % visible

Nos entregaron la urna con las cenizas al terminar el funeral, y mi padre la recogió y la llevó abrazada contra el pecho hasta que llegamos al coche. Había setenta y tres pasos de distancia. Lo sé porque, en cada paso, la chapita de oro que papá llevaba al cuello chocaba contra el metal de la urna y sonaba como la campana de una iglesia de juguete. Mamá iba a su lado, en silencio. Ni siquiera sus zapatos hacían ruido.

La abuela no era una abuela normal de las que rellenan el silencio solo porque le moleste y no iba a cambiar después de muerta. Cada palabra suya era una campanita de oro, como la chapa de papá golpeando la urna. No hacía preguntas idiotas ni le importaba un suspenso, que terminase los deberes antes de cenar o por qué había dado un portazo. Lo que de verdad le importaba era saber si las noches de luna llena me olían distinto, si me había fijado en que los árboles de la plaza daban flores más azules cada año o cuánto tardaba una hormiga en recorrer el camino desde el bote de mermelada al borde del fregadero. Y, sobre todo, por qué lo recorría.

Papá dejó la urna en el maletero y se quedó un rato mirando antes de cerrar la puerta. Camino a casa, mamá conducía con una mano y apoyaba la otra en la pierna de papá. Solo la movía cuando tenía que cambiar de marcha o si se encontraba una curva y quería sujetar mejor el

volante. Yo lo veía desde el asiento de atrás sin decir nada. Sin tener nada que decir. Ni siquiera lloré.

Mandé un mensaje a Laura desde el coche y, cuando llegamos a casa, me estaba esperando en el portal. Abrazó a papá, le dijo que lo sentía mucho, y luego dejó que mamá la abrazara a ella. Le había pedido que no fuera al tanatorio ni al funeral, pero ahora la necesitaba a mi lado porque quería recordar a la abuela sin que la culpa por no estar llorando me ahogase, y nadie mejor que Laura para remover los recuerdos. Nos reímos de la cara de susto que puso la abuela cuando probó las nubes de azúcar quemadas, de cómo nos encubrió el día que rompimos el perchero o de las gafas sin graduar que llevaba siempre en el bolso para parecer más abuela cuando hiciese falta. Intentábamos reír bajito para no molestar a mis padres, para no ofender aquel momento tan triste. Pero es que yo no estaba triste, porque para eso tendría que haberme creído del todo que se había ido para siempre, que no habría más nubes quemadas ni más secretos ni más cuentos de luna llena.

Ya había anochecido cuando Laura y yo salimos del cuarto. Ella pasó por el salón, volvió a besar a mamá y se quedó un rato abrazada a papá.

—Jo, pobre —dijo, ya en la puerta—, debe de estar hecho polvo. Qué mala época lleva.

Las cosas no habían ido bien el último año. Mi padre había perdido el trabajo y la clínica veterinaria de mamá cada vez tenía menos pacientes. Por las noches, cuando la abuela y yo nos íbamos a la cama, los oía hacer cuentas y calcular gastos, pero subía el volumen de la música y me dormía acunada por canciones que hablaban de amor, no de cómo pagar el alquiler. Papá contestaba a todos los anuncios de trabajo que encontraba y, si lo citaban para una entrevista, volvía arrastrando los pies como si cada uno pesara mil kilos. Mamá le decía que peor para ellos, que ellos se lo perdían, y cambiaba de tema. Los abuelos del otro lado siempre traían comida: un pastel que teníamos que probar, un paquete de jamón que se les iba a poner malo en la nevera, los filetes que tenían tan buena pinta en la carnicería... Papá y mamá seguían haciendo cuentas y mirándose con cara de saber lo que quiere decir el otro sin pronunciar una palabra, mientras yo imaginaba canciones que hablaban de mí.

Hasta que se apagó la dichosa vela, mi regalo se quedó para siempre sin historia y papá caminó setenta y tres pasos abrazado a aquella urna.

—¿Qué vamos a hacer con ella? —preguntó mamá al día siguiente, mientras untaba mantequilla en una tostada.

Mi padre tardó unos segundos en contestar. Miró por la ventana, después a la mesa donde habían dejado la urna al volver del funeral y luego a nosotras.

—Deberíamos llevarla a Covanegra.

Al decirlo se le cortó la voz, como si tuviese un molinillo de polen en la garganta y no pudiera respirar ni expulsarlo. De alguna manera todos odiábamos ese pueblo del que había salido por la puerta falsa. «La bruja», había dicho que la llamaban. Aunque era difícil saber si algo de todo aquello era cierto, porque inventaba historias todo el rato. Unas veces decía que el pantano lo inundó, otras que era un pueblo fantasma que solo podía verse las noches sin luna; creo que incluso la oí contar que el camino hacia el arcoíris nacía en Covanegra.

—¿Y cómo vamos a ir? ¿Siguiendo las baldosas amarillas? ¿Buceando?

—¡Cora! —Mamá tenía ojos de enfado.

Papá no. Él me miró sin decir nada y me odié un poquito. Estaba triste, y yo lo hubiese preferido de mal humor. Entonces sonrió con más tristeza aún.

—Lo del pantano no cuajó del todo y las casas siguen allí, aunque ya no vive nadie.

Mamá dejó la cuchara en el mantel y le acarició la mano. Se quedaron mirándose como si yo no estuviera, que por otra parte era algo que hacían muy bien. Al terminar de desayunar, mamá empezó a buscar información sobre Covanegra y un rato después llamó a papá para mostrarle algo que había encontrado.

Volví a mi habitación, busqué unas cuantas canciones en el móvil, seleccioné la reproducción aleatoria y me coloqué los cascos. El libro seguía en el suelo y la seda azul, con su cinta de plata, sobre la mesilla. Lo guardé todo en el cajón y subí la música hasta no oír ni siquiera mis pensamientos.

27 de junio



12 % visible

Dejamos Madrid al amanecer, camino de un pueblo fantasma que, de repente, era el lugar al que siempre había querido volver la abuela. No llevábamos equipaje, porque era un viaje de ida y vuelta, así que la urna iba sola en el maletero. Intenté recordar dónde la había puesto mi padre para sentarme lejos y no apoyar la espalda contra las cenizas. A ratos la imaginaba rodando de un extremo al otro y me preguntaba si las almas, o lo que sea que queda cuando morimos, se mareaban. Y luego me sentía culpable por un pensamiento tan idiota.

Paramos a tomar un café, después a poner gasolina y, al poco de salir de la carretera de dos carriles en cada sentido a una estrecha y mal asfaltada, preguntamos a unos hombres, porque nos habíamos perdido. Covanegra estaba tan escondido que ni siquiera el navegador del coche se aclaraba del todo. Pero por fin llegamos a lo alto de una montaña y mi madre paró en la cuneta. Nos bajamos los tres y nos asomamos a un mirador desde el que se veía un valle y, al fondo, un río que partía la montaña en dos. Si no me hubiera empeñado en odiar aquel viaje, puede que me hubiera parecido bonito. Pegadas al río había unas cuantas casas de tejados negros.

—Ahí está —dijo mi padre, señalando hacia las casas—: Covanegra.

Estábamos demasiado lejos para ver los detalles, pero no tenía pinta de haber cine de verano ni parque ni bolera. Ni siquiera una miserable pista para patines. Sí se veía un campo de fútbol lleno de charcos con una sola portería, y me acordé de Aitor. No habíamos hablado desde lo de la abuela.

Volvimos al coche y empezamos a bajar por una carretera que no llegaba ni a camino de cabras. Las ramas de los árboles rozaban el techo y al cabo de un rato tuve que subir la ventanilla porque las zarzas me arañaban el brazo que llevaba por fuera. Y porque olía a vaca. No es verdad lo de que las ciudades huelen peor que el campo; es solo un truco para que la gente se traslade allí, feliz de haber escapado de la contaminación. Hasta el asfalto de la carretera parecía menos asfalto y daba la sensación de desmoronarse según pasábamos por encima.

Después de un puente cochambroso y sin barandillas por el que mi madre condujo muy despacio, la carretera desembocó en una plaza. Sin carteles ni desvíos, solo eso, una plaza en el fin del mundo. En Covanegra no parecía haber calles ni cruces ni nada civilizado. Las casas estaban desperdigadas como si hubieran llovido y la que no tenía el tejado roto había perdido la puerta o mostraba un muro de ladrillos mal colocados en lugar de ventanas. Pero en la plaza había dos bancos y sentados en ellos un puñado de vecinos. Nadie me había dicho que estuviera habitado.

Mi madre paró el coche frente a una casa enorme situada al otro lado de la plaza y, antes de que el ventilador del motor dejase de hacer ruido, una mujer se acercó hasta mi ventanilla y sonrió. Estuve a punto de gritar del susto. Tenía más o menos la edad de mis padres y llevaba gafas, el pelo recogido en un moño bajo y una rebeca gris echada por los hombros.

—Soy Ana —dijo. Y señaló hacia una casita que había al borde de la carretera con una cruz verde en la fachada—, la farmacéutica.

Papá se bajó del coche. Le tendió la mano y le explicó por qué estábamos allí. Al oírlo, los de los bancos se levantaron y vinieron hacia nosotros. La farmacéutica no dejaba de sonreír, como si le hubiesen puesto unas pinzas detrás de las orejas que le impidiesen cambiar de gesto.

—Bienvenidos a Covanegra —dijo uno de aquellos vecinos.

Mamá y yo nos bajamos del coche y nos unimos a ellos. Ana nos fue presentando a los demás; decía su nombre y su profesión, como si no fueran más que lo que hacían: Ana, farmacéutica; Lucía, electricista; Tomás, albañil, fontanero y quien nos había dado la bienvenida. Y así, uno a uno, nos saludaron todos. Algunos murmuraban un «lo siento» al estrechar la mano de papá, y otros, alguna de esas fórmulas antiguas y sin sentido: «te acompaño en el sentimiento», «mi más sentido pésame». Solo me quedé con algunos nombres y no hice el esfuerzo de recordar más, pero papá y mamá sí parecían interesados en aquella gente. En la esquina de la iglesia, justo en el lado opuesto al que estábamos, había una mujer canosa que no nos quitaba ojo. Llevaba el pelo tan enredado que una familia de gorriones podría haber anidado allí.

La plaza no era más que un rectángulo mal asfaltado. En un lado estaba la iglesia y en el de enfrente la casa grande, casi un palacio comparado con todo lo que nos rodeaba. De piedra gris y tejado negro, me recordaba las construcciones de castillos con las que jugaba de niña. Todas las persianas estaban bajadas y la puerta, de madera oscura y con tachuelas de hierro, albergaba una puertecilla mucho más pequeña que tenía pinta de no haberse abierto hacía muchos años. Intercambiamos unas cuantas palabras más y papá fue hacia el maletero. La urna estaba dentro de una bolsa grande, rodeada de trapos o de trozos de manta para que no se moviera. La sacó

con cuidado y la sujetó con los brazos, muy pegada al pecho, y me dispuse a contar las campanadas de mentira que nos separaban de donde quiera que fuésemos. Desde que la abuela había muerto no había llorado, pero en ese momento me costó aguantar las lágrimas.

Caminamos por la carretera y, sin que nadie dijese nada, sin invitación y sin pedir permiso, los vecinos vinieron con nosotros. También Ana, la farmacéutica. Llegamos hasta un puente más grande que el que habíamos cruzado al llegar a Covanegra y mis padres se acercaron a la barandilla. El río estaba muy quieto y, aunque era verano y se supone que a esas alturas los ríos de montaña no llevan demasiada agua, a mí me pareció ancho y profundo. Los vecinos se quedaron unos pasos más atrás mientras nosotros volcábamos la urna por encima de la barandilla y mirábamos cómo el aire agitaba las cenizas y las alejaba del agua. Tardaron una eternidad en posarse y se quedaron flotando, como si la abuela se negase a irse del todo. El agua empezó a agitarse un poco alrededor de la mancha gris y se hizo un pequeño remolino, muy pequeño, sí, pero lo justo para que por fin las cenizas se hundieran.

Abajo, junto al río, la mujer del pelo gris enredado no dejaba de mirar al agua. Creo incluso que se pasó la mano por los ojos cuando las cenizas desaparecieron. Y detrás de ella, un chico alto y delgado nos miraba a nosotros. A mí. No sé si sonrió o si solo lo imaginé.

Un grito rompió el silencio que las cenizas de la abuela habían provocado. Me giré y vi a mamá; era ella la que había gritado y ahora tenía una mano tapándose la boca y con la otra señalaba hacia el río. La farmacéutica la abrazó mientras papá y otros cuantos corrían hacia un lado del puente. Miré al agua. Un hombre flotaba boca abajo. La corriente lo arrastró un poco más, hasta la base del puente, y caminé hacia la otra barandilla para verlo salir, como un barco de papel al que persigues por las alcantarillas, pero no asomó. Estábamos todos los que no habíamos bajado hasta el agua esperando a que el cuerpo pasara en ese navegar lento e inútil con el que había aparecido. Oí la voz de mi padre que decía algo de una roca y la de mi madre hablando por teléfono con la policía. Los oía lejos. Como en sueños. La visión del cuerpo flotando boca abajo ocupaba toda mi cabeza. Eso, y el remolino de cenizas. Mezclados. Habíamos tirado las cenizas encima de aquel hombre. O tal vez no, tal vez habían sido dos hechos separados, pero mi mente se empeñaba en superponer las imágenes.

La mujer del pelo enredado se acercó y tiró de mí, alejándome de la barandilla. «El río nos guarda», me dijo. La urna de la abuela se había quedado en el suelo, seguramente porque papá la dejó allí cuando bajó corriendo hacia el agua, y mamá se agachó a recogerla. Papá apareció tras unas zarzas que flanqueaban el puente y se la quitó de las manos. Caminamos de vuelta hasta el coche abrazados los tres y papá dejó la urna vacía en el maletero. No quise saber qué harían con ella, solo esperaba que no la llevaran a casa.

Iba a abrir la puerta para volver a mi asiento cuando oí las sirenas. Tres coches de la Guardia Civil, con las luces del techo encendidas, cruzaron el puente pequeño y luego la plaza a toda velocidad. El tiempo se congeló un instante. Papá de pie, junto a uno de los hombres que nos habían acompañado; mamá con Ana, la farmacéutica, que miraba hacia el puente; la mujer del nido enredado apoyada en la pared de la iglesia, y yo con la mano a punto de abrir la puerta del coche. Ni siquiera el pastor alemán que andaba por allí jugueteando se movió. Entonces los coches de la Guardia Civil pararon junto al puente grande, se abrieron las puertas y ocho o diez hombres uniformados bajaron corriendo hacia el río. Hablaban a voces.

Y, del mismo modo que todos nos habíamos quedado congelados al oír las sirenas, cuando las apagaron volvimos a la vida. Mis padres se sentaron en un banco de la plaza y entre unos y otros enumeraron los casos de muertos en el río, de accidentes extraños. De gente desaparecida.

Yo solo quería marcharme de allí, pero mis padres, de repente, tenían un interés morboso en todos aquellos dramas, así que busqué mis cascos y seleccioné unas cuantas canciones antes de acercarme a donde estaban y sentarme en una esquina, apoyada contra la pared de la iglesia, tan lejos como para no escucharlos y tan cerca como para no parecer enfadada.

Al cabo de unos minutos, una mujer se acercó con un pan redondo en la mano. De algún sitio llegó una barra de chorizo que Tomás empezó a cortar con una navaja, luego queso... Mamá se ocupó de pasarme trozos de todo aquello y, antes de que nos diésemos cuenta, habíamos comido con unos extraños. Aunque seguía parapetada en la música, me llegaban palabras sueltas de la conversación: rehabilitar, pantano, licencia. Teníamos cuatrocientos kilómetros por delante, pero alguien dijo «café» y papá, mamá, el hombre que se había presentado como albañil y fontanero y un pastor alemán que dormitaba a sus pies se levantaron. Mamá me hizo un gesto para que los siguiera y entrase con ellos en una casa cochambrosa, pero preferí quedarme fuera. Los coches de la Guardia Civil se fueron en fila, sin sirenas ya ni luces.

El pastor alemán de Tomás se me acercó con una pelota llena de babas y la lancé flojito. Me miró, se dio la vuelta y se tumbó en el suelo, así que fui yo a recoger la pelota y la dejé a mi lado. Entonces volvió a morderla y a entregármela, y yo la volví a tirar y empezamos todo de nuevo. Terminé siendo yo quien se movía y él quien organizaba aquel juego tan ridículo y, de no ser porque llegó Ana, la farmacéutica, hubiéramos seguido así toda la tarde.

—Te cansarás tú antes que él, me temo.

—No sé de qué va a cansarse, si no se mueve.

Puede que fuera demasiado seca. No era mi intención. De hecho, había intentado sonar graciosa, pero estaba cansada del viaje, de aquel sitio, de los desconocidos, de las cenizas de la abuela. Intenté arreglarlo:

—Pensaba que ya nadie vivía aquí.

Sonrió y se encogió de hombros.

—No llevan mucho. Otros han venido antes y se han ido al poco tiempo. Covanegra no acoge bien a las visitas —señaló hacia el río, justo donde un rato antes habían aparcado los coches de la Guardia Civil.

El perro me acercó la pelota y me golpeó flojito la mano con la trufa. La lancé y se me quedó mirando, como si esperase que fuera a buscarla. Papá y mamá seguían dentro de la casa, el sol se estaba ocultando y la camiseta de tirantes con la que había llegado de Madrid me sabía a poco.

—Se os hará tarde para el viaje de vuelta —dijo Ana, como si me hubiese leído el pensamiento.

—A mamá no le gusta conducir de noche. Como no salgan pronto, tendremos que dormir aquí.

Lo dije sin pensar, claro que no íbamos a dormir allí, pero Ana abrió mucho los ojos.

—¿Tenéis casa?

Antes de que pudiera responderle, Tomás y mis padres salieron por la puerta charlando como si se conocieran de toda la vida. Algo había cambiado allí dentro. Les brillaban los ojos y se palmeaban la espalda, hacían bromas que solo ellos reían.

Nos acompañaron hasta el coche y, cuando me estaba abrochando el cinturón, Tomás dijo un «hasta pronto» y luego hizo el gesto con la mano como de llevarse un teléfono a la oreja.

Arrugué el jersey que había dejado en el asiento, lo coloqué entre la ventanilla y mi cabeza y creo que me dormí antes de llegar a la carretera principal. Había anochecido por completo y en

el cielo había una raya de luna como una uña recién cortada.

28 de junio



20 % visible

Mamá estaba en la cocina cuando me levanté. Miraba algo en el portátil con tanta atención que intentó beber del vaso de café sin darse cuenta de que ya estaba vacío. Me acerqué. Era la página de un periódico y una fotografía del tipo ahogado en el río ocupaba media pantalla.

—Ay, qué asco, mamá.

El hombre estaba boca arriba y tenía los labios tan hinchados que casi le llegaban a la nariz. Era una imagen repulsiva y aun así no podía apartar los ojos de ella. Mamá cerró la pantalla y se levantó a prepararme el desayuno.

—Al final lo desengancharon de la piedra y la corriente lo arrastró. No lo pudieron sacar del agua hasta dos o tres kilómetros más abajo, en otro puente.

Unté las tostadas intentando apartar la imagen de mi cabeza, pero mamá seguía contándome todos los detalles de lo que había leído.

—Estaba muy hinchado, como de días.

—Mamá, por favor —dije señalando la tostada que acababa de morder.

—Ay, sí, perdona.

Durante toda la mañana tuve aquella imagen en la cabeza. Iba y venía, de golpe, sin que pensara en el río ni en el pueblo ni en la abuela. Ni en nada. Solo aparecía allí, cuando me estaba peinando frente al espejo o mientras elegía qué vaqueros ponerme con las dos puertas del armario abiertas. Cuando llamé a Laura y se lo conté, tardó tres segundos en buscar más información y contarme que el hombre del río no llevaba documentación y que la policía andaba investigando quién era. Y que en 1970 ya había aparecido otro muerto flotando en ese mismo puente. Y que había muchos misterios en ese río. Oía a Laura teclear y de vez en cuando me decía «ajá» o algo parecido, así que me despedí, porque tenía la sensación de estar hablando sola, y me puse la música tan alta que mamá tuvo que venir hasta mi cuarto para avisarme de que ya estaba la comida.

—¿Cuándo se vino la abuela a Madrid? —dije, mientras revolvía la sopa para que se enfriara.

Papá y mamá me miraron.

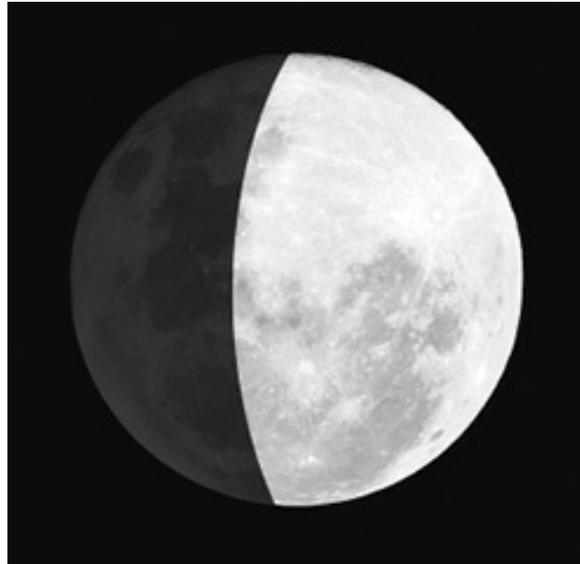
—No hablaba mucho del pueblo, ya sabes.

—Laura ha encontrado una noticia de otro muerto de hace años, pero no sé si la abuela seguía allí o si ya se había venido.

—Laura es una dramática, no le hagas demasiado caso —dijo mamá.

Pero se miraron. Se miraron como se miran siempre. Y luego cambiaron de tema.

2 de julio



60 % visible

Durante unos días me fingí ciega, sorda y medio imbécil, para no darme cuenta de que mis padres tramaban algo. Pasaban horas delante del ordenador, hacían llamadas, y el sábado entraron a la habitación de la abuela. Sacaron la ropa en bolsas grandes que mamá quería llevar a la iglesia y un montón de trastos que llenaron toda la casa del olor a caramelos de violeta que siempre llevaba por los bolsillos. Oía el roce de la madera cada vez que abrían o cerraban un cajón, y aguantaba el aire en los pulmones para no hacer ruido y escuchar si descubrían algún tesoro. Si lo hicieron, no me dijeron nada. Durante todo el fin de semana vi salir bolsas que se acumulaban en el pasillo en montones diferentes: las de la iglesia, las de tirar, las de ya veremos luego.

También sacaron una caja roja de cartón con las esquinas metálicas en la que había un montón de papeles. Los extendieron sobre la mesa de la cocina y se olvidaron de que yo estaba allí, de que había algo más que no fueran ellos y sus estúpidos papeles. Acerqué una silla y me senté a ver qué tesoros guardaba la caja roja con esquinas metálicas. Estar allí, revisando los papeles de la abuela, me hacía sentir incómoda. Ellos, en cambio, clasificaban en torres diferentes, revisaban y tomaban notas, sin que el dolor de leer su nombre o su olor los afectara. Había cartas con el sello

de la Confederación Hidrográfica del Duero y algunos recortes de periódico sobre cosas que habían pasado en Covanegra. Tal vez la abuela no hubiese regresado nunca, pero había seguido interesada por lo que ocurría allí. También manosearon el libro de familia de cuando se casó con el abuelo, la partida de nacimiento de papá, un contrato de alquiler de un piso en Madrid y un certificado raro en el que figuraba el nombre de la abuela y una fecha con una interrogación detrás del día: 4? de enero de 1954. Los espacios para el nombre del padre y de la madre estaban en blanco, solo con una raya. Papá lo miró un rato largo, suspiró y volvió a dejarlo en el montón del que lo había sacado.

Aquel montoncito de papeles era todo lo que nos quedaba de la abuela. Eso, y el recuerdo de las mil historias que inventaba.

El domingo, cuando me levanté de la siesta, los encontré sentados en el suelo del salón, rodeados de los mismos papeles que el día anterior estaban en la cocina.

Mamá se puso en pie y miró a papá. Él debió de entender su mirada, porque se levantó también, se acercó a mí y me agarró de las manos. Tenían esa cara que ponen cuando quieren darme una noticia y no están seguros de cómo voy a reaccionar, pero me di cuenta dos segundos tarde.

—¿Qué te parecería mudarnos a Covanegra?

La imagen del hombre ahogado me vino de golpe a la cabeza. Papá habló de Tomás, de rehabilitar una casa, de montar una pequeña clínica, de la falta que hacía que alguien arreglase los jardines. De la cantidad de plantas desconocidas que había en la zona. Mi madre le quitó la palabra para contarme lo bonitos que se ponen los Picos de Europa cuando empieza el deshielo y todo brilla como si hubiera caminitos de plata por el monte, incluso señaló el ordenador, como si allí estuvieran las fotos de aquel paraíso que intentaban venderme. En algún momento de la conversación dejaron de mirarme a mí y se colocaron uno frente al otro. Parecía una de esas escenas ridículas de las series de policías en las que un actor termina las frases del otro para contar lo que ha pasado o quién es el asesino.

Cuando se cansaron de jugar a vendedores de paraísos, se giraron hacia donde yo estaba, aunque hubiera preferido que siguieran ignorándome. Mamá dijo que no habría mudanza si yo no estaba de acuerdo. También dijo que vivir en Madrid era cada vez más difícil, que el alquiler de los dos últimos meses nos lo habían prestado los abuelos y que las familias tienen que apoyarse.

—¿En serio? ¿Para qué me preguntáis? Lo tenéis más que decidido.

—No podemos seguir así, Cora. Es una oportunidad. Tomás y los otros han conseguido ayudas para rehabilitar el pueblo y es ahora o nunca.

—¿Pero eso significa no ver a mis amigos en todo el verano!

Me arrepentí antes de terminar la frase. Cruzaron una mirada que para ellos estaba llena de significado y a mí solo me daba miedo. El verano. El verano sin mis amigos. Era lo del verano lo que les había hecho mirarse así. Mamá había dicho mudanza. No maletas o vacaciones. Mudanza.

—¿Y el instituto? —Si ellos podían jugar al chantaje emocional, yo podía apelar a su responsabilidad como padres.

—Puedes inscribirte en el programa de Bachillerato a Distancia. O estudiar en León.

—Y no tiene por qué ser para siempre. Si no nos gusta, cuando terminemos de rehabilitar la

casa, la vendemos y con lo que nos den nos volvemos a Madrid —añadió mi madre.

Habían tomado la decisión y lo de acordarlo en familia era un trámite incómodo de padres modernos que fingen escuchar la opinión de sus hijos. Puse un par de pegas más: las clases de patinaje, el grupo de *scouts* con el que no salía desde hacía meses... Para todo tenían respuesta, como si llevaran siglos preparándose para aquella conversación. Tal vez era así, tal vez estaban buscando una excusa para dejar atrás su vida mientras yo escuchaba canciones, una detrás de otra, a todo volumen y volcaba toda mi energía en añadir mi nombre en cada declaración de amor. Aquella batalla la había perdido antes de desenfundar mi varita. O mi espada. O lo que fuera que utilizan los perdedores para defenderse.

Así, «en familia», decidimos mudarnos al fin del mundo, al pueblo donde los muertos aparecían flotando. Lejos de mi instituto, justo el año en el que podía salir a la calle en los recreos sin dar explicaciones; lejos de Laura, mi mejor amiga, ahora que habíamos conseguido dormir una en casa de la otra sin que nuestros padres se llamaran; lejos de mi novio, justo cuando habíamos decidido dejarnos de tonterías y llamarnos novios.

Quedé con Aitor en el kebab del Rastro. Un poco más abajo, en el bar del Mercadito, estaba todo el barrio bebiendo botellines por menos de un euro. Los saludé al pasar, besé a unos y evité a otros; alguno dijo que sentía lo de mi abuela y los demás se quedaron en silencio un segundo para volver enseguida a sus ridículos planes de verano, pero en cuanto vi a Aitor asomar por la esquina, me despedí y eché a andar a su encuentro. Quería contárselo antes que a nadie.

Me dijo que ya había reservado las entradas para el festival de no sé qué playa y que solo faltaba el permiso de mis padres. Estaba oscureciendo y no hacía demasiado calor, así que nos sentamos a una mesa de la terraza.

—Podemos convencerlos para que se apunten —dijo, señalando hacia donde estaban todos—, pero llevamos nuestra tienda de campaña.

—Luego vamos con ellos si quieres. Necesito estar un rato a solas.

Sonrió con los ojos. Aitor tenía la extraña capacidad de sonreír sin mover la boca; tal vez por eso me gustaba tanto. Estiró el brazo por encima de la mesa y me acarició la mano mientras hablaba. Estaba tan moreno que al juntar las manos parecíamos un cartel de Naciones Unidas. Él hablaba de un primo suyo que podía dejarle la tienda, de que mejor en tren, aunque fuera más caro, porque los autobuses son incómodos, y de lo cerca que estaba la playa si nos apetecía darnos un baño... Mientras, yo jugaba con los hielos de la coca-cola. Había una media luna en el cielo y se reflejaba en la mesa. Cada vez que levantaba el vaso, dejaba una marca de medio círculo húmedo en el metal. Probé durante un rato a cubrir el reflejo blanco poniendo lunas húmedas de mentira, como en esos decorados de los belenes de Navidad que se venden por metros, donde siempre hay estrellas y, si aciertas en el corte, puedes juntar dos lunas redondas en el mismo cielo.

—Mis padres quieren mudarse.

Lo dije aguantando las lágrimas, y él retiró su mano de la mía.

—¿Te vas del barrio?

Solo moví la cabeza para decir que no. Si abría la boca, iba a echarme a llorar. Me concentré en borrar todas las lunas de agua con el dedo para no mirarlo.

—Covanegra. Un pueblo de León.

—¿Cuándo?

Ya no pude aguantar las lágrimas.

Él no lloró ni se puso triste. No me dijo que me echaría de menos o que buscaríamos la forma de seguir juntos, como habíamos hecho en las vacaciones de Semana Santa, cuando su padre se empeñó en llevarlo al Camino de Santiago. Ni siquiera dijo que mis padres eran lo peor y que no podían hacernos eso o que nos fugaríamos al fin del mundo donde nadie nos encontrase. Solo se enfadó.

Se enfadó conmigo.

Se enfadó tanto que me dejó allí plantada sin terminar la cena y, lo que es peor, sin pagar su parte. Lo vi alejarse calle arriba, hacia Cascorro, huyendo de mí y de los amigos que reían unos metros más abajo. Ni su casa ni las canchas estaban en esa dirección.

Laura vino corriendo cuando la llamé y engulló el *dürüm* de pollo y las patatas fritas porque es de esas amigas que se comen la cena que no han pedido y además la pagan solo para que no te des cuenta de que te han dejado sola, llorando, en un kebab del Rastro.

Después Aitor llamó varias veces y me mandó cien mensajes de disculpa, pero no respondí, ¿para qué? La primera reacción ante una noticia es la que nos define. Lo que viene después son parches, mentiras. Maquillaje. Él había reaccionado como el imbécil que siempre fue, solo que hasta esa noche no me había dado cuenta.

Dormí en casa de Laura para llorar sin que nadie me acusara de pensar solo en mí. Con ella podía ser egoísta sin esconderme detrás de unos cascos a todo volumen. Nos habíamos conocido cuando aún llevábamos pañales y nunca, jamás, la oí juzgarme o decirme que estaba equivocada. Y, sobre todo, nunca, nunca, se había regodeado en un «te lo advertí», y no por falta de oportunidades. En las grandes crisis nos atiborrábamos de helado o sacábamos las fotografías de cuando éramos pequeñas y su madre nos disfrazaba y nos hacía moños. Nos reíamos tanto que se nos olvidaba por qué habíamos empezado a llorar. Pero aquella noche no. Solo se tumbó a mi lado y me dejó llorar hasta que me quedé dormida.

Soñé con un cielo plagado de lunas que se borraban cuando intentaba alcanzarlas.

9 de julio



Luna llena

Covanegra, un pueblo perdido, muerto, con poquísimas referencias en internet y un par de fotos colgadas en el blog de un turista despistado, se convirtió en el centro del mundo para mi familia. Laura encontró varias páginas que hablaban de pantanos a medio construir, alguna que otra leyenda de espíritus que dormían en pueblos cubiertos por el agua, dos noticias de accidentes de tráfico, una plataforma de afectados por la silicosis de las minas y un periódico local que hablaba de una subasta de unos cuadros que había interrumpido la policía porque no estaba claro de dónde habían salido. Y la foto del hombre ahogado con los labios tan grandes que casi le llegaban a la nariz. Pero a mis padres nada de todo eso parecía importarles.

Le hablé a Laura del chico alto que me miraba desde el río cuando tiramos las cenizas de la abuela y me dijo que mejor un chico alto y guapo que un museo y tres estatuas, que el turismo de monumentos está sobrevalorado. Riendo unos ratos y llorando otros, trazamos mil planes para boicotear aquella locura. Según ella, mis padres tenían que darse cuenta solos de que se habían equivocado; tenían que ser ellos los que decidiesen volver al terminar el verano si no quería que me echasen en cara haberme cargado su plan de vida. ¡Su plan de vida! Ni siquiera estaba segura de que a la abuela le gustase que hubiéramos echado sus cenizas en el río. Mi

padre había elaborado una mierda de teoría sobre cerrar círculos que a mí me parecía tan absurda como infundada y que había puesto mi vida cabeza abajo, como un murciélago dormido en el techo de una cueva.

Laura se puso pesada con la leyenda de los fantasmas y yo lo compensé enseñándole una noticia de una niña que apareció en el río, como un Moisés moderno. «El río nos guarda», había dicho la mujer del nido en la cabeza. La frase me vino a la mente sin querer, pero preferí no decirle nada a Laura para no darle más alas a su imaginación.

En una semana empaquetamos toda la casa, tiramos un montón de recuerdos y regalamos muebles, ropa, libros... Si nos hubieran dado unos días más de plazo, no habría hecho falta el camión de la mudanza que abrió aquella boca de dos puertas y se tragó toda mi vida como un monstruo sin remordimientos.

Nos marchamos temprano. La luna no se había ocultado del todo y se veía redonda y perfecta, como si se riese de mí o me dijese que me había vencido. Nadie vino a despedirme ni corrió detrás del coche mientras nos alejábamos, como pasa en las películas. Solo estábamos papá, mamá, la estúpida luna llena y yo. Y la incómoda certeza de que la vida de todos continuaría igual, aunque yo ya no estuviera.

Conocíamos el camino y aun así tardamos media vida en llegar. Nos desviamos como un millón de kilómetros para comer en una ciudad medieval que mi madre había visto en una guía de viajes y se pasaron toda la comida haciéndose guiños y acariciándose las manos por encima de la mesa. Solo hacía una semana que habíamos hecho el mismo viaje, pero qué distinto era todo.

Volvimos a parar en la misma curva de la primera vez para ver el pueblo desde arriba. Mi madre sacó el teléfono y miró las fotos que le había mandado Tomás.

—Esa de ahí, la del tejado rojo, es la nuestra.

En una esquinita del pueblo había una mancha roja, tan pequeña que parecía la pincelada de un pintor despistado. Miré el reloj. Laura y los chicos estarían en el parque de la estación y Aitor ya habría empezado con los entrenamientos.

En el tramo final de la carretera, mis padres empezaron a cantar esa estúpida canción de la flor y el mar que ponen siempre a todo volumen cuando llegamos a algún sitio como señal de que el viaje ha terminado. Se me revolvió el estómago mientras aguantaba las lágrimas.

Como la primera vez, allí seguían todos los vecinos en los bancos de la plaza. Y el perro de Tomás; Chusco, creí recordar que se llamaba. Y la farmacéutica. Y un tipo nuevo, con un acento extraño, un chaleco como los que llevan los fotógrafos y un mechón blanco en la barba, que saludó a mis padres cuando bajaron del coche y luego llegó hasta mi puerta y la abrió sin más.

—Hola, soy Boyko.

Después Tomás se unió a nosotros. El tipo del mechón en la barba, Boyko, había dicho, se retiró para que pudiera bajar del coche y, antes de que estuviera fuera del todo, Tomás me tendió la mano:

—Tú eras Cordelia, ¿verdad?

Boyko hizo un gesto con la boca parecido a una sonrisa y añadió:

—La hija del rey Lear.

No era un buen comienzo. Nací a bordo de un barco porque mis padres no habían calculado que podía llegar antes de lo previsto y la abuela decidió que era una señal y que tenía que llamarme Cordelia, la hija del mar. Mamá estaba tan cansada que no se opuso y papá dijo que

había un lirio de agua con ese nombre. No ha habido profesor que, el primer día de curso, no haya hecho un comentario sobre *El rey Lear*, sin saber que mi abuela jamás leyó a Shakespeare. Solo a ella le consentía que me llamase así, porque cuando me nombraba lo hacía despacio, como si paladeara el sonido de cada letra, y los ojos le brillaban. Tal vez le recordaba alguna de las historias que se inventaba o tal vez solo me lo imagino para encontrar un sentido a un nombre tan idiota.

—Cora —les aclaró papá, que había dado la vuelta hasta donde estábamos.

—Claro, claro. Perdona.

Me separé de ellos y caminé hacia la casa grande. Las hierbas crecían sin orden por todos sitios y rompían el asfalto aquí y allá. Papá tenía mucho trabajo que hacer.

—Con la luz del sol es todo más bonito. Te gustará.

Dije que sí con la cabeza, aunque cada vez tenía más claro que aquello no iba a gustarme nunca. Cuando me giré para ver quién me había hablado, me encontré con la sonrisa de la farmacéutica.

—¿Y la cueva?

Ella abrió mucho los ojos y por un segundo se olvidó de sonreír.

—Cova negra —dije—. Habrá una cueva negra, ¿no?

Entonces sonrió de nuevo.

—¿Sabes lo que dicen de Santillana del Mar, que ni es santa, ni llana, ni tiene mar? Pues algo así pasa con Covanegra. Cuevas puede haber muchas, pero no hay ninguna cueva negra.

Una vecina pelirroja a la que no recordaba de la primera vez se acercó con una bolsa en una mano y un plato tapado con papel de aluminio en la otra. Dijo su nombre, seguro que dijo su nombre, aunque no pude retenerlo. Nos despedimos del resto y mi padre la ayudó con los bultos mientras caminábamos hasta nuestra nueva casa. Mi madre acercó el coche para que pudiéramos sacar el equipaje mientras papá y yo nos despedíamos. El camión de la mudanza no llegaría hasta el día siguiente, pero habíamos traído algunas cosas para pasar la primera noche.

El tejado rojo, visto de cerca, no era tan rojo.

—He puesto plásticos en las ventanas —dijo la pelirroja—, pero ayer estuvo lloviendo, así que igual hay un poco de humedad. Tomás os ha enganchado la luz hasta que podáis contratarla y las tuberías parece que funcionan. —Se quedó un momento parada, como esperando que le ofreciésemos entrar, pero nadie movió un dedo—. Os he encendido la chimenea.

Se marchó por un camino que salía frente a la casa y abrimos la puerta, sin más. Sin llave ni nada. El salón estaba limpio y vacío, salvo por un sofá en el que un gato se había afilado las uñas y una mesa de madera. No hacía frío, pero me gustó ver las llamas bailando arriba y abajo, casi vivas.

Cuando entró mamá, dejamos las cosas que nos había dado aquella mujer sobre la mesa y cruzamos el salón para ver el resto de la casa. La cocina era tan grande como todo el piso de Madrid, con baldosas medio rotas por las que no parecía seguro andar descalza, y tenía una puerta a un espacio de tierra y hierbajos del que papá se enamoró perdidamente. En el baño había una bañera gris con patas de hierro como las de las revistas de decoración que hojeaba siempre en el dentista. A ellos les pareció tan divertida que hasta sacaron el móvil para hacer fotos, pero a mí me daba un poco de miedo. O de asco, no sé.

Su habitación era grande, con una cama en el centro, dos mesitas diferentes y una silla sin asiento en una esquina. Alguien había puesto las sábanas y lo había limpiado todo; hasta habían colocado un jarrón con flores en una de las mesitas. Mientras papá y mamá se abrazaban, yo me

di la vuelta sin hacer ruido y salí en busca de mi habitación.

Al abrir la puerta di la luz y un puñetazo rosa me golpeó los ojos. Había entrado en el universo de Barbie Chiclé como quien entra en una pesadilla, sin cartel que advierta del peligro. Laura se iba a estar riendo una semana cuando se lo contara; desde luego no pensaba mandarle ninguna fotografía. Cortinas rosas, colcha rosa y un peluche enorme, rosa también, sobre la cama. Miré al techo y me encontré con una lámpara de cristallitos transparentes de la que colgaban unas plumas largas y esponjosas que se movían como si alguien hubiera soplado sobre ellas. No sé en qué momento llegaron mis padres, pero yo seguía junto a la puerta, mirando aquel horror y rezando para que hubiera otro dormitorio.

—Vaya —dijo mi padre—, se han... esforzado en montarte una habitación perfecta.

Mamá se acercó por la espalda, me pasó los brazos por la cintura y me estrechó contra ella.

—Tranquila —dijo—, lo arreglaremos.

Se separó un poco y abrió un armario que ocupaba casi toda la pared.

—Mira, cabe toda tu ropa. —Esperó un segundo por si decía algo, pero al ver que no contestaba atacó de nuevo—: Y la de Laura cuando venga a verte.

Papá corrió la cortina.

—De día tendrás muy buena luz.

Al otro lado del cristal todo era negro y unas sombras se movían despacio, casi rozando la ventana.

—Se ha levantado viento. Mira cómo se agitan los árboles —dijo mamá.

Se miraron con esa cara de saber cada uno lo que piensa el otro. Incluso creo que asintieron. Las ramas se acercaban a la ventana como dedos huesudos de un monstruo y mi padre volvió a cerrar la cortina. Me daba igual si tenía que dormir con ellos, en el salón o en la bañera, pero me negaba a pasar la noche en la caravana de Barbie Chiclé con unas sombras negras esperando a que cerrase los ojos para echárseme encima.

—Venga, vamos a ver si hay algo comestible en todo eso que nos han dado —dijo papá, empujándome hacia el salón.

Sonaron unos golpes y nos miramos extrañados.

—¡La puerta! —dijo mi madre. Y salió corriendo.

Papá y yo la seguimos hasta el salón. Delante de la chimenea estaba la mujer del pelo gris enredado a la que vimos en la primera visita a Covanegra. Me pareció que las llamas estaban vivas, que intentaban acercarse y lamer los andrajos con los que se vestía, pero no se retiró ni se alejó de aquella amenaza. Se quedó mirándome con los ojos muy abiertos.

—Menai. Has vuelto.

Me agarró del brazo con una mano de uñas negras y piel cuarteada y tragué saliva. Papá se puso delante de mí y la mujer me soltó. Le acarició la cara a él y dijo algo sobre que era muy guapo. Después se marchó sin decir nada más. Cuando salió, las llamas se avivaron, posiblemente por la corriente de aire al cerrar la puerta.

Teníamos un montón de sándwiches y latas de refrescos y en la cocina encontramos una nevera de *camping*, con una lechuga y un bote de salsa para ensaladas. Mis padres no parecían darse cuenta de que nos habíamos trasladado a la Edad Media, porque sonreían y se abrazaban cada poco. Iba a costarme mucho convencerlos de que aquel no era nuestro sitio.

Acercamos la mesa hasta donde estaba el sofá y extendimos todo. Durante la cena no paraban de hacer planes para la parte de atrás de la casa; ella quería poner una mesa de madera, y él, un jardín o un invernadero. Apenas toqué mi sándwich y me dediqué a picotear los bordes del pan

mientras planeaba cómo salir de allí. Al terminar, papá puso agua a calentar para el té en un hornillo y, mientras él fregaba los platos en la cocina y mamá abría las maletas en el salón, me escabullí hasta el hueco trasero que papá quería convertir en jardín y mamá en terraza. La luna era un círculo perfecto en mitad de un cielo tan oscuro que parecía de mentira. «Todo lo que importa tarda en llegar al menos una luna nueva». Era una forma como otra cualquiera de ponerme plazo, pero tenía dos semanas para resolver lo que me importaba. Salir de allí me importaba. Desde la cocina me llegó la voz de mi padre, que se ofrecía a cambiarme la habitación durante una noche.

—Puedes dormir con mamá —terminó.

—Eso —dijo mi madre, fingiendo entusiasmo. Nos conocíamos demasiado para no reconocer el timbre de preocupación en su voz—, noche de chicas.

Negué con la cabeza y atravesé la cocina y el salón sin levantar la vista del suelo. Encendí la lámpara de la mesa en lugar de la del techo para no ver el horror rosa. Las ramas golpeaban la ventana como si alguien estuviera llamando, así que me acerqué para bajar la persiana. El cielo era mucho más negro que en Madrid y se veían las estrellas.

A lo lejos había una farola que desafiaba aquella oscuridad de viento y ramas y sonrisas y vecinos y que le daba a la plaza un aspecto fantasmagórico. La luna proyectaba luz sobre la casa grande y parecía incluso que tras las ventanas medio tapiadas hubiese algo encendido. Tiré de la cuerda de la persiana, primero suave y luego con mucha fuerza, pero estaba enganchada. Me peleé un poco con ella y al final desistí y me escabullí bajo el edredón rosa. Aunque no tenía frío, me tapé hasta la nariz. Las ramas seguían haciendo ruido fuera, mientras me quedaba dormida, y supongo que siguieron haciéndolo después, pero el cansancio era más grande que el miedo.

Soñé con fantasmas transparentes, con el río que tomaba forma de hombre para bailar con ellos y con la mujer del nido en la cabeza, que venía a buscarme y me sacaba de casa por la ventana. Era un sueño tan real que sentía el frío de la tierra bajo los pies descalzos y el aire atravesando la tela fina de mi pijama. Salimos a la carretera, donde la noche se había hecho tan dueña de todo que no se veían más que sombras lejanas de ramas movidas por el viento y reflejos de luna en los tejados, y llegamos hasta la plaza. Ella caminaba delante, segura de su destino, y yo la seguía sin dudas ni preguntas. También la seguí cuando entramos en la iglesia y la puerta de madera chirrió. Fue un sonido agudo que nos dejó paralizadas durante un instante. La mujer miró hacia los lados, hacia el camino que habíamos dejado atrás y hacia la casa grande, parecía tan asustada como un niño entrando en la buhardilla prohibida de casa de los abuelos.

Era una iglesia pequeña, tan pequeña que la recorrimos en cuatro o cinco zancadas y nos plantamos frente el altar. Lo rodeó sin santiguarse ni hacer ninguno de los ritos que siempre he visto hacer en las iglesias, y durante un momento la perdí de vista. Me pareció oír su voz muy bajito. Tal vez rezaba y por eso se había agachado. Cuando apareció de nuevo tras el altar, traía algo en la mano y me lo ofrecía. Intenté agarrarlo, pero lo retiró antes de que lo tocara.

—Menai.

Otra vez aquella palabra.

En mi sueño hacía frío y me castañeaban los dientes.

—Aléjate del río. De la bruja mala.

Cada vez temblaba más. No me preocupaba enfermarme porque de alguna forma sabía que estaba en un sueño y que el frío no tendría consecuencias, pero aun así me subí el cuello de la

chaqueta del pijama. La mujer dejó lo que me había ofrecido, esta vez sí, en la palma de mi mano. Era una piedra negra con forma de luna, atravesada por un cordón de plata.

—Él cuidará de ti —dijo, sin perder la sonrisa.

Intenté recordar dónde la había visto, sabía que lo había visto antes, pero tampoco era importante. En los sueños no inventamos, cambiamos la realidad, los recuerdos, lo que nos ha dejado huella, solo eso. Me volví para preguntarle su nombre, pero ya no estaba. Busqué por todos lados, recorrí la iglesia. Cuando algo así sucede, cuando el sueño se vuelve pesadilla, se me acelera el corazón y, aunque trate de despertar, no puedo. Durante unos segundos me falta el aire, intento abrir los ojos, pero me duelen como si una luz caliente me los estuviera taladrando. No pasó nada de eso, simplemente no desperté. Volví a la calle, al frío de la noche. La farola de la plaza iluminaba un círculo de asfalto y el resto estaba como envuelto en niebla. Cerré la puerta y volvió a chirriar, pero no me asusté, estaba fascinada por aquel sueño. Al otro lado de la plaza, la casa grande se recortaba contra un cielo negro brillante y hacía parecer aún más pequeña la iglesia, tan distintas y a la vez tan del pasado ambas. Sentí que no pertenecía a aquel lugar. Solo una furgoneta gris delante de la casa rompía con la sensación de haber atravesado la puerta del tiempo.

Volví caminando sin prisa hasta la casa del tejado rojo, al jardincillo trasero y a la ventana de monstruos huesudos. Entré en mi cuarto y me metí en la cama sin dar la luz. Me arropé bajo el edredón de chicle y miré hacia la ventana. Las ramas y las sombras seguían allí, al otro lado del cristal, pero ya no me parecieron tan monstruosas.

10 de julio



99 % visible

Mi madre siempre dice que una casa no es casa hasta que no huele a café. Cuando me desperté, la casa ya era casa para ella. Se oían gallos a los lejos que parecían quitarse la palabra o conversar en un idioma que ninguno entendíamos. Los gallos de los pueblos no son como los de los dibujos animados, no dicen quiquiriquí y se callan. Gritan y gritan y, aunque te tapes la cabeza con la almohada, los sigues oyendo.

Salí de la cama haciendo un grandísimo esfuerzo porque tenía la sensación de haber dormido apenas nada, y al incorporarme vi algo negro sobre la mesilla. Recordé el sueño y a la mujer del nido en la cabeza, la luna de piedra con el cordón de plata. Cerré los ojos intentando apartar las imágenes de fantasmas que me visitaban en sueños para dejarme regalos misteriosos y lo recogí. Al menos no era rosa ni tenía plumas.

—¿Tú habías visto esto? —dije al entrar en la cocina.

—Anda —dijo mi madre—, el collar de la abuela. No sabía que lo hubiésemos traído.

Se acercó y, antes de que me diera cuenta, me lo quitó de la mano y se puso detrás para colocármelo y abrocharlo por debajo de mi pelo.

Desayunamos tostadas, con los restos del pan de los sándwiches. La leche para el café estaba

en una botella de cristal y era tan espesa que casi podía masticarse. Di un par de sorbos y aparté la taza. Mis padres, en cambio, alababan el sabor de las cosas de siempre. No los reconocía. Por más que jugaran a ser felices, no iban a convencerme de que aquella leche pastosa les gustaba, de que calentar el café en un hornillo de gas era divertido o de que los desconchones de las paredes tenían cierto encanto.

Mientras desayunábamos les conté mi sueño. Papá y mamá coincidieron en que habían dormido como lirones, pero que si alguien hubiese entrado en casa lo habrían oído. La mujer había aparecido a última hora, era una mujer rara, después de cenar me había ido a mi cuarto sin dar la luz...

—¿Y el colgante?

—Vendría entre las cosas que trajimos de Madrid —dijo mi padre—, lo verías antes de acostarte y luego lo metiste en tu sueño.

—Laura y tú os habéis pasado una semana leyendo tonterías. Hasta investigasteis lo del muerto del río. Por eso te dije que no buscaras más sobre esas cosas —zanjó la conversación mi madre.

Me aguanté las ganas de gritarle que ni siquiera teníamos conexión a internet para poder buscar sobre «esas cosas». Y que el collar no estaba allí cuando me había acostado. Mi padre se acercó, me abrazó por la espalda y dijo:

—Ayer fue un día de muchas emociones y no todas fueron buenas.

Bajé las armas por un rato y, al terminar el desayuno, salimos juntos a recorrer aquella mierda de pueblo que tanto les gustaba.

Conté ocho casas que parecían habitadas, la iglesia, la farmacia, dos gallineros abandonados y un pajar. Caminamos hasta el campo de fútbol sin cruzarnos con una sola persona y bajamos hacia el río. Seguro que a todos les había hecho ilusión que mi padre se sumase al proyecto; en aquel pueblo todo crecía salvaje y ni siquiera había macetas con flores en las ventanas. Un diseñador de jardines iba a venirles de perlas.

En la plaza nos encontramos a los mismos vecinos de la noche anterior organizando las tareas del día. También estaba el todoterreno de la Guardia Civil, aparcado junto a la iglesia. Dos agentes se acercaron a hablar con nosotros y Tomás hizo de portavoz. Preguntaban por el tipo que apareció flotando en el río, el de los labios hinchados, por si alguno lo conocíamos o sabíamos qué hacía allí.

—No era de aquí, si se refiere a eso. Al menos, no estaba en el programa de rehabilitación de Covanegra.

—No, no, eso ya lo sabemos. Pero era investigador privado y tal vez alguno de ustedes...

Tomás miró alrededor, como esperando que alguno diésemos un paso al frente o dijésemos algo, y, cuando no ocurrió, encogió los hombros y volvió a dirigirse al agente.

—Ya ve que no.

Se despidieron y volvimos a los papeles. Nos llevaban unas semanas de delantera, pero salvo tapar agujeros o poner plásticos en las ventanas, todo estaba por hacer. Discutían sobre cuál era el mejor sitio para instalar el bar o para la clínica de mi madre, sobre quién se haría cargo de la casa rural y de lo que la Confederación Hidrográfica les ofrecía, los plazos, las prioridades...

—Y están los túneles y las cuevas. Es tierra de mineros y se han pasado la vida agujereando la montaña, así que cualquier casa puede venirse abajo.

El pastor alemán de Tomás me acercó una pelota y la lancé cerca, consciente de que tendría que ir a buscarla. Calculé mal y se escapó rodando hacia la casa grande, aunque por suerte se

enganchó en unas rodadas que había junto a la puerta y no tuve que ir demasiado lejos.

—¿Y esa? —preguntó papá, señalando hacia la casa grande—. ¿No la rehabilitamos? Nadie parecía tener la respuesta.

—No está claro a quién pertenece —dijo Tomás, como de mala gana—. La Confederación no pudo expropiarla porque no encontraron a los dueños. Al parecer era un hospicio, una casa de acogida o algo así.

—Está embrujada.

Lo había dicho una mujer vestida con mono azul y un cinturón de herramientas. Intenté hacer memoria: Lucía, la electricista. Tomás dijo que aquello eran tontadas y volvió a sus papeles. Mientras valoraban qué hacer antes y qué después, se acercó Boyko, el tipo del mechón blanco en la barba.

—Lo que yo he oído es que ahí dentro hay una biblioteca espectacular.

—¿Una biblioteca?

Debí de poner demasiado entusiasmo en la voz porque todos sonrieron y el hombre del mechón se rio abiertamente.

—Sabía que iba a gustarte la idea.

No esperó respuesta ni dijo nada más, se giró y caminó hacia la farmacia.

—¿Y ese quién es? —dije.

—Un extranjero que vino preguntando por la biblioteca. Pero ahora está más interesado por la farmacia. —Tomás me guiñó un ojo y no supe, o no quise, interpretar su gesto.

Mientras hablábamos de él, Boyko entró en la farmacia. Era una casita de ladrillo pegada a la casa grande, la de la cruz verde en la fachada que vimos el primer día. Una farmacia en un pueblo con media docena de habitantes era tan absurda y tan siniestra como una biblioteca embrujada, pero nadie parecía darse cuenta. Papá y los otros volvieron a los papeles y los planes de trabajo como si yo no estuviera allí. Después de un rato informando a mis padres, Tomás dijo que nos tomásemos el día libre para conocer el entorno y para colocar nuestras cosas. No sé si aquello fue una invitación a disfrutar de todo lo que nos rodeaba o una advertencia de que no estábamos de vacaciones. Papá le pidió que marcara en el plano las casas que estaban habitadas y las que había que rehabilitar, para empezar con ellas, y los dejamos repartiéndose las tareas del día.

Llegamos al puente ancho en el que habíamos tirado las cenizas de la abuela. El puente desde el que habíamos visto al hombre de los labios hinchados. Mis padres se asomaron a ver el río, pero yo me quedé unos pasos más atrás, mirando todo lo que nos rodeaba. «Aléjate del río», había dicho aquella mujer en mi sueño. Claro, que el día que vimos al muerto me había dicho que el río nos cuida o nos guarda o algo parecido.

Casi al borde del río, detrás de las zarzas por las que había desaparecido mi padre cuando vimos al hombre flotando, había una casa con pinta de estar abandonada. Era una construcción pequeña rodeada de hierbas y arbustos. Las enredaderas trepaban por las paredes dejando a la vista solo algunos trozos de piedra color chocolate. En el mapa que le habían dado a mi padre esa casa no estaba marcada. Creo que, si hubiera ido sola o distraída, ni siquiera me habría dado cuenta de que estaba allí.

—Mira —dijo mamá, acercándose a una zarza enorme—, moras. ¿No es pronto para que broten?

Tomó una y se la metió en la boca. Papá hizo lo mismo y rebuscó en los bolsillos hasta que sacó un pañuelo de los que bordaba la abuela del otro lado cuando aún veía bien y lo estiró

sobre una piedra para ir colocando las moras encima. No me apetecía nada recoger moras ni comerlas. No quería estar en aquel sitio perdido en los mapas, rodeada de plumas rosas, gallos y un olor que me revolvió el estómago, donde los sueños parecían reales y las ramas golpeaban mi ventana por la noche, pero no podía enfrentarme a mis padres sin argumentos. Ellos parecían encantados de estar allí, así que decidí ponerme de su lado mientras buscaba la forma de demostrarles que aquel, definitivamente, no era nuestro sitio. Arranqué una mora y la eché sobre el pañuelo. No sé cómo lo hice, pero me clavé un pincho en el dedo y me salió una gota de sangre. Lo que faltaba. Antes de que pudiera limpiármelo, la puerta de la casa abandonada se abrió y la mujer del nido enredado salió corriendo como una loca hacia nosotros. Movía los brazos y decía que no con la cabeza.

Papá se puso delante de mí y, cuando la mujer se acercó, me agarró la mano.

—Buenos días —le dijo mamá.

Pero ella no hizo caso. Pisoteó las moras que papá y mamá habían ido dejando en el pañuelo sobre la piedra y, en un gesto tan rápido que ninguno pudimos reaccionar, agarró mi mano, se la llevó a la boca y chupó con mucha fuerza justo donde me había pinchado. Después escupió en el suelo y pisó sobre lo que había escupido.

—Mejor despierta, Menai. Mejor despierta.

Ni siquiera sonrió, como hacen los adultos cuando han metido la pata y quieren fingir que todo ha sido una broma. Se dio la vuelta y volvió a meterse en la casa diciendo que no con la cabeza, y nosotros nos quedamos mirando el pañuelo sucio y arrugado con el puré de moras espachurradas.

—Pues sí que defienden aquí la propiedad privada —dijo mi madre.

Me miró el dedo y me dio un beso justo donde la loca del nido en la cabeza había chupado un momento antes. Después debió de darse cuenta de lo que había hecho y se limpió disimuladamente los labios.

—Qué mal rollo, en serio —fue todo lo que dije.

Un vientecillo que no estaba allí un minuto antes movió un poco la zarza, como invitándonos a recoger más frutos, pero a ninguno de los tres nos apetecían ya moras. Oímos un camión atravesando el pueblo y mis padres corrieron a recibirlo.

Nos ocupó todo el día colocar las cosas de la mudanza. Con mis libros, la ropa, el corcho con fotos, el ordenador y la bolsa de los patines, la habitación resultaba menos rosa. Dejé la ropa de invierno dentro de una maleta y apoyé el corcho contra la pared.

—Luego lo colgaremos —dijo mi madre desde el pasillo. Sin entrar, señaló la maleta—. Tienes espacio también para eso, el armario es enorme.

—Ya. Bueno. No hay prisa.

No la había. En cuanto se dieran cuenta de dónde me habían llevado, volveríamos a Madrid. La bañera de patas y el huertecito de juguete no serían suficiente contra el cine, los supermercados, la ruta de las tapas de los domingos, el Rastro. A mamá también le gustaba el Rastro.

No había terminado de esconder la maleta de invierno debajo de la cama, cuando sonaron unos golpes en la puerta y oí a mamá correr hacia el salón.

—¡Cora!

Fui hasta allí esperando encontrarme con la loca del nido de gorriones en la cabeza o con Tomás, pero junto a mamá había un chico desconocido, flaco y demasiado alto, con unas zapatillas de deporte plateadas y una sudadera negra con dibujos de superhéroes.

—Este es Raúl. También vive aquí.

Le tendí la mano como una idiota y él se acercó y me estampó dos besos. Tenía los ojos tan azules que parecían transparentes. Al moverse dejó al descubierto a la mujer pequeña con el pelo teñido de rojo que nos había dado los sándwiches la noche anterior. También me dio dos besos sin que yo pudiera hacer nada.

Mi madre la llamó por su nombre: Lorena. No le pegaba llamarse así. En dos minutos aquella mujer nos contó que ellos habían llegado unos días antes, que era cocinera y que estaba encantada con el proyecto porque Raúl y ella estaban ya hartos de Barcelona. Le gustó cómo estábamos dejando la casa, le gustaron los detalles que mis padres habían ido salpicando aquí y allá a medida que salían del camión de mudanzas. Hasta le gustó el cuadro horrible de los barcos que no tiramos con todo lo demás porque era un regalo de bodas. Ellos no habían traído nada. Mientras hablaba, su hijo la miraba con los labios apretados y los músculos del cuello en tensión, como si temiera que lo dejase en ridículo.

—Espero haber acertado —dijo Lorena, señalando alrededor—, no es fácil encontrar decoración por aquí.

Así que ella era la culpable de mi universo rosa.

—Sí —añadió Raúl, como si hubiera escuchado lo que pensaba—, seguro que les ha encantado la lámpara de plumas.

Creo que sonreí y me maldije por ello.

Su madre y la mía debieron de interpretarlo como una buena señal y casi nos echaron de casa. Ya no teníamos edad de ponernos a jugar en el parque mientras nuestras madres charlaban sin quitarnos ojo de encima, así que nos fuimos a dar un paseo incómodo y absurdo. Al cerrar la puerta oí a mi madre que nos gritaba que no nos acercásemos al río. Estaba anocheciendo y empezaba a refrescar. Raúl caminaba deprisa, con las manos en los bolsillos de la sudadera y, cada pocos pasos, giraba la cabeza para mirar atrás.

—Tranquilo, no creo que venga ningún coche —dije, de mala gana.

Sonrió con una sonrisa de mentira.

Atravesamos el campo de fútbol, cruzamos la plaza de la iglesia y llegamos al puente pequeño.

—Por este lado se nos acaba Covanegra —dijo.

Volvimos sobre nuestros pasos casi sin hablar. Le pregunté si había alguien más de nuestra edad en el pueblo y tardó un segundo en contestarme:

—Unos cuantos fantasmas. Pero a los vivos ya los conoces a todos, creo.

Un pueblo en el fin del mundo, una nevera de *camping*, plásticos en las ventanas y el único de mi edad era un gracioso. Covanegra no paraba de decepcionarme.

—Igual volvemos, ¿no? —dije, cuando llegamos a la plaza.

Negó con la cabeza.

—Vuelve tú si quieres.

Lo acompañé hasta el puente grande y, cuando alargó la mano para alcanzar una mora, lo sujeté por brazo.

—Yo no lo haría —le advertí.

Miré hacia la casa. Hubiera jurado que una cortina se había movido un poco, pero no dije nada por no parecer una niñata miedosa. Le conté lo que nos había pasado por la mañana y dijo que debía de ser la bruja. Que todos la llamaban así. Se rio imaginando a la loca del nido pisoteando el pañuelo bordado y fue la primera vez que me pareció que lo hacía de verdad, no

con la sonrisa triste de Gioconda de un rato antes.

—Estará dormida, las brujas se acuestan pronto.

—No la llames bruja.

Me ignoró y rodeó la casa para bajar hasta el río. Lo vi desde el puente, apoyada en la barandilla. Estaba anocheciendo y cada arbusto proyectaba una sombra larga que se movía con el viento.

—Ahora sí me voy —dije, elevando un poco la voz—, tengo frío.

Se encogió de hombros, así que me di la vuelta. No había dado ni tres pasos cuando le oí decir:

—¿Siempre obedeces a tu madre? ¿O es que te da miedo?

Menudo imbécil.

—No tengo miedo, tengo frío.

Sonrió y siguió caminando. Dudé un segundo y bajé hasta donde él estaba. No sabía si sentirme idiota por tener miedo a las sombras o por haber picado en un truco tan infantil, pero lo seguí.

El sendero era muy estrecho y las zarzas nos enganchaban la ropa todo el rato. El ruido del agua llenaba el espacio que deberían haber ocupado las palabras. De pronto, al atravesar una zarza enorme que formaba un túnel de espinos, nos encontramos con una balsa de agua rodeada de hierba. Raúl echó a correr y, para cuando llegué a su lado, ya se había quitado las zapatillas y había metido los pies en el agua.

—Desde que llegamos, vengo a hacer esto cada noche.

La imagen del muerto se me apareció de nuevo.

—Te vas a congelar —dije.

No parecía escucharme. Tenía la vista clavada en el centro de la balsa. Me senté junto a él y recogí las piernas para no mojarme los zapatos.

—Tú te lo pierdes.

Durante un buen rato, estuvimos en silencio. Alrededor de sus pies se formaban olas pequeñas que no salpicaban. Cuando se cansó, o cuando se quedó helado, volvió a calzarse. Nos pusimos en pie para volver a casa.

—¿Puedo preguntarte algo? —dije.

El sol casi había desaparecido y lo veía entre sombras. No sé si dijo que sí o que no, si hizo algún gesto, pero aun así, lancé la pregunta.

—¿Por qué miras todo el rato hacia atrás, como si esperases a alguien?

—¿Y tú por qué estás tan enfadada?

—Porque esto es una mierda.

—Tu familia es de aquí, ¿no?

—Una suerte, ya ves. No has respondido a mi pregunta.

—Ni tú me has dicho por qué crees que esto es una mierda.

—¿Tú lo has visto? No sé dónde vivías antes, pero yo tenía una casa en condiciones, cines, instituto...

—El sitio no es lo importante.

—Ya. Y el hogar está donde esté tu corazón, no es el sitio, son las personas, el amor todo lo puede... Yo también tengo Twitter.

—Yo no. Y te equivocas, las personas tampoco son lo importante. Van y vienen.

Esperé a que siguiera hablando. No podía verle la cara y me ponía nerviosa pensar que tal vez

se estaba riendo de mí.

—Lo que importa eres tú, lo que quieres y lo que haces para conseguirlo, no dónde ni con quién, porque no puedes controlar lo que otros hacen.

—Mira, este no es nuestro sitio. Ni siquiera a mi abuela la querían, si es que de verdad vivió aquí. Yo solo quiero volver a mi casa, a mi instituto.

—¿Y qué vas a hacer para conseguirlo?

En un gesto rápido se quitó la sudadera y por un momento temí que se desnudara y se lanzara al estanque, pero la extendió con cuidado sobre la hierba y se tumbó encima.

—Ven, en Madrid no tienes esto.

Me senté a su lado.

—Vamos, tumbate. ¿O te doy miedo?

—Dos veces no te va a funcionar el mismo truco.

Su risa se mezclaba con el rumor del agua. Me tumbé junto a él e intenté no pensar en que sí le había funcionado. El sol había desaparecido por completo y la luna estaba gorda y redonda, casi perfecta.

—¿Te gustaría tocarla?

—Y viajar al sol. Pero me conformo con volver a casa, tengo frío.

Se giró y se puso bocabajo.

—Vamos a tocar la luna.

—Dime que no eres de esos.

—¿De cuáles?

—Ya sabes, de los que dicen cursiladas como que bajarán la luna para mí.

—¿Eres de las que prefiere que le traigan la luna en vez de ir a buscarla?

Lo dudé un segundo, pero me tumbé como él había hecho. Frente a nosotros, el reflejo de la luna formaba un círculo blanco que parecía flotar en el agua.

—Solo es un reflejo.

—Ponte así.

Apoyé la barbilla en la hierba, como me dijo. Desde ese ángulo, el reflejo se alargaba, convirtiéndose en una mancha lechosa que se extendía por la superficie del agua casi hasta nosotros. Metió la mano en el agua y unas olas pequeñas deformaron el contorno de la luna.

—Tócala.

Todo aquello era ridículo. Me incorporé y me puse en pie mientras él seguía jugando.

—Solo es agua —dije, casi enfadada—. Agua muy fría.

Se sentó y, mientras se abrochaba los cordones de las deportivas, me habló de los milagros pequeños que ocurren por todas partes y que no vemos porque estamos demasiado enfadados o porque creemos que son imposibles. Ya me había topado antes con esos tíos raros que se hacen los misteriosos y que se sientan siempre en la última fila de clase.

Mientras mirábamos la luna sobre el agua y jugábamos a ser filósofos de mercadillo, había anochecido por completo y supuse que mis padres estarían preocupados. Debí de mirar el reloj o hacer algún gesto porque Raúl dijo que sí, que era tarde y que mejor volviésemos.

Deshicimos el camino esquivando las zarzas. Él iba delante y se arañaba todo el rato, así que me pegué mucho a su espalda. No es que tuviera miedo, era solo que a oscuras todo parecía aún más tenebroso. Lo acompañé hasta su casa y al llegar a la puerta nos despedimos.

—No digas que hemos bajado al río, ¿vale?

Sonrió.

—Mi madre está muy tonta con lo del detective muerto.

Dejó de sonreír de golpe.

—¿Detective? ¿El ahogado era detective?

—Sí, eso dijo la Guardia Civil. ¿No os preguntaron? Vinieron a decirnos que si lo conocíamos o si sabíamos qué hacía por aquí.

Me dijo adiós y se dio la vuelta. Cuando cerró la puerta de su casa, levanté la vista y me quedé quieta, mirando el cielo. Las nubes rozaban la luna por los bordes y deformaban su contorno, como si alguien, en algún sitio, la estuviera tocando.

Durante la cena, mis padres hablaban de sus pequeños descubrimientos: unas flores que papá jamás había visto, un gallo con espolones tan enormes que daban miedo, la casa grande y sus fantasmas.

—¿Os ha dado tiempo a todo eso mientras deshacíais las maletas?

Me miraron extrañados. Posiblemente había elevado el tono de voz o había sido demasiado brusca.

—Hemos salido a pasear con Lorena —dijo papá—. Y tú, ¿qué tal? ¿Has encontrado algo interesante? Raúl parece un buen chico.

—Oh, sí. Es uno de esos tíos que hablan con la luna, así que estará encantado de vivir en este rincón perdido del mundo.

Terminé la cena, recogí en silencio y me fui a mi universo rosa chicle. Tecleé un mensaje larguísimo para Aitor en el móvil y después lo borré. Miré por la ventana y me quedé enganchada a la imagen de la luna, que se derretía sobre la casa grande. Medio ciclo de luna desde que murió la abuela. Rebusqué en mi mochila el libro pequeño de tapas de cuero y me senté en la cama.

Endimión encerró a los animales en el aprisco y se sentó a ver cómo el sol lamía la montaña hasta esconderse. Prendió un pequeño fuego delante de la cueva y empezó a tallar aquella madera que guardaba durante el día en el bolsillo. Solo cenó unas bayas que había recogido mientras pastoreaba.

La noche se estaba echando encima y el viento movía las hojas de los árboles y llenaba todo de olor a vida joven, a brotes nuevos y a flores que prometen frutos. Endimión dejó con cuidado la madera y el cuchillo que usaba para tallarla, se quitó la túnica y caminó desnudo hasta la orilla del río. Se tapó con las manos aun siendo consciente de que nadie podía verlo.

Todos los músculos se le contrajeron al entrar en el agua. Amaba aquella sensación, aunque no durase más que un instante, porque le recordaba que estaba vivo. Nadó entre dos luces mientras la corriente tiraba de él hacia el final del valle, luchó contra aquella fuerza, golpeó el agua en cada brazada porque no podía golpear a los reyes injustos que esquilmaron su rebaño ni a los dioses que lo consintieron sentados en sus tronos de oro. Ya no temía ofenderlos. Ya no pertenecía ni a dioses ni a mortales. Solo al monte. Al río.

A la luna.

A la chica del carro plateado.

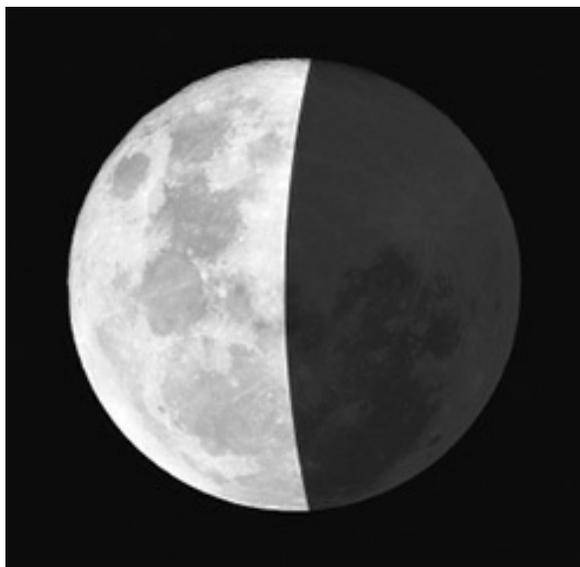
Salió cuando ya no tenía fuerzas para vencer al agua y, desnudo, se tumbó delante de la cueva.

Selene pasó como cada primera noche en aquel ciclo de orgullo y modestia, arrastrando su hermosura. La luz que desprendía brillaba sobre el agua y lo teñía todo de blanco, salvo aquel cuerpo, ya blanco de por sí. La diosa se acercó a verlo como quien se asoma a una ventana para comprobar si ha amanecido. No era más que un mortal joven y desnudo, nada que no hubiese visto en mil noches anteriores. Tal vez ni siquiera estaba vivo y el agua lo había dejado allí. Se agachó

y, cuando iba a ponerle la mano frente a la boca para ver si respiraba, el chico se movió. Apenas un gesto, un suspiro, suficiente para saber que solo dormía. No era mayor que el chiquillo al que Zeus había desterrado por sus amores con la ninfa o aquel otro que llegó a gobernar un reino. Los mortales eran tan efímeros que antes de recordar sus rostros se convertían en despojos arrugados y marchitos. Pero aquel chico era diferente. Tenía la cara y el cuerpo de un joven, aunque sus facciones eran las de quien ya no le debe nada a la vida.

Junto al cuerpo desnudo había una talla de madera. Selene creyó adivinar una media luna y sonrió sin darse cuenta. La levantó y, cuando la tenía a la altura de los labios, sopló y la luna se convirtió en una piedra tan negra y brillante como los ojos que una vez la miraron. No recordaba cómo ni dónde, en alguna noche de paseos por el cielo, lo hubiera jurado. Volvió a mirar al mortal y sintió deseos de despertarlo para comprobar si eran sus ojos los que recordaba. En vez de eso, se tumbó junto a él y pasó la noche mirándolo, iluminando el valle de plata.

17 de julio



48 % visible

Durante la primera semana en el fin del mundo aprendí a apilar leña para que los troncos no rodasen, a remover el cemento sin dejar grumos y a lijar la madera con un taco, aunque reconozco que este aprendizaje fue el más duro, porque, para cuando supe usar el dichoso taco de lija, ya tenía los dedos despellejados. Lorena nos pidió que la ayudásemos con la comida; creo que lo hizo más por suavizarnos el trabajo que porque de verdad necesitase a más gente pululando por su cocina.

Conseguimos seis sillas para la mesa del salón en un mercadillo y Tomás nos prestó su furgoneta para traerlas a casa. Aquel mercadillo era como el Rastro, pero de verdad. Aitor me había enseñado que la mitad de las cosas que venden como antigüedades no lo son. A un cántaro para la leche nuevo le dan un par de golpes, lo ensucian y lo venden como si acabasen de rescatarlo de una lechería vieja, porque siempre hay alguien que quiere usarlo como paragüero en su piso moderno del centro de la ciudad. Sin embargo, el mercado de trastos de Llamas era exactamente eso, una calle llena de trastos inservibles. A una silla tuvimos que repararle las patas, y a otras dos, el asiento, pero quedaron estupendas y descubrí que sentarme en una silla que yo había parcheado un rato antes era tan genial como comerme un pastel de

chocolate después de estar una hora dándole vueltas en un cazo a la mezcla, o como mirar la valla de la casita rural, pintada de colores.

Tomás me regañó por lo de la valla, pero su perro me lamía la mano mientras él me explicaba que ni siquiera habían empezado a rehabilitar la casa y que yo había gastado un montón de pintura para dejar los palos cada uno de un color. Dijo que era absurdo, que tal vez tendrían que repararla o incluso quitar algún trozo para pasar la carretilla, aunque luego llamó a mis padres para que la vieran y hasta hicieron unas fotos. No había un solo músculo que no me doliese cuando me metía en la cama por las noches y tardaba en dormirme dos segundos. Apenas había leído unas páginas del libro de la abuela y, si soñé algo esos días, no debió de ser muy malo, porque no me dejó huella alguna. Tal vez Covanegra no fuese tan mal sitio para pasar el verano, siempre y cuando en septiembre volviésemos a Madrid.

Lucía seguía trabajando con los cables y ya teníamos luz en casi todas las casas, pero lo de la línea de teléfono y la conexión a internet no estaba entre las prioridades de nadie, ni siquiera entre las de Raúl, así que no sabía mucho de mis amigos. Laura me mandaba mensajes de vez en cuando para mantenerme al día y yo saciaba mi curiosidad entrando a Twitter y a Instagram con el teléfono, pero se me acabaron los datos enseguida. No quería ni oír hablar del Bachillerato a Distancia ni de los institutos de León, pero cuando alguien comentó que se había abierto el plazo para solicitar no sé qué becas, vi una salida y empecé a quejarme de que no podría gestionar nada si no tenía internet. Ana me oyó y me ofreció su ordenador.

Convencí a Raúl para que me acompañase a la farmacia con la excusa de mirar los plazos y los requisitos para hacer Bachillerato a Distancia. Empujamos la puerta sin llamar porque el cartel decía que estaba abierto. Fue como trasladarse a otro siglo o a una escena de película antigua en la que un millón de botes azules de cerámica con nombres en latín y otros tantos frasquitos de cristal llenaban las estanterías. Sobre el mostrador había una balanza antigua que bien podría haber estado en uno de los puestos de las calles laterales del Rastro. A Aitor le gustaba pasear por esos puestos en los que podías encontrar unas botas viejas, un teléfono de góndola o una muñeca sin piernas, y raro era el domingo que no subíamos a buscar tesoros.

—Madre mía, ¿cuántos años tiene todo esto?

—La mayoría son trastos, pero les tengo cariño —dijo Ana, desde la parte de atrás de la farmacia.

Salió recogiendo el moño y dijo que se alegraba mucho de vernos, pero me sonó a mentira o a verdad a medias.

—No te lo tomes a mal, pero yo no me alegro tanto de haber venido al fin del mundo. Esto está muerto.

—Para eso estáis aquí, ¿no?, para llenarlo. Aunque podríais haber ido a Llamas, que ahora hasta tiene piscinas fluviales, o a cualquier otro sitio, no sé, hay muchos pueblos.

—Oye, por cierto, cuando vinimos a lo de mi abuela había un chico al otro lado del río mirándonos. ¿Es de por aquí?

Tragó saliva y tardó unos segundos en responder.

—¿Un chico? ¿Estás segura? Con todo el jaleo de..., ya sabes, la Guardia Civil y el hombre aquel, no me fijé. Igual solo te pareció verlo.

—Bueno, tenía el sol de frente y no llevaba las gafas, pero estoy segura de que había alguien, sí.

Raúl toqueteó la balanza y sonó como si le hubiesen pisado el rabo a un gato. Ana lo miró mal durante un segundo y luego sonrió.

—Ya no se hacen fórmulas magistrales y no es más que un adorno.

Nos invitó a entrar en la rebotica, donde tenía el ordenador. Al pasar frente al espejo del pasillo, se miró con disimulo y se recogió un mechón que se le había escapado del moño.

La seguimos hasta una habitación grande, con una mesa redonda de las de toda la vida. Hasta me dieron ganas de levantar las faldas para ver si debajo había un brasero antiguo. En la esquina, junto a una puerta abierta que mediría, como mucho, lo que yo, vi una mesa y un ordenador más moderno que el mío. Ana puso la clave del ordenador y se mantuvo en pie, detrás de donde estábamos sentados. No pasaron ni dos segundos antes de que se cargase todo y en la pantalla apareciese el buscador; así daba gusto. Me sentía incómoda con los dos mirándome y encima estaba de medio lado, porque el teclado estaba en el centro de la mesa, pero Raúl y yo compartíamos el espacio que debía ocupar una sola persona. Empujé unos libros de esos grandes con fotografías que había frente a mí y, antes de que terminase de moverlos, Ana se los llevó, se agachó para pasar por la puerta pequeña y los dejó en una estantería que había justo al otro lado. La seguí por si necesitaba ayuda y tuve tiempo de ver algunos de los libros de la estantería. Los de arte que acababa de dejar no pegaban nada con lo que había allí; todos tenían millones de años y esos lomos de color ocre que parecen a punto de romperse. Ojeé unos cuantos títulos que hablaban de alquimia, de recetas, de vida eterna.

—¿Y todo esto?

—Oh —dijo Ana. Se giró como si le sorprendiese verme allí y al segundo respondió—: más antiguallas.

Me empujó fuera de aquel cuchitril, metió la mano por detrás de la pantalla y, cuando la sacó, llevaba un llavero de una lagartija verde con una única llave colgando. La encajó en la cerradura de aquella puerta, la giró, y volvió a dejar el llavero donde fuera que lo había encontrado tras la pantalla.

Entramos en la página del Ministerio de Educación y rellené un formulario para que mandasen toda la información. En Madrid apenas usaba el correo electrónico, pero así tenía excusa para volver de vez en cuando. Cuando le ofrecí a Raúl el teclado, dijo que no hacía falta, que ya se lo contaría yo cuando me lo mandasen. Después entré en mis redes. Ninguno de los dos quitaba ojo de la pantalla, así que apenas dejé algún comentario en una fotografía.

—Están todos tan guapos... Tengo que hacerme una foto buena para subirla.

—¿Hemos venido a buscar información o a buscarte novio?

Me mordí la lengua para no decir lo que pensaba y cerré todas las pestañas del navegador.

—Puedes venir cuando quieras —dijo Ana—, no hace falta que os instalen la línea hasta que no sepáis seguro si vais a quedaros.

Me gustó oírle decir aquello porque todos —mis padres, Tomás, Lucía, Lorena y hasta el bibliotecario raro— parecían haberse tomado aquello como un destino definitivo.

Aprovechamos que alguien hizo sonar la campanilla de la puerta para darle las gracias a Ana y apagar el ordenador. Volvimos con ella hasta la farmacia, donde un hombre trajeado esperaba a que lo atendiesen. No dijo nada, ni siquiera dio los buenos días, pero no nos quitó ojo hasta que salimos.

—Ese no es de los nuestros, ¿no? —preguntó Raúl, más como una reflexión que esperando una respuesta.

Me encogí de hombros. El sol estaba en lo más alto y no me hizo falta mirar el reloj para saber que, si no me daba prisa, tendría bronca al llegar a casa.

—Mi padre odia que llegue tarde a comer y además me muero de hambre.

Cuando entré en casa todo estaba en silencio. Busqué a mis padres en el dormitorio, en el baño y después en la cocina. Los encontré sentados en el suelo, muy juntos, en la puerta que daba a la parte trasera y, al acercarme, me hicieron un gesto para que no hiciese ruido. Mamá señaló hacia la esquina de aquel jardín salvaje, donde una gata gris amamantaba a cuatro cachorros.

21 de julio



8 % visible

Los gatitos se convirtieron en el atractivo de Covanegra. Tomás les trajo un plato de los que usaba su perro por si queríamos ponerles comida, mamá desplegó su sabiduría veterinaria explicándonos por qué los de más colores tenían más posibilidades de ser hembra, y Lorena pasaba por allí cada rato para intentar verlos, pero la madre escondió a los cachorros como si no se fiara de nosotros. Comía cuando salíamos de casa y encontrábamos el plato vacío a la vuelta. Raúl se negó a asomarse y se enzarzó con mi padre en una de esas conversaciones filosóficas que tanto le gustaban sobre la privacidad y lo incómodo que resulta hacer cualquier cosa cuando todos te están mirando. Me dieron ganas de recordarle que no había apartado los ojos ni un segundo mientras yo cotilleaba las fotos de mis amigos en el ordenador de la farmacia, pero me mordí la lengua.

Trabajábamos tanto de día que, cuando empezaba a anochecer, todos agradecíamos la norma de dejar lo que estuviéramos haciendo si no había luz. O la lluvia. Nadie lo reconocía, pero nos encantaba que lloviese porque el cemento podía estropearse, la leña, si la apilábamos, tenía muchas posibilidades de llenarse de moho y cavar la tierra para los huertecillos que mi padre estaba montando aquí y allá se convertía en una pelea de barro. Definitivamente, la lluvia nos

gustaba a todos.

Una tarde que empezó a chispear, los mayores decidieron ir a San Martín a buscar macetas y herramientas mientras Raúl y yo nos quedábamos viendo una película en su casa. Llevé el ordenador portátil de mis padres y, cuando Raúl me vio llegar, me dijo que lo siguiera. Entramos en su habitación.

—¿Qué es todo esto? —dije, señalando la pared.

Había un montón de fotografías de cielos oscuros llenos de estrellas. No era la decoración más alegre del mundo, pero al menos él no tenía que acostarse cada noche en un universo rosa brillante.

—Enero, las Cuadrántidas —dijo señalando un paisaje oscuro plagado de estrellas—. Esta otra es de octubre de 2011, las Dracónidas. Esas fueron memorables, nunca antes se habían visto tantas.

No entendía una sola palabra de lo que estaba diciendo, pero él seguía señalando las fotografías y pronunciando esdrújulas como loco.

—Las preferidas de todo el mundo, las Perseidas.

—Ah, ya —lo interrumpí—. Las lágrimas de San Lorenzo.

Laura y yo nos habíamos pasado una noche en la terraza de su edificio mirando al cielo para pedir un deseo cuando pasara una estrella fugaz. Aquel día estaba nublado y las farolas de la calle iluminaban tanto que no logramos ver ni una sola, pero nos reímos mucho haciendo planes de lo que pediríamos y contándonos secretos.

—Sabes de astrología, ¿eh?

—Astronomía.

Debió de notarme en la cara que no entendía la diferencia, así que siguió hablando, aunque más parecía que hablara para él que para mí.

—Me gusta el cielo, pero no creo en supersticiones absurdas ni en predicciones de futuro mirando las estrellas.

Asentí como si entendiera perfectamente a qué se refería y anoté mentalmente preguntárselo a Laura.

—Aquí están —dijo, levantando una carpeta enorme, como un álbum de fotos, solo que en vez de fotografías había discos con títulos escritos a mano.

Hacía años que no veía uno de aquellos. Lo abrió sobre la cama y fue pasando discos hasta que encontró la película que buscaba y nos fuimos al salón a verla.

Era un tostón de unos supervillanos que se convertían en superhéroes para salvar el mundo de un ataque extraterrestre. Cuando un hombrecillo verde salió de una nave que ocupaba toda la pantalla del ordenador, me dio la risa. Raúl cerró la pantalla y se fingió enfadado, aunque creo que no lo estaba en realidad.

—No puedes creerte esto, tío.

—¿Por qué? ¿Quién te dice que los extraterrestres no son verdes y con cuernos?

Al decirlo levantó las manos y las movió como el hombrecillo de la película. Fuimos a la cocina y, mientras preparábamos algo para picar, empezamos a imitar los gestos de los villanos convertidos en héroes cuando luchaban. Entonces oímos un ruido en la puerta y Raúl se puso blanco de repente.

Alguien estaba traqueteando con la manivela. Al parecer, su casa sí tenía llave y estaba cerrada. Raúl apagó la luz de la cocina y retrocedió unos pasos, como intentando fundirse con la pared del fondo.

—Estás de coña, ¿no?

Se llevó el dedo a los labios y me pidió silencio. Le di la mano y tiré un poco de él. Caminamos muy juntos hasta el salón y, una vez allí, nos acercamos a la ventana que había junto a la puerta para mirar a través del visillo.

—Vamos, abre, no seas tonto —le dije en voz baja.

Se giró para mirarme y vi miedo. Hasta ese momento me había parecido absurda tanta precaución; se trataría de algún vecino, nuestros padres que volvían sin llaves o incluso la loca de la casa junto al río. Lo hubiera entendido si hubiésemos visto una película de chicos atacados por un loco asesino en una casa de campo, pero no después del tostón de los extraterrestres.

Sujeté el pomo de la puerta y abrí de golpe, tapando todo el espacio.

No había nadie.

Las risas de un rato antes habían desaparecido como el humo de la chimenea y se nos habían pasado el hambre y las ganas de seguir viendo cine. Mamá me envió un mensaje diciendo que estaban terminando unas compras, que tomarían algo y luego vendrían para casa, que cenase si tenía hambre. Raúl me insistió en que no me fuese sola y, una vez que se convenció de que iba a irme, me ofreció una linterna, pero le dije que no hacía falta. Aunque la luna fuese solo una rayita en el cielo, se veía el camino.

La chimenea estaba gris y muerta cuando entré en casa y me dio tanta lástima que la prendí, porque había refrescado y, sobre todo, porque había algo hipnótico y maravilloso en el fuego. Tenía hambre, pero no me apetecía preparar nada, así que piqué unas cuantas moras de un cuenco que había sobre la mesa y supongo que me dormí mirando las llamas. Entre sueños, oí la puerta.

Abrí los ojos y me encontré frente a un chico de pelo largo y piel muy blanca. Sostenía un balón y sonreía.

—Hola —dije—, soy Cora. ¿Quién eres?

El chico se encogió de hombros.

—Estabas en el río cuando vinimos a esparcir las cenizas de mi abuela, ¿no?

Sonreía como si todo aquello no fuera con él, como si no hubiera sido él quien había aparecido de la nada en mitad de mi salón. Levantó la pelota y señaló la puerta.

—¿A oscuras? —dije.

Sentía más curiosidad que miedo y estaba casi segura de que era el mismo chico del primer día, así que me incorporé y salí con él. Mientras caminábamos le fui haciendo preguntas, a las que contestaba con movimientos de cabeza, y no paraba de sonreír. Le pregunté dónde vivía y si había más gente de nuestra edad por la zona. Señaló a lo lejos, hacia el río, y dijo que no con la cabeza. La luna le iluminó la cara y me quedé enganchada a unos ojos tan negros que parecían no tener fondo y a las pecas tostadas que le rodeaban la nariz.

Llegamos hasta el campo de fútbol y dejó el balón en el suelo. Le di una patada, con poca fuerza, y rodó hasta los pies del chico sin voz. Él lo levantó un poco con la puntera de la zapatilla y me lo devolvió.

—Somos pocos para jugar al relojito —dije.

El chico rio sin ruido. Señaló unas maderas que había al otro lado del campo. Tal vez en otro tiempo se habían usado como banquillo, pero entonces solo eran unas tablas mohosas sobre dos patas oxidadas. Dije que no, que tenía frío. Es más fácil estar con alguien que no habla mientras juegas a dar toques al balón, que sentada en un banco. Volví a la pelota, la levanté y se la lancé.

Él la paró en el aire, la sostuvo en el empeine y me la devolvió. Conseguimos quince toques sin que se cayese al suelo. Cuando él reía, una nubecita blanca salía de su boca. Curiosamente, yo ya no sentía frío.

Mis padres estarían a punto de volver. Le dije que tenía que irme a casa y me devolvió una sonrisa. Agarró el balón y empezó a caminar en dirección al puente grande. Durante un instante me quedé quieta, viendo cómo se alejaba y, cuando estaba a punto de perderlo de vista, se giró y me invitó a seguirlo con un gesto.

Corrí tras él.

Al llegar al puente se acercó a la zarza, arrancó un par de moras y me las ofreció. Bordeó la casa y llegó al sendero. Esquivaba las ramas como si hubiese hecho el mismo camino un millón de veces y supiera exactamente lo que se iba a encontrar tras cada paso. Me puse a su altura y volvió a sonreír. Tardamos muy poco en llegar a la balsa. La luna se reflejaba en el agua como el arañazo de un gato.

El chico se desanudó los pantalones, que se parecían a los que usaba mi padre para arreglar el jardín, se quitó la camisa y se lanzó al agua de cabeza. Creo que no llevaba ropa interior, pero estaba oscuro y tampoco me había fijado mucho. Aguanté la respiración hasta que lo vi asomar de nuevo, sonriendo. Me hacía gestos para que fuese con él. El agua debía de estar helada.

Me senté en la hierba. El chico estaba en el centro de la balsa, flotando como un muerto. Sacudí la cabeza para apartar esa imagen. La estampa del chico flotando era demasiado bonita para compararla con el muerto de los labios hinchados. Para mancharla. Cada poco, el chico se sumergía y tardaba una eternidad en volver a la superficie. Avancé un par de pasos hacia el agua cuando reapareció. Entonces se sumergió de nuevo. Me quedé un rato esperando, pero no salió. Miré por toda la superficie, lisa, sin olas. Nada. Como si nunca hubiese estado allí. Intenté ver los bordes del otro lado, aunque no había demasiada luz. De golpe, se me hizo imposible alejar la imagen del hombre muerto flotando. Corrí por la orilla y tropecé. Me faltaba el aire, quise gritar, pero, como si estuviera en un sueño, la voz no me salía. Eché a correr hacia el pueblo, me arañé con las zarzas y trastabillé unas cuantas veces. Iba a aporrear la puerta de la farmacia cuando lo vi sentado en uno de los bancos de la plaza, con el agua aún escurriendo por su pelo. Llevaba otra camisa parecida a la que se había quitado para lanzarse al estanque.

—¡Me has dado un susto de muerte!

Ladeó un poco la cabeza y me devolvió una sonrisa.

Me senté junto a él, tan cerca que notaba su piel helada a través de mi ropa. Entre las pestañas le bailaban diminutas gotas de agua y no parecía notar el frío. En cambio, yo temblaba tanto que me puse en pie y me dirigí hacia casa. Cuando a los pocos pasos me giré, me encontré con una plaza desierta y el banco vacío sobre el que aún se notaba la mancha húmeda más oscura.

Entré en casa y me tumbé en el sofá para esperar a mis padres, y debí de quedarme dormida porque aparecieron de repente, cargados de paquetes.

—¿Ha llovido mucho aquí? —preguntó mi madre—. Tienes las zapatillas mojadas.

Dije que sí con la cabeza y apreté los ojos para no despertarme del todo hasta llegar a mi cama. Estiré el brazo para apagar la luz y topé con el libro, que seguía olvidado en la mesilla de noche.

Durante todo un ciclo de cenit y ocaso, Selene bajó cada noche a mirar al chico mientras dormía. Se había obsesionado con el color de sus ojos, pero a la vez sentía que el misterio que aquel hombre dormido le provocaba se rompería en el mismo instante en que hablase o despegase los

párpados. No era fácil para una diosa que había conocido a tantos mortales encontrar un reto. Se conformó con sentarse a su lado, admirarlo y, a lo sumo, convertir en piedra oscura las tallas que él terminaba. La cueva en la que dormía era poco más que un agujero en la piedra, el agua se filtraba por la roca y dejaba charcos en el suelo sobre el que el chico dormía. Selene entró sujetando su túnica de plata para que no arrastrase y se colocó en el centro de aquella caverna. Llenó los pulmones de aire y sopló despacio, girando sobre sí misma mientras lo hacía. La roca gris, irregular y húmeda se fue tornando piedra negra brillante allí donde ella soplabla, hasta que la cambió entera. Sabía que era un error, que Zeus le había pedido que no intimase con los mortales y que en el Olimpo todos esperaban a que alguien se equivocase para que el gran dios tomase represalias. Su vida era tan aburrida que solo los grandes castigos y las luchas entre dioses los entretenían. Ella era hija de titanes y, aunque la era de los titanes había terminado, muchos dioses de segunda y tercera generación seguían guardándoles rencor y esperando cualquier desliz para enfrentarlos a Zeus. No, ella no podía permitirse amar a un mortal, aunque fuese tan bello como un lago iluminado por las estrellas.

Al despertar y ver su cueva, Endimión supo que ella había estado allí. No quería creerlo, no se atrevía a soñar siquiera con que la chica del carro plateado lo hubiera visto. Pero sus lunas talladas amanecían convertidas en piedra y ahora su cueva, su casa embarrada y gris, era un espejo negro sin una gota de agua que lo ensuciara. Y tuvo miedo.

Selene se conformó con mirarlo durante un ciclo completo. Pero la primera noche que no subió al cielo, Selene se tumbó junto a Endimión y notó la energía de su luz pujando por romper con aquel celibato autoimpuesto. Notó el deseo de besarlo. El de acariciar su piel, aún húmeda por el baño en el río; el de entrelazar con él las manos; el de sumergirse en el río hasta que el aire de sus pulmones no hiciese burbujas en la superficie y, aun así, seguir besándolo.

Él, mientras tanto, dormía. Soñaba con la chica del cabello plateado. Soñaba que venía a verlo de noche y convertía en piedra oscura las lunas que él tallaba, la cueva en la que vivía. Soñaba incluso que ella lo amaba.

Aquella noche en que Selene no subió al cielo, Endimión abrió los ojos cuando la diosa Luna lo miraba y la sorprendió así, brillante, plena. Potente y vulnerable porque los ojos de él habían anidado en su corazón sin que se diera cuenta. Se quedaron en silencio unos segundos, mirándose. Y mientras ella imaginaba cómo sería besarlo, él se fijó en su piel sin arrugas, en los dientes sin mancha ni mella de quien come por placer, en las pestañas que de tan espesas parecían diminutos animales alados, y comprendió que jamás podría amarla, porque antes de poder contarle todo lo que sentía, se habría convertido en un anciano de dedos torpes y retorcidos, incapaz de tallar figuras, un mortal sin fuerza suficiente para llevarla en brazos hasta el interior de la cueva.

—Márchate —le dijo.

Durante los siguientes ciclos, Endimión se quedó en la cueva las noches sin luna, rezando a los dioses para que no lo encontrara; a los mismos dioses que despilfarraban fruta mientras en el valle bajo el Olimpo los niños morían de hambre. A los mismos dioses que rompían familias y sembraban el mundo de mestizos porque ningún mortal se atrevía a negarles nada. A los mismos dioses que paseaban en carros de fuego, que lanzaban rayos, que arrasaban aldeas para entretenerse. A esos dioses capaces de engendrar a la criatura más delicada y más bella y dejarla sola recorriendo el cielo cada noche. A los mismos dioses con los que ella compartía el Olimpo cuando no estaba tumbada a su lado, mirando cómo dormía. Los que no se hacían viejos. Los que no morían nunca.

Pero resultaron una diosa con voluntad férrea y un mortal enamorado hasta más allá de lo que

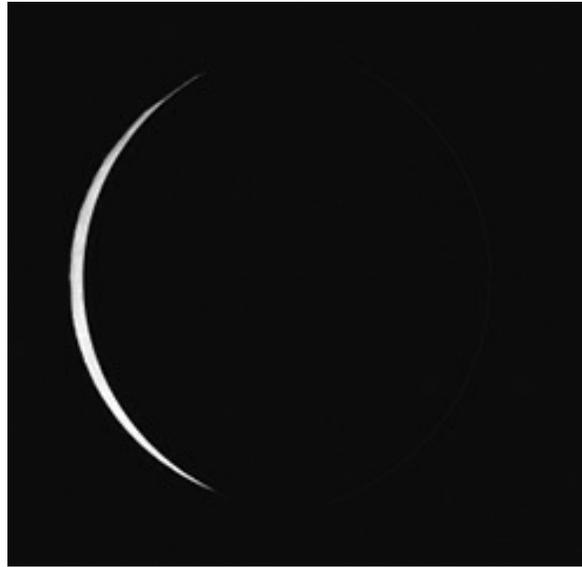
ningún mortal lo hubiese estado y, después de varios ciclos, una noche oscura Selene volcó toda su luz en la entrada de la cueva en la que el chico dormía y él, al notar el resplandor, abrió los ojos. Salió de la cueva. Se quitó la túnica. Entró en el agua despacio y se tumbó flotando hacia arriba, ofreciendo su debilidad.

Y la luna bajó hasta él.

Y recorrió con sus manos de plata cada centímetro de la piel del muchacho.

Y el sol asomó por detrás de la montaña y brilló durante todo el día. Cuando llegó la noche, Helios le pidió a Selene que ocupase su puesto, pero ella siguió amando al chico de los ojos negros. Esa noche no hubo luna y los mortales, asustados, erigieron altares y sacrificaron rebaños enteros en honor a los dioses. La luna volvió al cielo roja de ira después del eclipse más largo que se recuerda en la Tierra.

22 de julio



3 % visible

Desperté en mi universo de chicle, con el sol entrando por la ventana y moderadamente feliz, hasta que me vi un par de arañazos en el cuello. Salí de la habitación para hablarles a mis padres del chico sin voz, pero no encontré a nadie. Bajé hasta la plaza y, al pasar por la puerta de la farmacia, Ana salió a saludarme. Entre su casa y la casa grande, había unas rodadas profundas que se habían llenado de agua de lluvia. Se me mancharon las deportivas de barro al acercarme y traté de limpiarlas antes de entrar en la farmacia.

—Madre mía, ¿qué han aparcado ahí, un camión de mudanzas?

Ana dijo que no me preocupase y me invitó a pasar, pero aún seguí un rato frotando las suelas contra el limpiabarros de la puerta. Pasamos a la rebotica y Ana calentó agua para un té que olía a rosas. Le conté a ella lo que había pasado.

—¿Y te llevó a algún sitio? ¿Te enseñó algo?

Parecía más interesada en aquel chico que yo misma.

—¿Quién es, Ana? ¿Sabes algo de él?

Volvió a su sonrisa de cera. Dijo que no con la cabeza e hizo un gesto con la mano, como quitando importancia a lo que se le había pasado por la cabeza.

—Es posible que lo soñases. Como estuvimos hablando de ese chico al que creías haber visto cuando lo de tu abuela...

—No creí verlo, lo vi. Y no, no lo he soñado, estoy segura. Tenía los pies mojados cuando llegaron mis padres. Eso no se sueña.

—Aún recuerdo mi época universitaria, cuando me levantaba por las noches y caminaba por el campus medio dormida.

En nuestra clase de Madrid había un chico sonámbulo, y Laura y yo siempre nos reíamos de sus historias. Supongo que te ríes hasta que eres tú quien lo experimenta.

Ana me habló de otra gente que había estado en el pueblo antes que nosotros y de cómo la leyenda de los pantanos había hecho que se marcharan. Laura y yo habíamos leído algo de pueblos fantasmas cubiertos por un pantano, campanas sumergidas que aún sonaban, espíritus que vivían en el río...

—Sin embargo, en Covanebra no hay pantano ni casas hundidas ni nada de eso. Solo la casa grande, que dicen que está embrujada, ¿no? —dije.

—Mejor que no os acerquéis por allí.

—¿Tú también? ¿Todo el mundo cree esas tonterías?

—¡Yo llevo toda mi vida estudiando las leyendas!

Había levantado tanto la voz que durante un segundo me asustó. Pero antes de que pudiese arrepentirse de lo que había dicho, cambió la cara y volvió a sonreír.

—No le des más vueltas. Si oísteis ruidos en casa de Raúl, os asustaríais y luego te dormiste pensando en ello y lo soñaste todo.

Tal vez tenía razón. Tal vez, además de estar encerrada a mil kilómetros de cualquier cosa divertida, me estaba volviendo loca.

Se acercó y me pasó el brazo por los hombros. Me apretó contra ella y me habló despacio, como las madres hablan a los niños cuando se arman de paciencia para explicarles algo que todos los demás entienden.

—Tú no te preocupes por las leyendas. Ya sabes cómo somos en los pueblos. Covanebra no está maldito. Y ese muerto del río..., bueno, solo es un hombre ahogado. Mientras tus padres no tengan miedo, no habrá problema.

Me despedí de ella con una sensación extraña, pero camino a casa fui saboreando lo que había dicho. A lo mejor no era tan malo que pasaran cosas raras en Covanebra, si eso hacía que mis padres se replanteasen su nuevo plan de vida.

La gata estaba en el centro del jardín cuando llegué a casa. Papá lo había limpiado y había distribuido macetas pequeñas por el suelo en las que plantaba los esquejes que iba a arrancando en sus paseos por el monte. No quería traer plantas decorativas, sino que se había empeñado en arreglar todo el pueblo con especies de la zona.

Los cachorros jugueteaban con su madre, le mordían las orejas y corrían de un lado para otro, como celebrando la libertad que acababan de darles. Los dos más grandes eran grises; la mediana, que gracias a mi madre sabía que era hembra, tenía el pelo blanco, negro y naranja; y el más pequeño de todos era una bolita blanca y negra. Las zonas de pelo negro eran más largas que las del blanco, lo que le hacía parecer enfermo, con tiña o alguna de esas enfermedades de la piel. También cojeaba un poco, pero eso no le impedía perseguir a sus hermanos.

Mis padres entraron al rato. Traían esa cara de mañana de cumpleaños que ponen cuando quieren darme una sorpresa y, detrás de ellos, entró en casa un hombre vestido con mono azul y un maletín de herramientas.

—Cora, vienen a instalarnos el teléfono.

Se me olvidó todo lo que quería contarles y me dediqué a perseguir a aquel hombre mientras tiraba cables y hacía agujeros con el taladro. Antes de comer había instalado una antena en la fachada y, cuando pidió un cepillo para limpiarlo todo, estaba tan eufórica que le dije que no se preocupara, que yo podía hacerlo.

Comimos a la carrera y no quise postre ni café. Mamá se apiadó de mí y dijo que fregaban ellos, así que me encerré en mi cuarto y trasteé en el portátil hasta que pude conectarlo. Raúl no mentía cuando dijo que no tenía Twitter, aunque buscar a Raúl Suances, sin segundo apellido, fue como preguntar en una zapatería si venden zapatos. En ningún perfil de los que visité encontré fotografías suyas y, por más que busqué en otras redes, no encontré nada que me ayudase a saber algo de él.

A media tarde cerré el ordenador y fui a buscarlo para recoger piñas.

—No pienso estar aquí cuando haya que encender las chimeneas a diario, pero a los demás os harán falta —le dije, mientras cruzábamos hacia el monte—. Si en verano hace frío, ni me imagino cómo será el invierno.

Al principio era divertido, pero cuando me había agachado cien veces, lo de recoger piñas se había convertido en una tortura. Le pedí que nos sentásemos un rato. Desde donde estábamos podíamos ver la casa grande y la iglesia. En realidad, veíamos casi todo el pueblo.

—Reconoce que tampoco está tan mal.

—Le tengo manía a este sitio. No sé por qué mi padre se empeña en seguir aquí con todo lo de mi abuela.

Le conté lo poco que sabía: lo de que la llamaban bruja y lo de su partida de nacimiento. Iba a hablarle del libro, pero la última frase de la abuela apareció en mi memoria sin que la hubiese llamado: «No dejes que lo encuentren».

—En el año 1954 no había un registro como el de ahora —me dijo—. Mi madre trabajó haciendo el censo de un pueblo de Ciudad Real y, al ir a las casas a preguntar cuándo habían nacido los que vivían allí, le decían que cuando la cosecha, que si después de las uvas...

El coche de Tomás pasó a toda velocidad por la carretera. Levantaba piedrecillas de asfalto y, al llegar a la puerta de mi casa, pegó un frenazo. Salió a toda prisa, abrió la puerta trasera y sacó un bulto enorme envuelto en una manta.

—Debe de ser su perro. Adora a ese chucho.

Bajamos corriendo. En la puerta de casa estaban los demás, con caras serias. Boyko se había quedado a unos metros, como si necesitase estar allí, pero no se atreviera a molestar. Mamá salió al cabo de media hora, sudorosa y triste, y abrió el maletero del coche. Tomás no consintió en separarse del perro, así que lo montó en el asiento de atrás y se sentó a su lado. Mamá estaba en el asiento del conductor sin moverse. Fue Raúl quien se acercó a cerrar el maletero para que pudiesen arrancar.

En Madrid, mi madre suele llevar los animales que mueren en su clínica a un crematorio para animales que tiene el ayuntamiento. A veces, incluso, a un cementerio de mascotas. Una vez estuve allí y había pequeñas esculturas de gatos y perros en algunas tumbas. Pero en León no tenía ni idea de qué iban a hacer. Tampoco quería saberlo. Boyko se acercó cuando ya se habían marchado y preguntó a Lucía.

—Algo malo que ha comido, creo. Echaba espuma. Ayer mismo nos decía la farmacéutica que este no es sitio para mascotas.

Boyko movió la cabeza hacia los lados, no sé si en un gesto de lamento o negando lo que le

acababan de decir. Después volvió hacia su casa, la más alejada del pueblo, sin decir adiós. Al pasar por la casa grande, se detuvo un poco a mirarla.

—Ese tiene de bibliotecario lo que yo de bruja —susurré.

Raúl se me quedó mirando, como si no entendiera a qué me refería. Al cabo de un segundo se echó a reír y todos se giraron hacia nosotros.

—Un poco bruja sí pareces —dijo, en voz baja.

Entramos en casa y fui a mirar a los gatos. Estaban muy juntos, al cobijo de su madre, y apenas se acercaron cuando les ofrecí agua y un plato con bolitas de pienso. Solo el más pequeño se separó y mordisqueó la comida bajo la mirada atenta de la gata.

—Ven, cojito.

Le tendí la mano, pero no se acercó.

—¿Le has puesto nombre?

Raúl también le tendió la mano, aunque creo que ni siquiera se dio cuenta de que lo estaba haciendo.

—La verdad es que no. Pero es cojo. Y pequeño. *Cojito* no me parece mala forma de llamarlo.

Me habló de un libro y de por qué nadie debería poner nombre a los gatos. Me fastidió reconocer que no sabía de qué libro hablaba.

—Seguro que has visto la película, se titula *Desayuno con diamantes*.

Tampoco me sonaba, por más indicaciones que me dio de la historia, de alguna escena que seguro que recordaba, según él, o de la protagonista. Me dejó por imposible y trató de explicarme por qué no era bueno dar de comer a los gatos; que así no aprendían a alimentarse solos. Después hablamos de jugar con ellos, de acariciarlos. Si él decía que no, yo que sí. Y así todo el rato, daba igual el tema. Pero no discutíamos. Creo que alargábamos la conversación porque los dos estábamos cómodos y, si hubiésemos llegado a un acuerdo, se habría roto ese clima tan nuestro.

Cuando mi madre regresó, Raúl se marchó a su casa, no sin antes prometerme que veríamos *Desayuno con diamantes* el siguiente día que hubiese lluvia.

—Es mejor el libro, pero nos conformaremos con la película hasta que tengamos acceso a esa biblioteca embrujada.

Me dirigí a la cocina y mamá empezó a sacar cosas de la nevera. La habíamos comprado de segunda mano en una tienda de León y a veces se congelaban las verduras, pero al menos habíamos descartado el cofrecito de *camping*. Sacó una lechuga, dos tomates y unos huevos cocidos. Rebuscó entre los pocos cacharros hasta que eligió el que le gustaba y, una vez que lo tuvo en la mano, lo dejó de nuevo en la encimera y volvió a rebuscar. Le quité el cuchillo que sujetaba, y solo entonces pareció darse cuenta de que yo estaba allí, porque se volvió y se echó a llorar.

—No pasa nada, tranquila —me dijo mamá, al cabo de un rato.

Nos quedamos ambas en silencio y, cuando se le pasó el llanto, volvimos a concentrarnos en la lechuga y los tomates. En mi casa todo lo resolvemos cocinando. Nada de grandes manjares, pero papá y mamá hablan, se cuentan qué tal les ha ido el día, planean las vacaciones o me interrogan sobre mis novios, los deberes del instituto o la última fiesta a la que he ido, todo ello tostando pan, haciendo sándwiches o preparando ensaladas.

—No me ha dado tiempo a nada. Si lo hubiéramos visto antes...

Se le cortó la voz y empezó a llorar otra vez.

Por suerte, papá entró en ese momento. Traía un montón de plantas con las raíces colgando y

las dejó caer. Mamá le regañó por llenar el suelo de barro y durante unos minutos tuvimos la conversación más absurda de la historia, porque él quería saber qué nos pasaba; mamá le decía que no podía ir por ahí arrancando plantas, que nuestra casa no era un invernadero; y yo no sabía a cuál de los dos hacer caso.

Tostamos pan, terminamos de preparar la ensalada, llevamos las plantas de papá a la parte de atrás de la casa y nos sentamos en unos taburetes en la cocina, con una pila de tostadas delante. Ya más tranquila, mamá nos contó que Tomás no había parado de llorar de camino al incinerador. Un hombre les había indicado que no podían hacer nada hasta el día siguiente, porque ya habían apagado el horno, y él se había empeñado en quedarse allí a pasar la noche.

—Decía todo el rato que ya se lo habían advertido, que este pueblo está maldito.

Papá se levantó a fregar los platos y a preparar un té, y mamá y yo recogimos el desastre que había quedado en el salón después de haber tratado allí al perro. Ella seguía dándole vueltas. Ya habíamos pasado por aquello otras veces. No es que se sintiera culpable, es que lamentaba no haber podido hacer más, solo eso.

—Parecía que hubiese comido algo tóxico, pero no había nada cerca, ni siquiera las pinturas. Es muy raro.

—¿Raro como una flor de almendro en marzo o raro como una orquídea fantasma? — preguntó mi padre desde la puerta, con su sonrisa más ñoña.

Cuando papá era joven, estaba obsesionado con encontrar una orquídea fantasma, pero es una flor casi imposible de encontrar. Nadie sabe dónde van a florecer ni cuándo, simplemente aparece, así que recorrió medio mundo con la mochila al hombro, buscando la dichosa flor. De esa forma, recaló en Madrid, conoció a mamá y después nació yo y me convertí en su flor más preciada. Era una cursilería que le llevaba oyendo contar desde que tengo memoria y que me avergonzaba en todas las reuniones familiares, cada vez que un amigo nuevo venía a casa o cuando a papá le daba por ponerse nostálgico.

Mamá lo miró con cara blanda y supe que yo no pintaba nada allí.

Salí de casa sin hacer ruido y los dejé a solas. Caminé hasta el campo de fútbol y vi un bulto oscuro sentado en el banco. Podía reconocer las deportivas plateadas de Raúl desde un kilómetro. Respiré hondo varias veces antes de acercarme.

—Una plaga de amor pegajoso se ha extendido por mi salón y he tenido que salir huyendo.

Levantó la vista. Tenía los ojos rojos y me arrepentí de lo que acababa de decir. Me disculpé sin saber bien por qué lo hacía. Podía ser un raro de última fila de la clase o un loco de las estrellas, pero lo cierto es que era lo más parecido que tenía a un amigo en aquel pueblo.

Me senté a su lado y le pasé el brazo por los hombros. Dejó caer la cabeza hacia mi pecho y lloró un rato, sin hacer ruido. Hay días que nacen con vocación de lágrimas y aquel sábado era uno de ellos. Notaba el movimiento entrecortado de su respiración y la humedad que se me iba pegando al jersey. No sé cuánto tiempo pasó. De pronto levantó la cabeza, me miró y se echó a reír.

—¿Qué?

—Perdona. Soy un gilipollas.

—¿Por llorar o por no avisarme para que llorara contigo?

—He sido un gilipollas con mi madre.

Me quedé callada. Descubrí que me moría de ganas de saber qué había pasado, de saber algo de él, pero me mordí la lengua para no reconocerlo.

—Soy imbécil.

—Y gilipollas, eso ya lo sabemos.

Me miró con una sonrisa llorosa, pero bonita, y me dieron ganas de abrazarlo.

Se levantó y me tendió la mano. Paseamos mientras me contaba que habían salido de Barcelona con lo puesto. El anuncio del proyecto para rehabilitar Covanegra había llegado como un milagro, como un avión privado en el que escapar de un terremoto. No encontraba sentido a todo lo que me estaba diciendo, pero sabía que en algún momento toda esa información encajaría como un puzle, y me quedé callada, esperando la siguiente pieza.

—No es malo que tus padres se quieran tanto —dijo.

Me miró, esperando mi reacción, supongo. Solo me pegué un poco más a él y nos quedamos un rato en silencio. Raúl vivía solo con su madre y no tenía ni idea de si su padre había muerto, si se había ido o si no existía.

—¿Y por qué os habéis peleado?

Negó con la cabeza.

—Soy tan imbécil que le he echado en cara que estemos en este pueblo de mierda por su culpa.

Le rodeé la cintura con el brazo y lo estreché con todo el cariño que pude. Respondió pasándome el brazo por los hombros. Yo quería protegerlo, cobijarlo, pero era demasiado grande.

—Creía que te gustaba este sitio. Lo de tocar la luna y todo eso, ya me entiendes.

—Y me gusta. Solo estaba enfadado.

—¿Con quién?

—Conmigo, contigo. Con mi madre. Con el perro de Tomás por morirse.

—Con el mundo, ¿eh? Anda, vamos.

Le di la mano y tiré de él porque nos habíamos quedado quietos en mitad del camino. Estaba muy serio, como si le hubieran molestado mis palabras. Sin embargo, al cabo de unos segundos sonrió. Sonrió tanto que se le achinaron los ojos. Echó a correr y lo seguí. Fuimos así, corriendo de la mano, hasta la balsa. Nos arañamos con las zarzas y estuvimos a punto de caer varias veces.

La luna apenas se veía y el claro estaba casi a oscuras. Lancé las deportivas y me quité los vaqueros y el jersey sin pensarlo demasiado. Estaba al borde de un río, en ropa interior y con un chico al que había conocido hacía un par de semanas; era mejor no pararse a pensar. Caminé hasta el borde y entré en el agua como entran las chicas ridículas, dando grititos a medida que el agua me mojaba la piel. Me dolían los pies por el frío y por las piedras sobre las que pisaba. Cuando estaba sumergida hasta medio muslo, escuché sus pasos rápidos sobre la hierba.

—Estás loca, lo sabes, ¿no?

Al llegar a mi altura, se lanzó de cabeza y, antes de que asomase de nuevo, me metí como pude en el agua. Nunca he aprendido a tirarme de cabeza y me negaba a seguir con la imagen patética de la chica de los gritos.

Nadamos hasta el centro de la balsa. No había reflejo de luna porque habíamos agitado demasiado el agua, pero nos dimos por satisfechos con llegar hasta allí. Hacía un frío de mil demonios, Raúl tenía los labios morados y yo sentía pinchazos por todo el cuerpo.

Nos vestimos tiritando, entre risas y empujones. Los vaqueros se me enganchaban en la piel mojada y no había forma de subirlos. Él no lo estaba haciendo mucho mejor.

Cuando terminamos de vestirnos, se puso frente a mí y me pasó los brazos por detrás del cuello. Estaba tan cerca que tuve que echar la cabeza hacia atrás para verle la cara. Había

cambiado, no había tensión, ni miedo. Como si el agua lo hubiera lavado todo.

—Te dije que podías tocar la luna, no que te bañaras en ella.

Me escabullí del abrazo fingiendo que me molestaba algo dentro de la zapatilla. Durante un segundo, un largo y estúpido segundo, había esperado que me besara, pero me di cuenta a tiempo de lo que estaba pasando y de cómo acabaría todo aquello. Nos tumbamos en la hierba, mirando al cielo.

—Mañana ya no estará ahí, pero en un par de días más habrá vuelto —dijo.

—Nunca he sabido cuándo está creciendo y cuándo menguando.

—Los pescadores de Cádiz dicen que, cuando la luna crece, decrece.

—Creía que eras de Barcelona.

—No soy de ningún sitio, pero he estado en muchos.

Me giré esperando una explicación. Tenía los ojos muy abiertos, como si mirar aquel cielo cuajado de estrellas fuese lo único importante en el mundo.

—¿Qué es eso de crecer y decrecer?

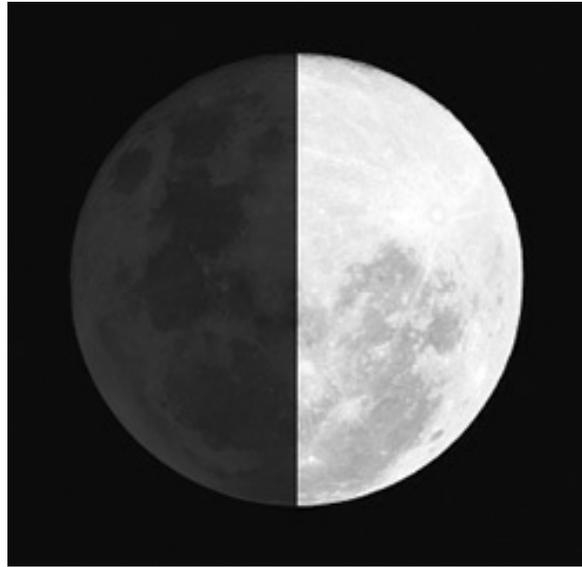
—Cuando la luna crece, la «D» crece. Es decir, tiene forma de «D». Ahora es una «C» porque está menguando.

Lo decía señalando la luna y dibujando en el aire su contorno. Miré hacia donde señalaba y vi una «C» fina y perfecta, como un colgante de una inicial de plata. Me llevé la mano al cuello y toqué la piedra, que, para mi sorpresa, no estaba demasiado fría.

—Anda, vamos —dijo, poniéndose en pie—. Con suerte podremos entrar sin que nos vean.

Volvimos hasta el pueblo deprisa. Tiritábamos y los dientes nos castañeaban tanto que no podíamos hablar. Entró en su casa sin despedirse y me quedé un instante mirando cómo cerraba la puerta. Y preguntándome cómo sería besarlo.

30 de julio



Cuarto creciente

Papá seguía robando esquejes de plantas que dejaba en la parte de atrás. En Madrid hacía lo mismo. Cuando un arbusto, una flor o cualquier cosa que creciera en la tierra le llamaba la atención, cortaba una ramita y la ponía en agua para que echara raíces; o arrancaba un brote nuevo con raíz, lo plantaba en una maceta y lo cuidaba hasta que podía trasplantarlo. Casi se muere del susto cuando la Guardia Civil apareció en casa. Solo querían hablar con mamá por lo del perro, pero debió de pensar que todas las amenazas con las que mi madre llevaba años intentando convencerlo para que no robase esquejes se habían hecho realidad.

Mamá les explicó lo poco que sabía, que el perro había empezado a echar espuma por la boca, cuando estaba tumbado a los pies de Tomás, mientras él trabajaba. Les ofreció un café y se sentaron frente a la encimera. Papá aprovechó para preguntarles si sabían algo nuevo del hombre que apareció flotando. Se miraron, me miraron a mí y no contestaron. Entendí la indirecta, así que salí de la cocina y me puse a jugar con los gatos.

Una vez que se hubieron marchado, papá volvió a explicarnos que pagar por plantas en un vivero era absurdo, cuando Covanegra estaba llena de especies nuevas y la parte trasera de la casa era un invernadero perfecto para criarlas, pero lo cierto era que lo habían asustado.

Durante unos días dejó de embarrarlo todo con esquejes nuevos y se centró solo en las flores rojas que crecían en la zarza de moras junto al puente. Yo, en cambio, pasé unos días preguntándome qué hacía un detective flotando en el río y, sobre todo, qué le habían contado aquellos hombres a papá.

Tomás vino a casa y se encerraron los tres en la cocina, con la cajita roja de esquinas metálicas de la abuela. Desde mi habitación los oí hablar de permisos, licencias, de que los inspectores de la Confederación Hidrográfica vendrían a la semana siguiente. No salí del cuarto porque tenía la sensación de que no me necesitaban allí o, dicho de una forma menos elegante, que molestaba. Solo escuché y comprendí que les estaba pasando el relevo. Tomás había decidido marcharse y antes quería dejar todo bien organizado.

—Sin Tomás, no sé si podremos seguir adelante —dijo mi padre cuando él ya se había marchado.

—Entonces —dije midiendo cada palabra—, ¿volvemos a Madrid?

Se giraron los dos hacia mí sin decir nada. Papá tenía los ojos rojos y la cara de mamá parecía de cera. Aquello era perfecto para mis planes. Sin embargo, por alguna razón extraña, no me gustó tanto como esperaba.

Raúl estuvo enfermo. El baño nocturno le pasó factura y los dos nos ganamos una buena bronca por habernos acercado al río. Cuando a mis padres se les pasó el enfado, me contaron lo que les habían dicho los guardias: el tipo ahogado resultó ser un detective contratado por una casa de subastas y la autopsia confirmó que lo habían tirado al río con algo atado a los pies y que, solo cuando los peces mordisquearon lo que fuera que lo sujetaba, salió a flote. Por eso estaba tan hinchado, así que mamá y Lorena nos habían prohibido, esta vez muy en serio, bajar al río. Raúl le contó a su madre que nos habíamos puesto a recoger moras y, siguiendo las zarzas, habíamos llegado hasta el agua. Que luego él se tropezó y que, al ayudarlo a salir, yo me había mojado también. Era una historia tan increíble como la del perro que se come los deberes o las pilas del despertador que se agotan, pero tanto Lorena como mis padres fingieron creérsela. Mamá insistió tanto en que era peligroso y en que por nada del mundo deberíamos acercarnos otra vez al río que los planes de Laura para dinamitar aquella aventura empezaron a parecerme más cercanos.

Fue la semana más aburrida de la historia. Llovía de la mañana a la noche y no podíamos trabajar en las casas, ni pintar, ni recoger leña. Mamá apenas paraba en casa porque estaba recorriendo toda la zona para ofrecerse a quienes pudieran necesitarla. Papá solo tenía tiempo para esquejes y planes de jardines que ojalá nunca plantase. Y yo no me atreví a visitar a Raúl para no encontrarme a Lorena. El martes pasé por la puerta de la farmacia en el cuarto o el quinto paseo aburrido por el pueblo. Al verme, Ana salió y me preguntó algo. Me quité los cascos para escucharla.

—Perdona.

—Te preguntaba por Raúl.

—Tardará unos días en pisar la calle, se ha resfriado.

—Deberíais tener cuidado con el río.

—Vaya, no es fácil tener secretos aquí, ¿eh?

Entré con ella hasta la rebotica y me preparó un té de aquellos que olían a rosas. Desde la ventana se veía la casa grande, recortada contra un cielo oscuro.

—¿Qué historia guarda la casa?

Levantó un segundo la vista y me miró casi como si la sorprendiese verme allí. Tardó unos

segundos en contestarme.

—Dicen que la casa era de una bruja que no podía tener hijos y se dedicaba a robar niños por todos los pueblos. Otros cuentan que, cuando un niño nacía embrujado, sus padres lo abandonaban en el río y el agua lo traía hasta aquí.

—He visto luces alguna noche.

—No creo que sean luces. Serán reflejos.

—Sí, eso quiero decir, que parece que hay luz, porque la luna se cuele por las rendijas de las ventanas. Resulta muy inquietante, no me extraña que la gente se asuste.

Me miró un segundo de nuevo y sonrió, pero era una sonrisa triste.

—También dicen que por las noches pueden oírse los gritos de los niños que se quedaron encerrados para siempre.

—Venga ya —la interrumpí—, ¿no te creerás eso?

Removió el té, que debía de estar ya helado.

—En fin, ya sabes cómo son estas cosas. Ahí hubo muchos niños que nadie sabía de dónde habían salido. Creo que era como una casa de acogida o algo así.

—La partida de nacimiento de mi abuela no tenía fecha segura ni nombre de los padres. ¿Crees que pudo vivir allí?

—No lo sé. Dicen que la bruja de la casa se murió o se fue. Desapareció sin más... y la casa no se volvió a abrir.

—¿Y los niños?

Se encogió de hombros.

—No hagas mucho caso, son solo cosas que se cuentan. Luego pasó lo del pantano y se fue todo el mundo.

Al parecer, unos años atrás habían aprobado la construcción de un pantano en Las Omañas que cubriría seis pueblos. Covanegra quedaba justo bajo la presa, fuera del pantano, pero con el ruido y el riesgo que supone estar separado de toneladas de agua por un muro de cemento. La gente aceptó el dinero que les ofrecieron por sus casas y se marchó. Después los ecologistas frenaron el proyecto, pero ya era tarde.

—La Confederación Hidrográfica expropió todas las casas menos la grande, así que tienen un montón de ruinas, no hay pantano y necesitan que vosotros o cualquier otro incauto os ocupéis de rehabilitarlas.

—Mi abuela tenía un montón de cartas con el sello de la Confederación Hidrográfica del Duero.

—Tomás no es el primero al que convencen para venir aquí. Tal vez lo intentaron también con ella. Pero solo les cuentan la parte buena.

—¿Hay parte mala?

Dudó un momento. Se recogió un mechón de pelo que se le había salido del moño e hizo un gesto con la mano, como restando valor a lo que acababa de decir.

—Es una forma de hablar, ya sabes.

—Sin embargo, tú te has quedado. En fin, no me malinterpretes, pero una farmacia en un pueblo vació...

—Bueno —dijo con la vista clavada en su taza—, algunos vienen aquí para reinventarse, otros para esconderse del mundo, y otros, como yo, persiguiendo un sueño.

Siguió girando la cucharilla dentro del té sin levantar la vista. Esperé un poco por si añadía algo más, pero se mantuvo callada, así que me despedí de ella. Al salir me fijé en la casa

grande y hasta me pareció ver destellos de luz detrás de los ladrillos que tapiaban algunas ventanas. Le di la espalda y caminé hacia mi universo rosa chicle. Al menos estuve chateando con Laura.

En Madrid todo seguía igual: Aitor se pasaba el día diciéndole cuánto me echaba de menos, a pesar de que no me había llamado ni una sola vez, y los demás disfrutaban de las vacaciones como si fueran las últimas, porque todo el mundo sabe que los profesores de bachillerato son seres sin alma, creados únicamente para hacer sufrir a sus alumnos. Le hablé a Laura del río, de Raúl, de sus zapatillas plateadas y su sudadera de superhéroes, de los gatos del jardín. Estuve a punto de contarle lo del chico sin voz, pero lo descarté porque su hermano era un raro de los que echan las cartas y miran el horóscopo antes de pedirle salir a una chica y Laura a veces se dejaba llevar por esas chorradas. No la necesitaba buscando augurios en mis sueños cuando aún no había decidido si aquel encuentro había sido real o no. Sí le conté lo que me había dicho Ana sobre la casa grande y lo de la loca del nido en la cabeza. No me hizo falta exagerar mucho el episodio de las moras para que me dijese que tenía que salir de Covanegra.

Era viernes por la tarde cuando mamá entró en casa llorando. Entre hipidos entendí que decía algo de brujas y que al final tendríamos que marcharnos. Se me encendieron todas las alertas, pero me fingí calmada. La abracé mientras esa frase, «tendremos que marcharnos», se me repetía en la cabeza. La seguí hasta la puerta y salimos a la calle. Se giró y entonces lo vi. Con pintura roja, como la que yo había usado para pintar algunos maderos de la valla, alguien había escrito: «Casa de brujas».

Entramos de nuevo en casa. A pesar de que mamá ya no lloraba, yo conocía de sobra sus gestos, su incapacidad para hacer absolutamente nada cuando se bloqueaba, así que le preparé un café y me quedé con ella hasta que entró papá, embarrado y feliz.

Al vernos le cambió la cara.

—¿Qué ha sido esta vez? —preguntó.

Salieron juntos a ver la puerta y, al entrar, venían abrazados por la cintura. Nos sentamos los tres en la cocina.

—Nadie nos quiere aquí. Me pasa cada día, todo va bien hasta que digo que vengo de Covanegra.

—¡Pues vámonos!

Se giraron los dos a mirarme y me sentí el bicho más despreciable de la historia.

—Cora, no lo entiendes. Hemos puesto todo lo que teníamos en esto.

Estaba haciendo un esfuerzo por sujetar las lágrimas. Mamá se acercó y me dio un abrazo de esos que te envuelven, que aprietan tanto que no puedes respirar, y lo peor fue que, cuando me soltó, me seguía faltando el aire.

—Algo no está bien. Algo no funciona, ¿no lo veis? Nadie quiere vivir en este pueblo. Dicen que la casa grande está embrujada, aparecen muertos flotando en el río, esa loca me llama Menai o algo parecido cada vez que me la cruzo. Y todo lo que rodea a la abuela es un misterio.

—Es mi historia, es todo lo que tengo de mi familia. —Mientras papá hablaba, mamá me sujetaba por los hombros, no sé si para darme cariño o para que no saliera corriendo.

—Pero no nos quieren, papá. Y a ella tampoco la querían. Ni siquiera sabemos quiénes eran sus padres ni si de verdad vivió aquí.

Ya no pude sujetar las lágrimas por más tiempo. Lloramos los tres durante un buen rato y, cuando se nos pasó, nos metimos en la cocina. Mamá nos contó que en los pueblos de alrededor todos pensaban que Covanegra estaba maldito, que lo del pantano solo fue una excusa para salir

corriendo.

—No los culpo. Han oído historias de brujas, niños robados y mil cosas más, han crecido con la idea de que acercarse a la casa grande era peligroso. Han enterrado este pueblo como si no existiera y ahora nosotros queremos sacarlo a flote. Todos hubieran preferido que lo cubriera el agua para siempre.

Me seguía faltando aire en los pulmones así que salí a ver a los gatos. Cojito no se separaba de su madre, pero los otros ya empezaban a enredar por entre las macetas y a intentar cazar cualquier cosa que se moviera.

Un rato después, papá y mamá vinieron, abrazados por la cintura, y dijeron que se iban a dar un paseo. Cuando salieron fui a la cocina a prepararme algo y vi la caja roja de la abuela. Seguía allí desde que habían estado hablando con Tomás.

Volví a sentirme un insecto. No, algo peor, un bicho inmundo, incapaz de comprender lo que sienten otros. Ni siquiera la toqué. Simplemente me quedé mirándola hasta que oí la puerta. Entonces, como si alguien me hubiese pulsado el botón de marcha, fui hasta el salón. Raúl estaba allí plantado, con unos pasteles que llenaron el aire de un olor dulce y exótico.

—Bonita decoración la de la puerta.

Me encogí de hombros y lo invité a pasar a la cocina. Los pasteles eran la oferta de paz de Lorena por haberse enfadado tanto el día del baño. O un soborno para que no lo volviésemos a hacer. En cualquier caso, funcionó, porque el olor a manzana y canela se extendió por la casa como la risa de un niño y nos puso de buen humor.

Aprovechamos que mis padres no estaban para merendar en la cocina, aunque dejamos unos cuantos pasteles para cuando volvieran.

—Mi madre me matará si nos los comemos todos antes de que tus padres los prueben —dijo Raúl.

Distribuyó los pasteles con cuidado, para que pareciese que ocupaban todo el plato y que nadie había comido, y, mientras lo hacía, le hablé de la leyenda de la casa grande y de cómo trataban a mi madre en otros pueblos cuando se enteraban de dónde venía. Torció el gesto cuando le expliqué que aquello podía ser mi billete de vuelta a Madrid, pero no dijo nada, solo salió a la carrera y volvió al momento con un bote de pintura roja en la mano. En pocos minutos habíamos pintado toda la puerta del mismo color.

—Ahora hace juego con el tejado.

Cuando papá y mamá regresaron de su paseo, se quedaron mirando la puerta sin parar de sonreír, hasta que les dijimos que había pasteles en la cocina. Aprovechamos que estaban tan contentos para marcharnos, con la firme promesa de no acercarnos al río.

Llegamos hasta el campo de fútbol, después hasta el puente pequeño y vuelta al inicio. Hacía fresco para quedarse sentados, así que volvimos a la plaza de la iglesia por alargar la tarde. La casa grande con todas las ventanas cerradas, con el sol poniéndose por detrás y recortando la silueta, parecía sacada de una ilustración de un cuento de Poe. Era fácil creerse que había fantasmas. En el banco del primer día, estaba la loca del nido en la cabeza y lo comenté.

—No la llames así.

—Tú la llamas bruja.

Sonrió.

—Bah, no me hagas caso —dijo—, es solo que no me gustan las etiquetas.

—Es que no sé su nombre —dije, y hasta a mí me sonó a excusa—. Y reconoce que muy bien no está.

La saludamos al pasar junto a ella y nos respondió con un gesto.

—Tal vez ni ella sepa cómo se llama.

Recordé al chico de mi sueño y cómo se encogió de hombros cuando le pregunté quién era.

El aire se volvió frío de repente. Cayeron unas gotas gordas y pesadas y los dos echamos a correr. Lorena podía convertirnos en pastel de carne si volvíamos a mojarnos.

Me despedí de Raúl y entré en casa. Papá y mamá estaban en el salón, sentados muy juntos frente al portátil.

—Lo siento, ¿vale?

Me miraron sin entender y seguí hablando.

—Lo de irnos. Bueno, todo eso que he dicho antes.

Mamá sonrió con esa sonrisa de perdonar la vida a los ignorantes que se le da tan bien. No lo hace a propósito, pero le sale.

—Igual podríamos averiguar quién era la abuela realmente o qué pasaba con la casa grande. Ana me ha dicho que era un hogar de niños abandonados o algo similar. Como en la partida de nacimiento de la abuela no hay nombre de los padres... ¿Puede ser que la recogieran allí?

—Qué tontería —dijo mi madre—, tendríamos un certificado de adopción.

Papá, en cambio, se había quedado en silencio y rebuscaba entre los papeles de la caja de la abuela.

Me senté con ellos. Volcaron el contenido de la caja sobre la mesa y lo extendieron, como si fuese un puzle que había que montar. Papá tomó la partida de nacimiento de la abuela y la leyó tantas veces que debió de memorizarla. Cuando llegó la hora de la cena volvimos a guardarlo todo y me fijé en un recorte de prensa muy viejo que se había quedado al borde de la mesa. Lo giré para verlo mejor y me aguanté las ganas de pegar un salto cuando leí el titular de la noticia que mi abuela había guardado: «Encontrada otra niña al borde del río». Laura y yo también habíamos visto una noticia parecida. No la misma.

Me fui a mi cuarto sin decir nada y abrí el libro de la abuela.

Durante muchos ciclos de luna, Selene y Endimión se amaron frente a la cueva. Cuando Helios asomaba tras la montaña, se despedían hasta el siguiente encuentro y Endimión pasaba el día dormitando. Liberó a los animales para que otros pastores los recogieran; perdió el cuchillo afilado con el que tallaba lunas; dejó que las hierbas crecieran alrededor de su cueva hasta casi tapar la entrada. Y no volvió a bañarse en el río, hasta que una tarde, esperando a que llegase su amada, se asomó a beber agua y vio su reflejo. No había vivido más que dieciocho inviernos, pero le pareció ver un par de arrugas pequeñas a los lados de los ojos. Se acercó más y quiso adivinar un cabello gris en la maraña negra.

Cuando Selene llegó, no lo encontró en la cueva. Si hubiese ido un poco más lejos, lo habría visto en lo alto de la montaña, invocando a los dioses, suplicando, al principio, enfadado según avanzaba el tiempo.

Al cabo de siete días con sus siete noches, Hipnos llegó hasta donde Endimión estaba y lo encontró llorando.

—Pronto desesperas, mortal.

Endimión se postró ante él y le suplicó que lo ayudase.

—Ya te ama. No me preguntes por qué, pero eso —lo señaló de arriba abajo con un gesto de desprecio— es suficiente para ella. Pide ayuda a Afrodita si crees que pueda enamorarse de otro.

Hipnos se giró para marcharse, pero Endimión lo agarró de un brazo y se dio cuenta tarde de que estaba frenando a un dios.

—Tienes agallas, mortal. Podría dormirte para siempre solo por atreverte a rozarme.

—Hazlo. Duérmeme.

—¿Tan interesantes son tus sueños? ¿Prefieres soñar con ella a gozar de su cuerpo las noches que te queden en este mundo? Además de mortal, eres estúpido.

—Detén el tiempo. No permitas que envejezca. No podría soportar su cara de asco si me busca la boca y encuentra el hueco de los dientes que la caducidad me arrebate. ¿Cómo la amaré cuando no pueda llevarla en brazos dentro de la cueva?

El dios rio tan fuerte que su voz resonó en la montaña y rebotó contra las piedras como una tormenta.

—¿Y cómo la amarás dormido?

—Despertaré el tiempo de amarla.

Hipnos movió la cabeza hacia los lados y resopló.

—El favor de los dioses tiene un precio. ¿Estás seguro de lo que pides? No disfrutarás de las risas de tus hijos; no volverás a pastorear tus animales; no sentirás el calor del sol en la piel. No hablarás jamás con otro mortal. ¿Merece la pena?

Endimión no llegó a contestar. No con su voz. Solo movió la cabeza y, en respuesta, Hipnos levantó los brazos y dijo:

—Sea como pides. Despertarás solo cuando ella pueda dejar libre el cielo. Y ojalá no te arrepientas.

—Todo lo que importa tarda en llegar al menos una luna nueva.

Ahogué un grito. La abuela llevaba años soltándome aquella frase. Todos los regalos que me había hecho, desde que tenía memoria, se habían regido por esas palabras. Las había sacado de allí. No era un libro cualquiera, no era un regalo sin importancia para el que inventar una historia. Seguí leyendo.

Se dio la vuelta para marcharse, pero esta vez el muchacho no se atrevió a sujetarlo. Descendió hasta su cueva, se bañó en el río y se tumbó desnudo a esperar que llegase la noche.

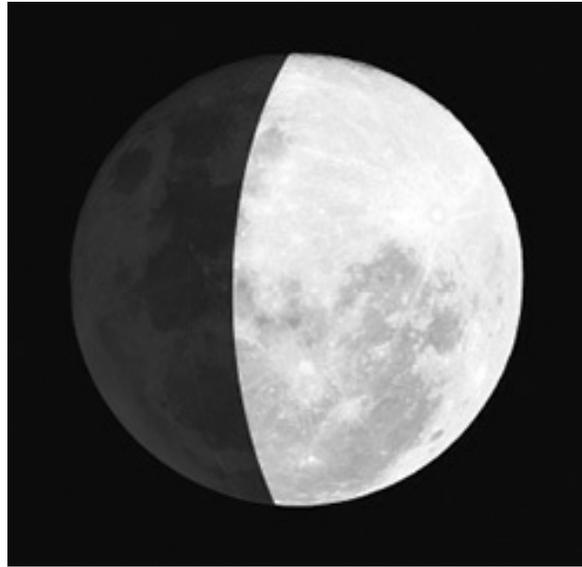
Despertó cuando el sol rozaba ya la montaña. Recogió su túnica y caminó hacia la cueva, pero algo le hizo detenerse. En la zarza de moras negras con las que apenas se alimentaba, habían crecido unas flores rojas. Corrió hacia ellas y fue arrancando bayas hasta que tuvo un buen puñado en la mano. Las comió una a una, aplastándolas contra el paladar.

Las amapolas que Hipnos había injertado en la zarza tardaron muy poco en hacer efecto. Cayó en un sueño profundo y blanco, sin imágenes, sin deseos, sin recuerdos. Selene llegó hasta él, como cada noche, y lo besó en la boca. Después, en los ojos. En las manos. Lo beso por todo el cuerpo, pero no consiguió despertarlo, y lloró lágrimas de plata mientras lo amaba. El cielo se cubrió de estrellas que caían desde sus ojos.

Al amanecer lo dejó en la cueva y siguió su camino con el corazón destrozado, unido solo por unas hebras de plata. Lo siguió amando cada noche sin que él envejeciera. Dio a luz a cincuenta hijas de las que él no pudo disfrutar, a las que no vio crecer. Y Selene lloró en cada parto una lluvia de estrellas.

Endimión y Selene siguieron encontrándose las noches de luna nueva, cuando ella no tenía que vigilar el cielo. El resto del tiempo, el muchacho dormía en la cueva. Y la hierba cubrió la entrada. Y el río cambió su curso anegándolo todo. Y en el cielo siguieron brillando lágrimas de amor cada vez que ella recordaba que una vez tuvo un amante que le hablaba, que tallaba figuras de madera, que la hacía sentir una diosa, no por su puesto en el Olimpo, sino por cómo la miraba.

31 de julio



54 % visible

Después de una noche de pesadillas y sombras al otro lado de la ventana, me levanté decidida a aclarar todo aquello. Mientras se calentaba la leche, leí el artículo que había rescatado de entre los papeles de la abuela. Hablaba de una niña recién nacida que habían encontrado al borde del río y, por algunas frases sueltas, deduje que no era la primera vez; pero era un artículo muy corto y parecía escrito por el becario de guardia, sin datos, sin fotografías, casi sin información. Eso sí, se recreaba en los rumores y las leyendas.

Con la tostada en una mano y el café en la otra, me senté delante del ordenador y entre mordiscos y sorbos teclé unas cuantas búsquedas. Niños encontrados en el río. Niños abandonados. Bebés en el río. Salían tantísimas páginas que empecé a acotar la búsqueda: río Omaña, León, Picos de Europa. Pasé toda la mañana frente a la pantalla y conseguí unas cuantas fechas, aunque nada de nombres. Saqué un cuaderno y dibujé una tabla para recoger toda la información que fuese encontrando. Primero apunté la fecha en la que había aparecido cada bebé. Cuando había ya anotado siete fechas, volví a repasar las noticias para comprobar algo. Al lado de la fecha escribí el símbolo de niña o niño si encontraba esa información. En algunos casos me costó un poco, porque hablaban de bebé sin más, pero al final comprobé que

lo que me había llamado la atención era cierto: ocho niñas.

<i>Fecha</i>	<i>Observaciones</i>	<i>Sexo</i>
23/4/1982		♀
9/8/1991		♀
14/11/2001	Gemelas	♀♀
21/10/2006		♀
14/4/2010		♀
3/1/2011		♀
6/5/2016		♀

Apagué el ordenador cuando oí a mi madre llamándome para la comida y, en cuanto terminamos con el postre, me despedí de ellos y corrí hasta casa de Raúl para ponerlo al día.

Lo encontré comiendo y debió de adivinar por mi cara que tenía algo urgente que decirle, porque engulló los trozos de manzana que le quedaban en el plato, se puso una chaqueta y salió a la calle conmigo. Lorena nos miró con cara de ir a decir algo, pero no le dio tiempo antes de que cerrásemos la puerta.

Intenté no atropellarme mientras le contaba todo. Bajamos hasta el puente y, como era de esperar, no nos cruzamos a nadie, salvo a los gatos que paseaban con su madre, ampliando el círculo de independencia. Cojito iba el último.

—Tener un hijo sin padre ahora es más fácil, pero antes no lo era.

—La última es bastante reciente.

—En los pueblos las cosas no son como en Madrid, Cora. No dejes que las tonterías que te ha contado la farmacéutica te obsesionen.

—¡Venga ya! ¿De verdad no te parece raro que aparezcan bebés abandonados en el río? ¿Ni que todas sean niñas?

—Sí, vale, pero es como lo de las tortugas de la estación de Atocha. Lo leí en un periódico.

Debí de poner cara rara, porque sonrió y luego siguió explicándose.

—Alguien dejó una tortuga de esas pequeñas allí, en un estanque. Alguien más lo vio y dejó otra. Y así, hasta tener cientos. Pues igual alguien abandonó a un bebé en el río, luego alguien más que quería deshacerse del bebé lo copió... y el resto se ha ido aprovechando de la leyenda.

—¡Tío, no fastidies!

—¿Qué buscas con todo esto, Cora? ¿Asustar a tus padres para que decidan irse? Ya lo has visto, ellos podrían ser felices aquí. No puedes ser tan egoísta.

Ignoré lo que había dicho, aunque me dolió. Las verdades suelen doler más que las mentiras.

Un par de truchas tomaban el sol junto a una piedra. Los primeros días me costaba encontrarlas por más que Raúl o papá las señalaran. Esta vez las vi yo primero.

—¿Qué tal los gatos? ¿Ya les has puesto nombre?

Al parecer se había acabado la conversación sobre las niñas del río. Contesté de mala gana:

—El gris se llama Susto, porque es tan feo el pobre que parece que lo hubieran asustado.

Me dijo que era cruel, pero lo dijo entre risas, y siguió hablando.

—Tienes que ver la película de *Desayuno con diamantes* ya. Y decidir si quieres que sean tus gatos.

A veces Raúl soltaba este tipo de cosas como si fueran verdades evidentes. Había desaparecido la tensión de un rato antes y volví a la carga.

—Tampoco tenemos muchas cosas que hacer. ¿Y si averiguáramos quiénes son esas niñas? Llevas razón, tengo que aguantarme aquí por mis padres, pero a ellos les irá mejor si averiguamos qué pasa. Yo he encontrado todo esto en una mañana. Seguro que podemos descubrir sus nombres, quién se las quedó, si las adoptaron, lo que sea.

Sonreía de nuevo, así que no dejé que se enfriara su poco entusiasmo.

—Podríamos abrir un blog, poner todo en internet y que la gente nos cuente cosas. Tal vez nos hagamos famosos.

—Cora, déjalo.

Su cara había cambiado. En dos segundos era otra, pero lo peor fue su voz. Su voz tenía mil años. Tan ajena y tan extraña.

Volvimos a casa. Mis padres estaban en el salón, mirando la pantalla del portátil y con un

montón de papeles desplegados sobre la mesa. Desde la reunión con Tomás, no hacían otra cosa.

Nos pusimos en la mesa con ellos y les pedimos que nos explicaran cuánto habían avanzado con los papeles de la Confederación. Mamá miró a Raúl y luego a mí y luego otra vez a Raúl.

—Tranquila, se lo he contado.

No sé si le gustó, puso una sonrisa que no era suya, que no encajaba del todo en su cara.

—Qué quieres, él también vive aquí y le afecta.

Asintió y mordisqueó un pastel. Después volvió a la pantalla. Papá apartó el portátil y le sujetó las manos mientras le hablaba.

—Cora tiene razón. Estamos en esto todos y debemos contárselo.

Empezaron a hablar de los pueblos que habían estado mirando Tomás y los otros antes de decidirse por Covanegra.

—Lo malo es que ya hemos invertido mucho aquí y la Confederación no tiene otras casas.

—Convenced a la gente de que este sitio no es malo —los interrumpió Raúl.

Lo miré sin entender nada. Él me ignoró y siguió hablando:

—Seguro que tenéis familiares por la zona o alguien que recuerde a tu madre de joven —dijo mirando a papá—. ¿Se marchó toda la familia? Igual podríais contactar con ellos y averiguar de dónde surge eso de la casa embrujada.

Terminamos el plato de pasteles y los dejamos allí, elucubrando sobre lo que Raúl había dicho.

—¿Ahora me crees? —le dije en cuanto cerramos la puerta.

—Claro que te creo. Creo que tus bisabuelos no recordaban justo qué día había nacido su hija el día que la inscribieron o que no sabían escribir su nombre y por eso no pudieron ponerlo en ese certificado. Y creo que hay unos cuantos bebés a los que la gente ha dejado tirados. Pero también creo que, si cuentas con tus padres y te olvidas de lo de hacerte famosa, tal vez te des cuenta de que esto te gusta más de lo que piensas y de que tu familia merece mucho la pena.

Nos detuvimos junto a la zarza del puente y Raúl apartó un par de flores rojas para arrancar una mora justo en el momento en el que la mujer del nido en la cabeza abría la puerta de su casa. Se quedó mirándonos y tuve miedo. No hubo carreras ni moras pisadas ni manotazos, solo llegó hasta donde nosotros y se quedó parada.

—Menai. Por ti lloró la luna —dijo.

Alargó la mano y me tocó la cara. Me acarició. Tenía los ojos hundidos entre un montón de arrugas. La imaginé joven, guapa. La imaginé feliz y serena, y ella me devolvió una diminuta sonrisa. Retiró la mano de mi cara, se señaló a sí misma y luego me señaló a mí.

—Soy Cora —le dije.

Ella asintió, como si ya lo supiera o como si eso no tuviera importancia.

—Vamos.

Nos hizo un gesto para que la siguiéramos hacia su casa y lo hicimos. Sin dudar, sin plantearnos que hacía muy poco la habíamos tachado de loca. Sin recordar siquiera que había pisoteado las moras que papá y mamá habían recogido.

Su cocina era antigua. De las que tienen una chapa enorme de hierro con dos agujeros para la leña y que yo solo había visto en fotografías o en películas, pero estaba todo limpio y ordenado. Calentó agua y nos ofreció un té, aunque en realidad era una infusión de unas hierbas que había sacado de un estante pegado a la pared lleno de botes de cristal con hierbas dentro y etiquetas de papel escritas a mano. Como en la cocina de una bruja buena. Desde la ventana se veía un

huertecillo en la parte de atrás que habría hecho las delicias de mi padre.

Todo lo que nos rodeaba parecía tener un millón de años, incluso la mujer.

—¿Siempre has vivido aquí?

—Siempre. Olga, de Covanegra.

Se señalaba el pecho como ratificando lo que acababa de decir.

—¿Olga? ¿Te llamas Olga?

Raúl me interrumpió:

—¿Eres la única que queda de lo que era el pueblo?

—Se fueron todos. Solo Olga y la luna.

Raúl y yo nos miramos sin decir nada. No entendíamos la mitad de lo que decía aquella mujer, pero sonaba al discurso de una loca.

—Menai.

Raúl frunció el ceño.

—¿Qué es Menai?

Me señaló y después señaló la ventana.

—Ella te llora.

Tenía muchas preguntas que hacerle, pero no sabía hasta qué punto me entendería ni hasta qué punto iba a comprender yo sus respuestas.

—No entiendo, Olga. No entiendo quién llora ni por qué.

—Hicieron que te fueras. ¿Eres tú? Te pareces tanto...

—¿A mi abuela? ¿Conociste a mi abuela?

—Menai. El río te trae, el río te lleva y ahora vuelves de las cenizas.

—¿A mí, Olga? ¿El río me trae a mí?

—A las niñas. A todas. Pero tú has vuelto como cuando te fuiste.

Era imposible.

Negó con la cabeza y abrió la boca para decir algo. En ese momento sonaron unos golpes en la entrada. Los tres nos miramos y ella volvió a negar en un gesto. Oímos las bisagras de la puerta y unos pasos. Ana apareció en la cocina.

—Pobre —dijo mirándonos a nosotros—. Está tan sola.

Sonreía, pero solo con la boca. El resto de su cara parecía de cera. Hizo ademán de tocar a Olga, pero ella se apartó. Entonces la miró a los ojos y, sin perder la sonrisa, le dijo:

—No molestes a los chicos con tus historias.

Después se giró, se puso entre nosotros y apoyó las manos en nuestra espalda, como si pensara que no éramos capaces de llegar solos hasta la puerta. Por el rabillo del ojo vi a Olga preocupada bajo aquella capa de arrugas.

Ana nos acompañó hasta la plaza. Nos dijo que la pobre mujer no estaba bien de la cabeza, que de joven vendía remedios de hierbas para los del pueblo y todos la llamaban la bruja. Y que alguna de esas cosas le había afectado al cerebro, seguro. Recordé la infusión que acabábamos de tomar en su casa y me pregunté si aquel brebaje, que no sabía mal, me habría matado unas cuantas neuronas.

Nos alejamos en dirección al campo de fútbol.

—Vale, tienes razón. Loca no sé, pero es una tía... peculiar —dijo Raúl, cuando nos quedamos solos.

—¿Te has fijado en Ana?

—Bueno, es farmacéutica, y esa mujer vende remedios caseros. Son competencia.

—No sé —dije—, era como si tuviera miedo.

—A mí también me ha dado un poco de miedo, pero no parece peligrosa. Y ha mencionado lo de las niñas.

Raúl se quedó parado un segundo, como si fuera incapaz de pensar y andar al mismo tiempo. Se encogió de hombros, sacudió la cabeza y caminó hacia su casa. Lo seguí, aunque en realidad no me dijo que lo hiciera, pero tampoco tenía otros planes. Entramos sin llamar y encontramos a Lorena preparando la comida.

—Mamá —dijo Raúl—, aquí hay comida para una boda.

Ella sonrió. Siempre lo hacía cuando Raúl estaba cerca. Creo que ni siquiera cuando nos bañamos en el río se enfadó de verdad; más bien estaba asustada.

—Todos trabajan mucho, algo tengo que hacer para compensárselo.

La dejamos rellenando empanadillas y nos fuimos al cuarto de Raúl. Era más grande que el mío y en la mesa cabíamos los dos.

Navegamos por internet buscando información de niñas que hubiesen sido abandonadas junto al río, pero apenas encontramos nada. Sí vimos algunas leyendas de los niños ahogados en pantanos, pero estaban mezcladas con avistamientos de ovnis y con mucha mitología asturiana y griega. Raúl anotaba en mi tabla letras y fechas y miraba un calendario rarísimo, lleno de dibujos de lunas, que tenía abierto en otra página del navegador. A mí no me hacía ni caso.

—¿Estas eran las lágrimas de San Lorenzo? —dije señalando una de las fotografías.

Giró un segundo la cabeza y señaló hacia otra foto.

—Esas.

Siguió saltando de una página a otra y me tumbé en la cama.

—¿Las conoces todas?

Se volvió y me miró como si no supiera de qué le hablaba.

—Las estrellas, que si las conoces todas.

—Siempre están en el mismo sitio, es fácil reconocerlas. Algún día iremos a verlas juntos y te diré cómo se llama cada constelación y por qué se ven más o menos según en qué fase esté la luna.

Me levanté de la cama y me acerqué a él.

—¿También me enseñarás la luna?

Me acerqué tanto que casi podía sentarme encima y, de pronto, dio un salto en la silla y se puso en pie, frente a una de las fotografías.

—¡Eso es! ¡La luna!

Volvió a la pantalla y empezó a anotar fechas de nuevo y a abrir más y más páginas en el navegador. Tan pronto miraba un periódico antiguo como volvía a aquel extraño calendario. Se olvidó por completo de que yo estaba allí, de que tres segundos antes me había propuesto ver las estrellas juntos. Me levanté de la silla y salí del cuarto sin despedirme. Al pasar por la cocina, asomé la cabeza para decirle adiós a su madre.

—Pasa, pasa.

Tenía harina en las manos y cada vez que se retiraba el mechón que le caía por los ojos, se dejaba una marca blanca en la frente. La raíz oscura de su pelo era mucho más visible que el primer día. Le pregunté si podía ayudarla; aún no era la hora de comer, y papá y mamá estarían enfrascados en sus cosas. Me tendió un delantal y un artilugio que no había visto jamás.

—Ve cerrando las empanadillas.

Me enseñó cómo hacerlo. Canturreaba mientras trabajábamos. A una pared de distancia

estaba el chico de las zapatillas brillantes y las sudaderas de superhéroes, el que se había bañado conmigo y casi me había besado; el que quiso que tocara la luna, pero no se atrevía a tocarme a mí. O tal vez era yo la que no le dejaba acercarse.

—Le gustas.

La voz de Lorena me pilló por sorpresa. Levanté la vista y la encontré frente a mí, con la cara llena de harina y aquella sonrisa cálida.

—A Raúl, le gustas. Nunca hace amigos ni los trae a casa.

—Solo estamos nosotros en todo el pueblo, no le quedaba otra.

No quería que sonase tan mal, pero ella pareció no darse cuenta y asintió sin quitar la sonrisa.

—Es un buen chico.

—Lo sé.

Lo sabía. Lo cierto es que lo sabía. Nos quedamos paradas, sonriendo como dos idiotas, hasta que Raúl entró en la cocina como un torbellino.

—¿Qué haces aquí?

Ni siquiera se había dado cuenta de que me había marchado de la habitación.

—Ayudarme, no lo ves. Que es lo que tendrías que hacer tú, en vez de mirar tanto al cielo.

Le largó otro delantal. Aquella mujer tenía delantales para un ejército de cocineros. Raúl se lo ató, obediente, y agarró una empanadilla. Cuando Lorena se dio la vuelta, se me acercó y me dijo al oído:

—Las niñas del río. Todas aparecieron con luna nueva. Pero hay más.

Seguimos cerrando empanadillas, colocando pasteles en platos y acatando las órdenes de Lorena, que no nos quitaba ojo ni nos daba un segundo de tregua. Cuando conseguimos librarnos de su control, ya era tarde, así que aplazamos la investigación para el día siguiente. Raúl me había dejado intrigada y me costó un buen rato dormirme. Ni siquiera leer el libro de la abuela me lo puso más fácil, como otras noches.

Selene entró en el salón del Olimpo, donde Zeus la esperaba. Caminó entre las columnas arrastrando su traje de plata e hizo una reverencia al llegar frente a él.

—Padre.

—He oído que desatiendes tus obligaciones.

Agachó la vista. Balbuceó una excusa y, cuando vio que nada alteraba la determinación del padre de todos los dioses, le recordó las muchas veces que él mismo había bajado a la tierra de los mortales a yacer con alguna humana.

—¡No lo intentes!

Su voz sonó como un trueno que se quedó flotando en el aire. Se asomó por uno de los laterales del salón. El valle estaba cubierto de nubes y apenas se apreciaba, abajo, el movimiento de un rebaño y su pastor, insignificante. Zeus agitó la mano y las nubes se espesaron hasta taparlo todo. Después sopló y abrió un hueco en aquel muro blanco dejando a la vista otro valle, a otro hombre insignificante. Selene aguantó la respiración y se esforzó en no alterar su gesto.

—Es solo un mortal con el que... me entretengo.

—No he llegado a gobernarlos a todos creyéndome sus mentiras y tampoco me creeré las tuyas. Sé cómo es el embrujo de los mortales.

Su voz había temblado muy ligeramente, pero Selene lo notó.

—Déjalo vivir, te lo ruego.

Más abajo, Endimión, tumbado frente a la cueva, se revolvió entre sueños.

—No quiero más noches sin luna. No quiero más lágrimas de plata que otros dioses puedan ver.

—Nadie lo sabrá.

—No más partos. No más lágrimas. No más mestizos que pongan en duda el poder de este cetro.

Golpeó el aire con la mano y un cetro con forma de rayo apareció en ella. Apuntó con él hacia Endimión y Selene apretó los labios para sujetar el grito que le nacía en la garganta. Las nubes cubrieron el valle y el río. Y a Endimión. Cuando se disiparon, el primer paisaje había vuelto y el rebaño con su pastor se dirigían ordenadamente hacia el agua.

—No me desobedezcas, Selene.

—No lo haré.

—Has parido cincuenta veces y no habrá una más. Ni una sola.

Zeus se sentó y colocó los pliegues de su túnica blanca. Le hizo un gesto para que se sentara a su lado y ella obedeció.

—Los mortales son débiles, efímeros, caducos, y aun así no se pliegan a la voluntad de los dioses. ¿Sabes qué los empuja?

La diosa de plata negó con la cabeza, sin atreverse a levantar la vista hacia Zeus.

—Crean en esa patraña del libre albedrío. Crean que pueden decidir. Crean que tienen el destino en sus manos. —Estiró el brazo y sujetó la cara de Selene, que ya no pudo evitar mirarlo—. ¿Es eso lo que quieres? —No esperó respuesta—. ¡Sea!

Las nubes alrededor del Olimpo se tornaron grises y después negras. Sobre la tierra y el valle y el pastor y su rebaño empezó a llover con tanta furia que la propia Selene se asustó.

—Decide tú si vuelves a verlo. No lo prohíbo.

Selene conocía de sobra a Zeus y sabía que la generosidad era un concepto para el que los dioses no estaban dotados. Podría haber sonreído, pero no lo hizo. Podría haberse sentido feliz por el permiso de Zeus, pero se sentía muy desgraciada. Sabía que los dioses matan su aburrimiento sometiendo a los mortales a las peores torturas y que, para aquel al que todos llamaban padre, ella no era mejor que un humano. Esperó a que siguiese hablando, rezando a Tea para poder soportar lo que viniese.

—Lo verás. Yacerás con él si es tu capricho. Pero si vuelves a alumbrar una mestiza, la haré desaparecer. No olvides que soy hijo de Cronos.

El titán que se comía a sus hijos. Esa era la amenaza que había estado temiendo durante toda aquella conversación. Si Selene volvía a dar a luz, Zeus se comería a sus vástagos o, peor aún, la obligaría a comérselos ella. Así gobernaba el hijo de titanes. Por eso nadie osaba desobedecerlo.

La diosa de plata se sentó a los pies del gran dios y dejó que él le acariciase el cabello.

—Ningún hombre es para siempre, pequeña.

Levantó la vista, sorprendida y asustada por la repentina ternura con la que Zeus le había hablado.

—Ningún mortal te merece. No está en mi mano anular el regalo de otro dios, pero si te deja, si yace con otra, no estará engañándote a ti, sino burlándose de todos nosotros. Si eso ocurre...

—No ocurrirá, padre.

—Si lo hace —la ignoró Zeus—, ella tendrá la vida eterna y tu amante olvidará quién es, olvidará su nombre, olvidará que una vez fue humano y vagará para siempre sin memoria.

Selene aguantó la ira que le nacía dentro.

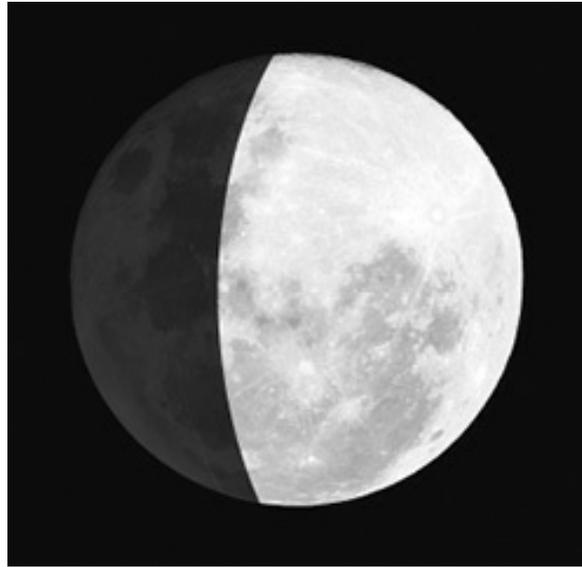
—¿Darías la vida eterna a una mortal como castigo por yacer con mi amado?

—Daría la vida eterna a una mortal para que nunca olvides que te he advertido.

Cuando Helios desapareció en el horizonte, dejando el cielo sin luz, Selene subió a su carro y salió sin despedirse. Lejos de allí, en el valle, frente a la cueva, Endimión esperaba dormido a

que llegase su amada.

1 de agosto



63 % visible

Pasamos la mañana y parte de la tarde buscando información y anotando todo en la tablita. Varias veces le pregunté qué significaban los símbolos y las letras que escribía, pero no me hizo demasiado caso. Cuando la tuvo entera me la mostró.

Fecha	Observaciones			Sexo
23/4/1982	Líridas	180 (18)		♀
9/8/1991	Perseidas		SDR	♀
14/11/2001	Leónidas	1500	(Gemelas)	♀♀
21/10/2006	Oriónidas	50 (23)		♀
14/4/2010	Líridas		SDR	♀
3/1/2011	Cuadrántidas		SDR	♀
6/5/2016	Acuáridas		SDR	♀

Y entonces sí, me explicó que los números eran los meteoros por hora que se habían registrado esa noche; los paréntesis, los que se registraban como media otros años; y las letras SDR significaban «Sin Datos Relevantes», es decir, que había sido una noche cualquiera de lluvia de estrellas. Y todas las fechas coincidían con noches sin luna.

—Vale, y hay algo más, pero no me digas que estoy loca.

Sonrió y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Peor que esto no creo que sea.

Entonces saqué el libro que guardaba en el cajón de la mesilla y se lo enseñé.

—Es un libro que me regaló mi abuela antes de morir.

No quería soltarlo de la mano. De alguna forma, sentía que estaba traicionando mi promesa, pero todo aquello era más grande que yo, más grande que la abuela y sus historias, más grande que un secreto. Raúl podía ocultar algo, podía no haberme contado quién era o de qué se escondía, pero sabía que podía confiar en él.

—Habla de una diosa, Selene, que se enamora de un mortal.

—Endimión —me interrumpió.

—Vaya, el que no cree en leyendas.

—Anda, cállate y sigue.

—¿Me callo o sigo?

Se tapó los ojos con las manos y movió la cabeza como diciendo que no. Me encantaba desesperarlo.

—Vale, vale, sigo. Endimión está dormido para no envejecer, pero a ella le gustaba cuando estaba despierto, aunque envejeciese, así que llora lágrimas de plata que suben al cielo. Y Zeus, que es un capullo, le prohíbe que tenga más hijas con él.

Separó los brazos del cuerpo y me agarró las manos.

—A ver, Cora. Todas esas leyendas son... literatura. Explican un fenómeno para el que los antiguos no tenían explicación: los volcanes eran la ira de los dioses, las estrellas eran las lágrimas de la luna y los truenos..., bah, los truenos también eran el cabreo de alguien. Los dioses eran muy de enfadarse a la mínima.

Sabía que sonaba raro y no quise decirlo en voz alta ni pensarlo siquiera, pero todo aquello sin Raúl a mi lado no me interesaba. Era él quien había descubierto la casualidad de las fechas y la luna. Y en la casona, algunas noches, había visto luces. Y estaba el chico sin voz. Y la abuela. Y todas esas niñas desaparecidas. Me atraía la parte de misterio que había tras tantas casualidades, pero me gustaba sobre todo haberlo embarcado a él. Lorena había dicho que yo le gustaba y eso me había hecho pensar que tal vez él también me gustaba a mí.

A media tarde salimos al jardín trasero de casa. El cielo aún estaba azul, solo manchado aquí y allá por alguna nube casi transparente, pero la luna ya estaba fuera. Era media bola panzuda. Y parecía contenta.

—¿Te imaginas —le pregunté— qué triste sería estar todo el día en el cielo, viendo a tu amante aquí abajo, sin poder tocarlo? Solo luciendo para él, para que te vea.

—La luna no tiene luz. Refleja la de las estrellas, pero ella sola no es nada. Como una de esas princesas estúpidas de los cuentos que se asoma a la ventana para que alguien se enamore.

—Vamos, no te cargues mi infancia.

—Si nos vamos a poner así, prefiero cualquier estrella, por pequeña que sea, que al menos es lo que es por ella misma.

—Anda, calla.

—¿Por si nos oye?

Se echó a reír, pero bajó la voz.

Y así se nos hizo de noche. Hablando en voz baja para no ofender a una diosa en la que no creíamos y al chico sin voz del que estaba enamorada.

7 de agosto



Luna llena

Durante aquella semana, hacíamos las tareas tan rápido como podíamos y después nos íbamos a casa de Raúl o a la mía a buscar más información. Aprendí tanto de fases lunares que podría haber dado una conferencia. No es cierto que los lobos aúllen a la luna, es solo que, como hay más luz, salen de caza y se comunican con aullidos. Tampoco hay más partos, como dice la gente, ni más muertes, ni más delincuencia, aunque sí influye en las mareas. Leíamos artículos, estadísticas, leyendas y hasta páginas de esoterismo. Y cuando Raúl se cansaba y quería dejarlo, yo seguía sola.

El sábado el cerebro se me había llenado tanto de datos que pensaba que iba a explotar, así que salí a dar una vuelta. Los gatos jugaban a perseguir las sombras que hacían las hojas de los árboles y que se movían con el viento mientras la madre los miraba. Tomás y Boyko también los miraban, apoyados en un tronco viejo.

—A Chusco también le gustaba jugar con las sombras —dijo Tomás—. Son un poco tontos estos animales.

Llevaba una bolsa en la mano y me la tendió.

—Iba para tu casa, a llevarle a tu madre las cosas del perro, por si le sirven o por si las

queréis para los gatos.

—Jo —dije, recogiendo la bolsa—, ¿es verdad que te vas?

—Deberíais ir todos. No se puede luchar contra la naturaleza.

Boyko me miró como si esperase que yo dijera algo. O tal vez para advertirme de que no lo hiciera. Tomás volvió a hablar mientras nosotros intercambiábamos solo miradas.

—Es como lo de desviar un río para construir una casa, que tarde o temprano la corriente se la lleva. Este pueblo estaba vacío porque tenía que estarlo y nos hemos empeñado en ser más fuertes que la naturaleza.

Eché a andar sin invitarme a seguirlo y lo miré marcharse.

—¿De qué iba todo eso? —pregunté a Boyko.

—De pronto le preocupan las supersticiones. Le ha afectado mucho lo de su perro.

—Y tú no crees que el pueblo esté embrujado ni maldito ni nada de eso, ¿no?

—Creo que somos..., ¿cómo lo decís?, sugestionables.

Era la conversación más larga que había mantenido con aquel hombre. Seguía sin identificar el acento extranjero de su voz.

—Hablas muy bien para no ser de aquí.

—Mi abuela era española y por más años que pasó en Alemania nunca consiguió aprender el idioma, así que hablo español desde pequeño.

—¿Y qué hace un alemán rehabilitando un pueblo perdido de España?

Sonrió y pareció pensarse un poco la respuesta.

—Buscar libros, ya sabes: la biblioteca fantasma.

Levantó la mano como gesto de despedida y caminó carretera abajo, en dirección a la farmacia. Empezaba a cansarme de que todos les quitasen importancia a las leyendas, pero no dejaran de nombrarlas.

Olga venía por la carretera del puente y, al verme, dudó un momento y dio la vuelta. Mejor así. No tenía ganas de descifrar más mensajes ni de cruzar los dedos para que no le diera por pisar lo que estaba comiendo, por chuparme una herida o por llamarme Menai. Menai. Siempre con aquella palabra, desde el primer día.

Volví a casa, dejé los trastos que me había dado Tomás en el jardincillo trasero y fui hasta mi cuarto. En cuanto el navegador se abrió, teclé «Menai» y me salieron un montón de resultados: un concesionario de coches en San Sebastián, un puente colgante precioso en Gales, una bahía en Zanzíbar, un buque de la armada inglesa que había tomado el nombre de un brigadista y un barrio de Nueva Gales, en Australia. Páginas y páginas de información, pero nada relacionado con mi abuela, con el chico sin voz o con Olga. Quien diga que en internet está toda la información nunca ha buscado algo de lo que no tuviese ni idea. La última página que visité era de un observatorio internacional y estaba escrita entera en inglés. Hablaba de una constelación o algo así, pero no entendí casi nada.

Tenía la sensación de llevar un montón de piezas flotando dentro de mi cerebro, incapaz de juntarlas en una imagen clara.

Pensé en llamar a Raúl, aunque en los últimos días había estado muy raro y no tenía ganas de que me dijese que lo dejara y que todo eran leyendas. Lorena había dicho que yo le gustaba, pero me daba la sensación de todo lo contrario. Descarté la idea y me prometí no decirle nada hasta que no tuviese más claro qué era todo aquello. Escribí un mensaje a Laura; al menos ella no parecía infectada con el virus de la indiferencia.

Alucinó con lo de las niñas abandonadas. Me preguntó un montón de cosas y empezó a

imaginar tantas historias raras que opté por llamarla porque no me daban los dedos para teclear tan rápido. Hablamos del río y de leyendas; me dijo que había leído algunas cosas sobre Endimión y Selene y que seguía buscando información de la casa grande. Y de Raúl, hablamos mucho de Raúl. Ella lo adornaba todo como si se tratase de una novela de misterio. Incluso se ofreció a preguntarle a su hermano. Por supuesto, le insistí en que no lo hiciera.

—Igual alguno de sus amigos ha oído hablar de la casa o de la leyenda.

—Laura, por Dios.

—No, no. Quiero decir: tantear si se cuenta que está embrujada o qué dicen exactamente en esas páginas que él conoce. ¿Por qué no haces una foto de la casa?

Le pedí que esperase un momento mientras tecleaba en la galería del móvil: encontré una fotografía que había sacado a Raúl en la plaza de la iglesia cuando no miraba, con la casa grande detrás.

Tardó unos segundos en contestar y, cuando lo hizo, pegó un grito que casi me taladra el cerebro.

—¡¡Cora!! Déjate de fantasmas y de misterios y lígate ya a ese tío, que no te vas a ver en otra.

Siempre tan práctica. Prometió venir a pasar un fin de semana en cuanto volviese de no sé dónde con sus padres.

Pero antes de llegar Laura, llegó la luna llena.

Estaba en el jardín trasero, ayudando a papá con unos esquejes que habían crecido más de lo esperado y había que trasplantar. No llevaba guantes y me arañé las manos. Papá me prohibió acercarme a las plantas si no entraba a lavarme, así que pasé a la cocina, piqué unas cuantas moras de un cuenco y volví al invernadero. La luna estaba tan redonda, tan perfecta, que me senté apoyada en el quicio de la puerta a mirarla. Oía los grititos de asombro de mi padre cuando comprobaba lo que habían crecido los brotes nuevos o cuántas hojas asomaban en una rama. Solo lo oía, porque no podía quitar la vista del cielo. Debí de dormirme sin darme cuenta.

En mi sueño veía lo que me rodeaba, oía a papá, que de vez en cuando me decía algo y otras veces les hablaba a sus macetas. De pronto deseé tocar la luna, tocarla de verdad. Salí de casa e hice todo el camino hasta el río con la vista clavada en esa bola blanca que brillaba para mí y oyendo su voz, como si fuera caminando justo detrás de mí. Llegué al puente, arranqué unas moras de la zarza y me las metí en la boca, aunque algo me decía que no lo hiciera. Sin embargo, era una advertencia tan débil, tan al fondo, que no me costó nada ignorarla.

El chico sin voz me estaba esperando en el agua y no me sorprendió. Supongo que lo sabía desde que salí de casa. Sonreía con aquellos ojos tan negros que no podía ver por la distancia, pero que intuía. Flotaba en el centro de la balsa sin mover los brazos. Me quité las botas, los pantalones, el jersey. Solo quería entrar en el agua. Una voz me llamaba por mi nombre con urgencia y pensé que era la luna, a pesar de que notaba un miedo que no se correspondía con la melodía dulce que me había acompañado durante el camino, con la paz que lo envolvía todo.

El agua me cubría por las rodillas cuando noté el primer tirón. Unas manos me agarraban por la cintura y tiraban de mí hacia atrás. El chico sin voz sonreía, ahora sí podía verlo. Sacó una mano para invitarme a ir con él y extendí el brazo. Creo que extendí el brazo.

—Cora. ¡Cora, despierta!

Un último tirón me hizo caer sentada sobre las piedras del fondo de la balsa. Me salpicó agua a la cara y noté el frío. Estaba helada. Me dejé arrastrar hasta la orilla. Miraba alrededor sin entender muy bien qué estaba haciendo allí. Cuando me puse en pie, me giré y vi la cara congestionada por el esfuerzo de Raúl. El agua le escurría por el pelo, estaba empapado.

Me abracé a él. Me abracé y dejé que me abrazara mientras lloraba contra su pecho. Me ayudó a vestirme. Me secó con su jersey y me frotó la espalda para que entrase en calor. Subió la cremallera de mis botas y, solo cuando me vio vestida y lejos del agua, empezó a gritarme.

—¡Se puede saber qué diablos estabas haciendo!

No podía contestarle. No lo sabía. Me giré hacia la balsa y vi al chico sumergirse. Aguanté la respiración mientras él estaba bajo el agua, pero tuve que tomar aire y él seguía sin asomar a la superficie.

—Déjalo, vamos.

—¡Se va a ahogar!

Intenté volver al agua, pero Raúl me sujetaba con fuerza.

—¿Quién? Déjalo, Cora. Por favor.

Me senté en el suelo sin fuerza. Él se sentó a mi lado y esperó en silencio hasta que recuperé un poco de energía, la justa para ponerme en pie y caminar de vuelta hacia el pueblo. Raúl me pasó el brazo por la cintura y no se despegó de mí hasta que llegamos a casa. Las luces estaban encendidas. Lo miré, no quería entrar, y debió de notármelo en la mirada o en el gesto, no lo sé. Me dio la mano y tiró de mí hacia la parte de atrás de la casa. Llegamos hasta la ventana de mi habitación. Raúl se apoyó en los ladrillos del poyete y saltó para sentarse de medio lado. Forcejeó con la ventana y la abrió.

—Has hecho esto antes, ¿verdad? —le dije.

—Se me da bien escabullirme.

Me ayudó a entrar en la habitación. Al otro lado de la puerta, en el salón, se oía el ruido metálico de los altavoces del portátil. Papá y mamá debían de estar viendo una película o tal vez se habían dormido frente a la pantalla.

Me quité la ropa mojada sin dar la luz. Raúl se giró mientras me ponía el pijama, lo que me pareció absurdo, porque acababa de verme y abrazarme en ropa interior. Me tumbé en la cama y me arropó. Después se sentó a mi lado y me acarició el pelo mientras me dormía.

—¿Qué hacías allí? —le dije de pronto.

No llegué a escuchar su respuesta. Tal vez no la hubo. Cerré los ojos, deseando dormirme para soñar con la luna.

12 de agosto



81 % visible

Estuve cinco días tiritando bajo mi edredón rosa. Papá y mamá estaban más preocupados que enfadados y el médico que vino desde León no los tranquilizó mucho. No me pidieron explicaciones por el baño nocturno; puede que no se enterasen. O puede que Raúl se lo explicara todo, no sé. El caso es que hablaban bajito cuando yo estaba delante. La farmacéutica vino a visitarme y dejó unos sobres de polvos que mamá disolvía en agua y me obligaba a tomar. Sabían a rayos.

Tuve pesadillas con chicos semidesnudos que se bañaban a la luz de la luna y con dioses que engullían niños. Cuando al fin me bajó la fiebre y me levanté para vestirme, toda la ropa se me caía o me hacía arrugas. Mamá estaba charlando con Ana. Ambas me miraron con cara de susto, como si hubieran visto un fantasma. Mi madre se acercó a colocarme el cuello de la camiseta y sacó el colgante de debajo de mi ropa.

—¿De dónde has sacado eso? —preguntó Ana, con un tono tan áspero que hacía daño.

—Es una baratija que heredó de mi suegra.

Mamá se apresuró a ofrecerme un desayuno y Ana suavizó la voz. Dijo que el río era peligroso. Luego, se disculpó y salió de casa sin tomarse el café que mamá le había preparado.

Fui hasta el baño y, al ponerme frente al espejo, entendí la cara de preocupación de mi madre: ojeras moradas, pómulos picudos, el pelo enmarañado. Tan enmarañado que una familia de gorriones podría haber anidado allí.

Tenía que ver a Olga.

Me duché, me vestí, me desenredé el pelo y engullí un millón de tostadas con aceite; solo así me dejó mi madre salir de casa. Me regañó por no secarme el pelo, pero era solo una rutina; ella me regañaba, me decía que me iba a enfriar, aunque fuera un día caluroso, y yo contestaba que el secador me da dolor de cabeza. Fui a buscar a Raúl, pero había salido. Lo encontré, después de recorrer el pueblo entero, tirando piedrecitas al agua desde el puente.

—Eh, sigues viva —dijo, sin levantarse.

—La otra noche...

Se puso en pie antes de que terminara la frase.

—Estabas sonámbula.

—¿Viste al chico?

Negó con la cabeza.

—Pues estaba allí. ¿De verdad que no lo viste?

—No vi nada, pero estaba demasiado asustado tirando de ti. No me fijé en nada más.

Sonaba como un adulto hablándole a un niño, como un «no eres tú, soy yo».

—¿Estoy loca?

—Solo sonámbula.

—¡No he sido sonámbula en mi vida!

—Cora, ¿tú no...? Que yo no juzgo a nadie, pero igual hay algo...

—¿De qué hablas?

—No sé, igual habías tomado algo...

—¡Raúl, tío, que no me drogo!

—Vale, vale, tenía que preguntar. Hemos llegado a un sitio nuevo, nos han contado leyendas y Olga es una tía muy rara. Lo del sonambulismo...

—Quería bañarme en la luna —lo interrumpí.

Se acercó y tomó mi cara entre las manos, para que no pudiera desviar la mirada. Estaba tan cerca, que el calor que salía de su boca al respirar me rozaba los labios.

—Te vi meterte en el río, te llamé mil veces, tiré de ti. No estabas, Cora. Y tuve miedo.

Se le quebró la voz.

Retiré sus manos despacio y las sostuve entre las mías, pero no me separé de él.

—¿Qué hacías allí? —pregunté—. ¿Me seguiste?

Se alejó un poco sin soltarme.

—Un eclipse anular de luna, te hubiera encantado. Y las Perseidas.

—¿Había estrellas fugaces? No las vi.

—No muchas. Ayer era el día bueno.

En su voz había una mezcla de reproche y algo más que no logré identificar.

—¿Las viste? Anoche, digo, ¿saliste a verlas?

Negó con la cabeza.

—Yo lo he visto muchas veces. No son las mejores, pero son las más famosas.

—¿Por qué?

—Porque tienen una leyenda.

—¿Y por eso no te gustan? Dijiste que eran las preferidas de todo el mundo, como si eso

fuera malo.

Tardó un poco en contestar y, cuando lo hizo, había desprecio en su voz.

—Dice la leyenda que son las lágrimas de San Lorenzo cuando lo quemaron. Pero es una idiotez. Solo es que se ven en agosto, que hay más luz, que las noches son muy oscuras en comparación con el día, que las vemos en todo el hemisferio norte... Y por eso son famosas. Quería enseñártelas.

—Lo siento, Raúl. Siento no haber estado para ti.

—¿Para mí? ¿Crees que es eso lo que me preocupa: haber visto las estrellas solo?

Dejé que el silencio se instalara entre nosotros y amortiguase los reproches y los miedos. Hacía frío y aún tenía el pelo mojado, acababa de salir de una semana de fiebre y pesadillas, así que le pedí que diésemos una vuelta.

En los días que había estado en cama el paisaje había cambiado. El aire había agitado los robles del borde del camino y las hojas tapaban el suelo, como si nunca hubiera estado allí. Raúl pisaba con cuidado de no resbalar o tal vez para no hacer daño.

Habíamos llegado a la plaza sin abrir la boca. La luna era un medio círculo perfecto, más parecido a una «C» que a una «D» y se lo dije a Raúl.

—Creía que era yo el loco del cielo.

—Creía que no te gustaba lo de loco.

Sonrió. Sonrió de verdad y me di cuenta de que esa sonrisa me curaba más que las mantas y los sobres de la farmacéutica.

Boyko estaba sentado en un banco de la plaza. Al vernos se acercó.

—Vaya, pequeña, qué susto nos has dado. Me alegro de que ya estés mejor, pero no te fíes, estos males de verano son engañosos.

Un hombre al que no habíamos visto antes salió de la farmacia y se quedó mirándonos. Era grande, muy grande. Dudó un instante y después caminó hacia donde estábamos. Nos tendió la mano y dijo un nombre extranjero que no retuve. Charlamos sobre el frío de primera hora de la mañana que presagia el fin del verano y de que las noches empezaban a ser más largas. Cuando no quedó ningún tópico por abordar, nos despedimos. El hombre se acercó a Raúl.

—Perdona —le dijo—, no recuerdo tu nombre.

Sonrió con la sonrisa de Gioconda y se tomó tiempo para responder.

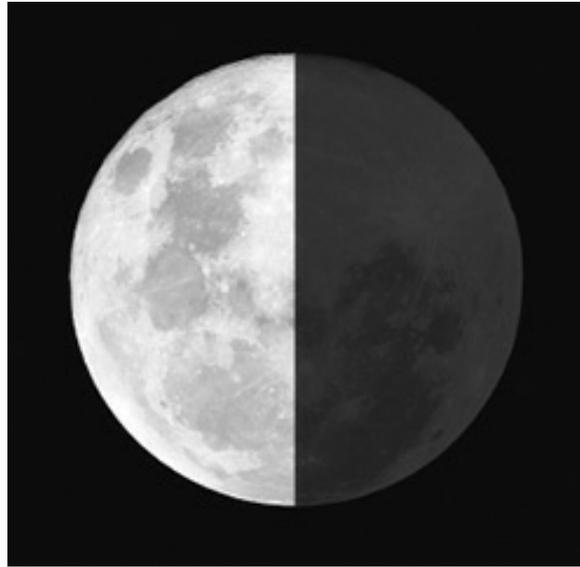
—Es que no te lo he dicho.

El hombre asintió y nos dio la espalda. Levantó la mano en un gesto de despedida y se marchó en dirección a un coche aparcado junto a la casa grande.

Boyko no le había quitado ojo en todo el rato y seguía mirando el puente por el que había desaparecido el coche.

—Para ser un pueblo perdido en el fin del mundo viene mucha gente rara —dije.

15 de agosto



Cuarto menguante

Gracias a los pasteles de Lorena, tardé pocos días en recuperar mi peso. El olor a bollo recién horneado se extendió por el pueblo y se mezcló con la neblina que se había enganchado a las copas de los robles sin intención de marcharse. Lorena cocinaba a todas horas. Tal vez no rehabilitásemos las casas sin Tomás, pero para cuando llegase septiembre íbamos a volver a Madrid rodando.

Una tarde que olía a lluvia, Raúl me llamó para que lo ayudara a repartir las bandejas para la cena. Su madre había preparado comida para todos, pero no le arrancaba el coche.

—Menos mal que la cocina de tu casa es grande —dije, al ver los platos ocupando toda la encimera.

—Mamá dice que, aunque terminen el bar, seguirá cocinando aquí.

Mientras poníamos los platos y las bandejas en unas cajas de plástico que nos prestó mi padre, unos hombres a los que no había visto en mi vida asomaron por la ventana. Miré a Raúl. Estaba tenso, sin quitar ojo de la calle. Los dos tipos que habían pasado por delante de su casa no tenían pinta de vivir por allí. Eran altos y muy fuertes, como si se pasaran media vida en el

gimnasio y la otra media repartiendo guantazos en la puerta de una discoteca.

—¿Los conoces? —dije, señalando la ventana.

—Creo que no.

—No los veo rehabilitando casas.

Sobre la encimera habían quedado también los restos del maratón culinario: un vaso de batidora con mayonesa en el fondo, un bol con moras, un plato con masa de hojaldre cruda...

Raúl alargó la mano sin mirar y se llevó un par de moras a la boca.

—¿Cuántas de esas te has comido?

Apartó el bol sin mirarlo y negó con la cabeza.

—Estaban aquí esta mañana. Las habrá traído mi madre.

Terminamos de empaquetarlo todo y salimos a la calle. Lorena se iba a ocupar de las casas cercanas a la iglesia y nosotros de las más alejadas. Caminábamos muy despacio, porque Lorena había adornado todo con mucho mimo y no queríamos que se estropease; hasta había unas cestitas de pasteles hechas con hojas doradas de los chopos que crecían al borde del río.

Empezamos por la casa de Lucía y Carlota. Aunque no estaban tan sonrientes como siempre, nos invitaron a pasar. Desde que Tomás se había marchado, una especie de tristeza gris se había extendido por todo el pueblo y ni siquiera ellas se habían mantenido a salvo. Lucía nos ofreció un refresco y desapareció por una puerta más baja de lo normal que había al fondo de la cocina. Cuando volvió debíamos de tener la curiosidad pintada en la cara, porque se rio y nos invitó a seguirla.

La puerta daba a un pasillo estrecho excavado en la roca del monte contra el que se apoyaba la casa.

—La bodega —dijo Carlota—. Cuidado con las cabezas.

El pasillo desembocaba en una estancia redonda, también excavada en la piedra. La temperatura allí dentro había bajado cuatro o cinco grados.

—Con esto no necesitamos nevera.

Nos contaron que casi todas las casas de ese lado de la carretera tenían una.

—Lo de ser un pueblo de mineros tiene ventajas. Hay túneles y cuevas de estas por todas partes.

Nos despedimos aun sin ganas de irnos, porque nos quedaban un montón de cestas por repartir.

La siguiente casa era la de Boyko. Se llegaba a ella por un camino muy estrecho y supimos que estaba dentro porque vimos luz en una ventana.

—Vaya, chicos, no os esperaba.

Le explicamos que Lorena había cocinado para todos y le dejamos un par de platos. No nos invitó a pasar y solo abrió la puerta a medias, lo justo para salir a atendernos, pero mirando por detrás de su cuerpo, pude ver un salón destartado, con una silla y una mesa.

—Deberíamos echarte una mano para poner todo esto en orden —dijo Raúl, pasando sin preguntar.

—No merece la pena, gracias.

No avanzamos ni dos pasos. Su salón era como el nuestro: cuadrado, vacío y con desconchones, pero él ni siquiera había quitado los plásticos de las ventanas. Nos empujó amablemente hacia la calle, nos dio de nuevo las gracias y cerró la puerta. Volvimos por el camino estrecho hacia la siguiente casa.

—Igual sí es bibliotecario.

No sabía de qué estaba hablando.

—En la casa de Boyko —señaló hacia el camino que habíamos dejado atrás—, había libros de arte, fotografías de cuadros y cosas así.

Yo también había visto aquello sobre la mesa.

—No se relaciona con nadie, es un tío raro. Cuando nosotros llegamos había una comisión de bienvenida y tu madre se había currado esa decoración tan... Bueno, ya me entiendes. Hasta Olga vino por la noche. Y él dice que no merece la pena arreglar la casa. ¡Jo! Mi madre se queja porque aún no he sacado toda la ropa, pero él parece no vivir ahí. Ni siquiera ha arreglado las ventanas. ¿Y si es un tío peligroso? ¿Y si está aquí escondido o algo así?

—Bah, no le des más vueltas.

—Y están esos tíos raros. Y el del otro día, el del coche negro. No le quitaba ojo de encima, como si ya lo conociera.

—Olvídalo.

—¿Y si es un ladrón o un asesino? ¿No deberíamos hablar con la policía? Podemos llamar sin decir quiénes somos, solo para que lo investiguen.

—¡Olvídalo!

Me sorprendió la violencia de su voz.

—¿Cómo que lo olvide? Algo no encaja. Jo, en cuanto encuentro algo interesante me dices que lo deje: Boyko, el chico del río, mi abuela, las niñas y la luna...

—Vamos, no seas cría.

Su voz era distinta. Raspaba y hacía daño.

—Jugar a detectives un rato está bien, pero no te lo tomes tan en serio.

—¡Pero si has sido tú el que ha empezado!

Volvió a la sonrisa de Gioconda que ya le iba conociendo y me dijo:

—Déjalo, ¿vale? Deja de inventarte historias peligrosas para que tus padres quieran volver a Madrid.

—¿Pero a ti qué mierda te pasa?

Se acercó hasta mi oído, muy despacio, y, en voz tan baja que apenas pude oírlo, me dijo:

—Ya. Déjalo.

Se dio la vuelta y se marchó sin hacer ruido. Hay sonidos que, siendo el mismo, parecen totalmente diferentes según dónde se produzcan. Una respiración entrecortada puede ser la promesa de un beso o el ataque de un psicópata. Cuando Raúl se acercó a mí y me dijo al oído que lo dejara, me sonó como unas botas de suela dura que pisan sobre las piedrecillas. Y se alejan.

Papá y mamá estaban en casa cuando llegué, consultando papeles y buscando cosas en el portátil. Me senté a su lado.

—¿Cómo va? —fue todo lo que dije.

Me mostraron algunas cartas de la Confederación y trataron de explicarme los plazos. Me quedé mirando la pantalla sin prestarles atención.

—¿Qué es eso?

En la pantalla había una fotografía de una mujer joven posando delante de un cuadro.

—Oh, ¿no es preciosa? He conseguido digitalizar alguna foto de la abuela.

Mamá cerró la tapa del portátil y siguió contándome de cuánto tiempo disponíamos para rehabilitar las casas. Dejé que creyeran que aquello me interesaba unos minutos más y después me fui a mi cuarto. La cabeza me bullía de datos que no podía comprender, como si alguien

hubiese extendido una cortina traslúcida que me dejaba ver formas, pero no distinguir caras. El cuadro delante del que posaba la abuela era el mismo que había visto en casa de Boyko.

Me metí en la cama, tomé el libro y eché más que nunca en falta las historias de la abuela.

Selene lloró mientras le contaba a Endimión lo que Zeus había dicho. Le habló de las hijas que habían ido naciendo, y en el corazón del joven anidó un nuevo deseo. La amaba. La amaba por encima de todo, tanto como para renunciar a su vida, a sus animales, a todo contacto con otro ser humano. Pero ahora tenía unas hijas. Cincuenta hijas que vagaban por el cielo porque el Olimpo les estaba prohibido y el mundo de los hombres les era extraño.

Endimión lloró esa noche y por primera vez en cientos de ciclos de luna yació junto a Selene sin tocarla siquiera. Zeus les había prohibido tener más hijos y la rabia y el miedo eran más fuertes que su deseo de gozar de la diosa. Si llegaba una hija más, solo una más, la ira del dios de dioses recaería sobre ella. No era justo que un bebé pagara por la desobediencia de sus padres. Lloró mientras Selene dormía y maldijo a los dioses, maldijo a Zeus y a Helios. Y se maldijo a sí mismo al recordar cómo Hipnos le había advertido. Nada era gratis con los dioses y el pago por sus favores siempre llegaba cuando ya era demasiado tarde para arrepentirse.

Durmió todo el día esperando a su amada, pero no fue un sueño blanco. El deseo que había anidado en su corazón había ido tomando forma y, cuando Selene bajó junto a él, temerosa de que ya no la quisiera, la amó como no lo había hecho antes. La amó con deseo de amar y con ansia, con el firme propósito de mantenerse despierto cuando ella alumbrase al bebé que acababa de engendrar en su vientre. Cuando le pidió a Hipnos que lo durmiese, lo guiaba el deseo egoísta de gozar eternamente de una diosa, pero entonces no sabía que había un deseo mayor, más fuerte, tan violento como un río desbordado o como un alud de nieve. Los dioses no sabían, no podían comprender, que la fuerza de voluntad de un hombre se multiplica hasta la locura cuando se trata de proteger a sus hijos.

20 de agosto



4 % visible

A penas vi a Raúl en los días siguientes. Desde que habíamos discutido, hablábamos con distancia, como los niños de dos amigas a los que obligan a jugar juntos. Salíamos a recoger leña y piñas, pero procurábamos rellenar las cajas cada uno por nuestro lado.

El sábado, mientras comíamos, me llegó un mensaje de Laura en el que decía que quería venir, que tenía que contarme algo. Supuse que se trataba de cotilleos del instituto, pero no entendía por qué tanto misterio. Después de un millón de mensajes, quedamos para el siguiente fin de semana y me centré en quitar las plumas de la lámpara y en planear excursiones para que no pensara que mi vida era un aburrimiento. La quiero y la temo a partes iguales, y podía imaginármela en el parque de las vías contándoles a todos que mi vida social era tan divertida como la de un hipopótamo en el zoo.

Mamá me dejó la libreta en la que había apuntado los sitios que merecía la pena ver y Raúl prometió ayudarme a redecorar mi cuarto.

El domingo me empezó a doler la garganta. Pasar el fin de semana con Laura entre toses y mocos no me apetecía, así que después de desayunar salí hacia la farmacia. Había dos coches aparcados en la cuneta de la carretera.

—¿Qué pasa hoy? —dije al entrar.

La farmacéutica hizo un gesto con la cabeza, señalando hacia un lado. Miré hacia allí y encontré a uno de los visitantes de espaldas, buscando algo en una de las estanterías.

—Son de Servicios Sociales —contestó.

El hombre se giró, dejó sobre el mostrador una caja de caramelos y un billete y esperó las vueltas sin decir una palabra. Cuando se marchó, ella echó el cerrojo de la puerta y bajó un poco la persiana veneciana hasta que tapó casi por completo el cristal. Entonces me invitó a acompañarla.

—Hablares mejor en la rebotica.

Me pareció que tenía prisa. O miedo. O algo.

—¿Qué quieren esos tipos?

Dejó un bote de cerámica en la mesa. Era blanco con un dibujo azul de una serpiente enroscada alrededor de una copa.

—Vienen por la bruja.

Casi me atraganto.

—¿Qué bruja?

—La mujer que vive junto al río.

—Ah, Olga.

Al parecer, intentaban llevarla a una residencia.

Uno de los libros que encontramos el primer día había vuelto a la mesa del ordenador.

—¿Te gusta el arte, Ana? —dije, acercándome al libro.

Me miró con cara de no entender nada y le dije que estaba buscando un cuadro que había visto en una fotografía de la abuela.

—Uno de esos con gente poco vestida, nubes, caballos alados... Y con pinta de ser antiguo.

—No sé cómo han llegado aquí esos libros, no soy muy de cuadros, la verdad.

—Tal vez —dije señalando la puerta pequeña tras la que había guardado los otros libros el primer día— haya algo en los otros volúmenes.

De mala gana metió la mano tras la pantalla, sacó la llave y abrió la puerta pequeña. Me detuve frente a la estantería. No hacía falta fijarse demasiado para encontrar los libros de arte, mucho más grandes y más brillantes que el resto.

—No creo que ahí encuentres nada.

Alguien llamó a la puerta, pese a que Ana había puesto el cartel de «cerrado». Se me quedó mirando, como esperando que hiciese algo, que diese un paso en alguna dirección, y luego se giró hacia la farmacia, quejándose de que en aquel pueblo nadie hacía caso del cartel de cerrado. Desde la rebotica oí la voz Boyko.

Aquel hombre estaba intentando ligar con todo el armamento de preguntas, invitaciones veladas y chistes a medio contar que tenía a mano. Y a Ana no parecía importarle. Saqué de la estantería los libros de arte y eché una última mirada a los otros. Los títulos producían una mezcla de miedo y risa, con cosas como *Leyendas de la vida eterna*, *El dios que nunca moría* y otros parecidos. Era casi la hora de comer y mi padre es de los que perdona casi todo, menos la falta de puntualidad, así que, cuando Boyko se puso a hablar de ver la luna juntos, los interrumpí un segundo para despedirme y salí con un libro bajo el brazo que tenía en la portada cuadros del estilo al que había visto. Empezaba a hacer frío de otoño, pese a no haber llegado ni siquiera septiembre.

Invité a Raúl a comer en casa porque su madre había salido y le conté lo que me había dicho Ana. No le gustó nada la presencia de los Servicios Sociales ni que quisieran llevarse a Olga.

Le hablé de Boyko y Ana.

—Se me hace raro ver a los mayores ligando.

Antes de terminar la frase ya me había arrepentido, porque sonó fatal.

—¿Es que hay una edad para ligar?

—No, lo he dicho fatal. Quiero decir que se me hace raro porque no lo veo habitualmente.

Raúl sujetaba una carcajada apretando mucho de los labios, casi podía oírla.

—Estás llena de prejuicios, manías y supersticiones. ¡Eres peor que una vieja!

Volví a ser él y a reír de verdad y eso, de alguna forma, me tranquilizaba. A ratos, todo a mi alrededor me parecía falso, como un decorado de cartón piedra. Necesita agarrarme a algo de

verdad y nada más franco que aquella sonrisa.

—¿Crees que están liados? Ana y Boyko, digo. No sé, parece que los dos tuvieran unas ganas locas.

Lo pensó un instante y negó con la cabeza.

—Deberías dedicarte a escribir novelas.

Nos reímos un rato inventando su historia de amor.

—Es alemán, me lo dijo el otro día, pero ahora vive en un pueblo perdido de los Picos de Europa. Igual está casado y no se lo ha dicho a Ana. Si al menos supiéramos su nombre completo, podríamos buscarlo en internet.

—Hay gente que no quiere que la encuentren, ¿sabes?

Tuve la sensación de que era una forma de dar por zanjado el tema. Salimos a ayudar a mi padre con sus plantas y a ver jugar a los gatos, que crecían como los esquejes: desiguales y atolondrados.

El gato cojo estaba tumbado en el suelo, con un charquito de espuma junto a la boca. Corrimos hasta él y grité llamando a mi madre. Lo tomó con mucho cuidado y lo llevó a la cocina. Mientras lo tumbaba en la encimera me pidió que sacara una goma de un cajón. Rebusqué hasta que di con lo que me pedía y después me quedé junto a Raúl, tan callados los dos como si no supiésemos usar las palabras. Mamá le metió la goma al gato por la boca y empezó a bombear agua con una perilla roja. Al tercer o cuarto intento, el gato vomitó. Creo que habíamos aguantado la respiración hasta entonces. Mamá recogió el vómito en una bandeja y, cuando fui a retirarlo para limpiar el desastre, me dijo que no lo tocara. El gato se quedó tumbado sobre la encimera, pero al menos tenía los ojos abiertos. Lo dejamos allí, arropado con una mantita vieja y seguimos a mamá hacia el jardín trasero.

—¿Dónde estaba? ¿Qué estaba haciendo?

Señalé el charco de espuma del suelo. Cerca estaba la bolsa que me había dado Tomás. Me había olvidado de ella desde que me la dio.

—Son las cosas de Chusco. Tomás me las dio.

La bolsa estaba rota y un par de juguetes estaban desperdigados por el suelo. Mamá lo levantó todo con mucho cuidado y lo llevó hasta la cocina. Nos pidió que nos marchásemos y se quedó allí, sacando uno a uno los trastos de aquella bolsa y depositándolos en el fregadero.

26 de agosto



20 % visible

Mi madre descubrió que había algún tipo de veneno en los platos de Chusco. Cojito debió de encontrar la bolsa y meterse dentro. No hay nada que llame más la atención de un gato que una bolsa o una caja o cualquier sitio cerrado y pequeño. Después del lavado de estómago se recuperó, aunque su madre no lo dejaba ni a sol ni a sombra y a mí me miraba como si supiera que era yo quien había llevado a casa el peligro. El chiquitín estaba tan flojito que apenas jugaba con sus hermanos, mucho menos conmigo.

Aquella semana quité las plumas rosas del techo, escondí el peluche en un altillo y vacié un par de estantes del armario para la ropa de Laura. La maleta de invierno seguía debajo de la cama, por lo que había espacio de sobra para las dos.

El sábado papá y mamá fueron a San Martín a recoger a mi amiga. Su autobús llegaba casi a la hora de comer, porque paraba en todos los pueblos del camino. Me ofrecieron ir con ellos, pero preferí quedarme para arreglar lo que faltaba en mi cuarto.

Al terminar, salí con Raúl a dar un paseo. Cuando vino a buscarme traía una cazadora puesta y me recomendó que hiciese lo mismo porque había refrescado. Rebusqué en el armario hasta que encontré una sudadera vieja con capucha. Llegamos hasta el puente hablando de cuando

Laura y yo éramos pequeñas. Le conté un millón de anécdotas, la fiesta de graduación en la que nos escapamos a mitad de ceremonia para hacernos una fotografía en el despacho del director o aquella excursión en la que el autobús atropelló a un perro en la carretera y Laura se empeñó tanto en llamar a una ambulancia que los profesores terminaron avisando a unos tipos de un refugio de animales.

—Nunca he tenido un amigo así —dijo—. Nadie ha estado tanto tiempo en mi vida, salvo mi madre.

Empezó a contarme sus propios recuerdos, aunque solo eran imágenes sueltas.

Hablaba del mar, del tiempo que vivió en Cádiz y Barcelona, de un pueblo en el que llovió durante treinta días y un *camping* al sur de Francia en el que se llenó de piojos.

No paraba de hablar, como si quisiera rellenar el espacio incómodo entre el cerebro y la boca, hablar para no pensar. Se levantó y se acercó a la zarza frente a la casa de Olga.

—Creía que hasta bien entrado septiembre no había moras.

Arrancó un par de ellas y se las llevó a la boca en un gesto distraído.

—Mi padre está alucinado. Dice que en toda su vida no ha visto zarzas de moras con esas flores, que parecen amapolas.

Se encogió de hombros y me ofreció una. Durante un segundo pensé en hablarle de las moras que Hipnos había injertado para Endimión y sacudí la cabeza para apartar una idea tan idiota. El libro de la abuela me estaba afectando demasiado. Acepté la mora que me había ofrecido, me la metí en la boca y miré hacia la casa.

—¿Se la habrán llevado los de Servicios Sociales?

—Ni idea —contesté—. Lo que me pregunto es por qué vinieron. Quiero decir, que alguien habrá tenido que llamarlos, ¿no?

—Jo, ya has encontrado otro misterio.

Le hablé de la foto del cuadro, pero cada vez que le proponía investigar algo, cambiaba de tema.

Raúl volvió a encogerse de hombros y, mientras aplastaba la mora contra el paladar y notaba cómo estallaban las bolitas maduras en mi lengua, dudé un segundo si acercarme hasta la puerta. Raúl se subió la cremallera de la cazadora.

—Hace frío, ¿no? Y tu amiga Laura estará a punto de llegar.

Caminamos de vuelta hasta la plaza. Un runrún incómodo se me instaló en la cabeza, pero no conseguí identificarlo. Boyko estaba sentado en un banco al sol con Ana. Me fastidió reconocer que no hacían mala pareja. Nos acercamos a saludarlos.

—Hola, chicos. Hace un día estupendo para pasear.

Dijimos que sí y nos sentamos en otro banco. Era casi mediodía y no tuvimos que esperar mucho para ver el coche acercarse por la carretera. Paró frente a nosotros y Laura se bajó y se tiró sobre mí antes de que mamá arrancase de nuevo, camino a casa.

—¿Tú has visto qué pintas llevas?

Raúl soltó una carcajada y se acercó a presentarse.

—Eres exactamente como te había imaginado —le dijo.

—Tú eres más guapo al natural que en fotos.

Raúl me miró un segundo y frunció el ceño.

—¿Me has hecho una fotografía?

No me gustó su tono y Laura también debió de darse cuenta porque sacó el móvil para mostrársela.

—Como fotógrafa no se va a ganar la vida, solo se te ve de medio lado.

Raúl abrió mucho los ojos y tomó aire por la nariz. Sabía que intentaba calmarse antes de decir algo porque había visto a papá hacerlo un millón de veces.

Boyko se acercó y saludó a Laura. Le preguntó si estaba de visita o venía a pasar un tiempo, si era amiga mía o de Raúl, dónde pensaba quedarse. Era como si, desde que me había puesto enferma, se esforzase en ser simpático. Cuando por fin nos fuimos para casa, Laura dijo:

—Es majo, ¿no?

No esperó la respuesta. En realidad, no paró de hablar en todo el camino. Ni durante la comida. Ni mientras fregábamos los platos. Raúl volvió después de comer para tomar café con nosotras y todavía no me había dado tiempo a abrir la boca. Hasta que papá y mamá salieron de casa, posiblemente buscando un minuto de silencio, no cambió su tono de cotilla incorregible.

—Uf, menos mal —dijo—, creía que no se iban a marchar nunca. Tengo que contaros algo y vais a flipar.

Sacó su teléfono móvil y toqueteó la pantalla un rato. Juntaba y separaba los dedos, como buscando ampliar alguna imagen hasta que dio con lo que buscaba. Una de esas veces me pareció ver una fotografía de Aitor, mi exnovio imbécil, y le pregunté. Se puso un poco nerviosa y contestó que ya hablaríamos, para volver a centrarse en la pantalla del teléfono.

—Esa foto que me mandaste —miró a Raúl y le guiñó un ojo—, la de la casa grande al fondo, investigué por ahí.

Siguió buscando en el teléfono hasta que dio con lo que buscaba.

—Mirad esto.

Nos mostró una imagen parecida, aunque no estaba Raúl.

—La encontré cuando buscaba información. Mirad la fachada.

Amplíe la fotografía. Pegado a la piedra estaba el mismo dibujo de la primera página de mi libro, el de la «C» que cobijaba una «M». Pensé en las luces que había visto alguna noche y en todo lo que contaban en el pueblo.

—Se llamaba la Cuna de Menai, por eso la «C» y la «M».

—¡Menai! Y ese símbolo, espera.

Fui corriendo hasta mi habitación y busqué el libro. Cuando llegué al salón de nuevo, Raúl y Laura estaban en silencio, cada uno a un lado del sofá.

—Mirad el símbolo de la primera página, el exlibris.

—¡Ros me lo dijo! —Laura saltó del sofá para acercarse al libro de la abuela.

No tenía ni idea de quién era Ros, así que me limité a esperar que siguiera.

—Sí, mujer, Ros, el amigo de mi hermano.

—Oh, mierda, es ese amigo de tu hermano. Venga ya. ¿El tío de las uñas negras y las alas tatuadas? ¿El del tarot?

—Le hablé de la casa y los bebés y le enseñé la foto.

Raúl estaba muy pálido y las llamas de la chimenea se reflejaban en sus ojos azules.

—¿Con qué derecho le enseñas una foto mía?

Laura me miró y le indiqué que no con la cabeza. Ya se lo explicaría más tarde.

—Hablo de la casa. Escuchad —dijo—. Según las leyendas más antiguas y más repetidas, la luna tuvo cincuentas hijas, las Menai.

—¡Menaé! —exclamó entonces Raúl—. ¡Eso era!

Nos quedamos esperando que dijera algo más, pero había cerrado los ojos, como si intentase recordar algo. Al fin volvió con nosotras.

—Menaé son los meses lunares. He leído algo de una leyenda, pero, vamos, son los cincuenta meses lunares entre una olimpiada y otra.

—¿Se escribe Menaé, con «e»? Tal vez por eso no encontré nada en internet.

—¿Y tú? —preguntó Laura a Raúl—, ¿qué sabes de esas Menai o Menaé?

—Me interesa la astronomía, no hago mucho caso a las leyendas. La mitología está llena de explicaciones de ese tipo.

—¿Ahora me crees?

Laura me recriminó con la mirada y puso esa cara tan de ella, cuando levanta muchos los ojos, como mirando al cielo sin mover la cabeza.

—¿Puedo seguir o vais a echaros en cara más cosas?

Raúl y yo nos miramos en silencio. Tal vez tenía razón, estábamos todos demasiado enfadados. Asentí para que siguiera hablando.

—La luna hechizó a un humano para que no envejeciese.

—Endimión —la interrumpí—. Y no lo hechizó ella.

Me miró con el ceño fruncido, pero me tapé la boca, como promesa de no interrumpirla más, y sonrió.

—Lo durmió y bajaba a verlo cada noche. No os voy a contar lo que pienso de una diosa que tiene que dormir a un simple mortal para ligárselo, pero el caso es que a los dioses no les gustó nada lo de que tuviera hijos con un humano.

—¡Venga ya! —Esta vez fue Raúl el que interrumpió a Laura—. No hay dios ni diosa de la mitología que no se haya liado con un mortal.

—Ya, pero ella desatendía el cielo y lloraba por un mortal, lo que resultaba bastante incómodo para los todopoderosos dioses.

—¿Ahora habláis de los dioses como si existieran? —dije, aunque Laura me ignoró y siguió hablando.

—Cuando los dioses se cansaron de que desapareciese con cada parto y que llorase estrellas cuando una de sus hijas nacía, le prohibieron tener más.

No quise interrumpirla y dejé que lo contase todo. Ni siquiera tuve que fingir sorpresa, no era la primera leyenda sobre hijos mestizos de dioses y humanos. De hecho, toda la mitología podría haberse resumido en un folleto si no hubiera sido por el afán de los dioses por liarse con mortales y tener hijos con ellos. Sin embargo, en esa historia había más, había mucho más, porque en cada esquina de los últimos meses surgía una coincidencia entre lo que yo había leído y lo que Laura había encontrado. Coincidencias con el libro que la abuela me había pedido que protegiese.

—¿Te crees algo de todo esto?

Raúl se levantó y avivó el fuego.

—Déjala que termine o volverá a Madrid sin terminar la historia.

Laura le guiñó un ojo y le dio las gracias.

—Según la leyenda, la luna no volvió a tener más hijas y se quedó tan triste que llora cada poco tiempo. Y su novio sigue dormido en la cueva. Dicen que quien lo mate conseguirá la vida eterna.

Mi versión no decía eso. Si Endimión era infiel a Selene, Zeus le daría la vida eterna a la mortal que lo lograra. Así de capullo era.

Laura volvió a su teléfono móvil y nos mostró otra fotografía de la casa grande.

—Mi amigo encontró la foto de la casa con ese símbolo, pero no es solo eso. Resulta que la

casa lleva ahí cientos de años. Dicen que siempre ha sido una casa de brujas, de locas que robaban niños. Y cuando los niños crecían, se quedaban allí y seguían robando más niños. Cientos de años. Hay un montón de páginas que hablan de las brujas y que dicen que ese sitio está maldito, es solo que hay que saber buscarlas.

—¡Venga ya! —dijo Raúl, poniéndose en pie.

—Bueno, mi abuela tenía el libro. Igual era de la casa. Y la última noche me dijo algo de la cuna, de volver a la cuna o cuidar la cuna o algo así. Cada vez tengo más claro que ella vivió en esa casa.

—Tía, igual hemos descubierto un misterio de siglos. ¿No es la leche?

—¿La leche por qué? —preguntó Raúl—. ¿Porque un friki que conoces ha encontrado una foto? Estáis alucinando. Un tío te dice que unas locas roban niños y tú te lo crees.

Se dio la vuelta y salió sin despedirse.

—¿Y a este que le pasa?

Sin darle muchos detalles, porque no los conocía, le expliqué que Raúl y Lorena preferían que nadie los encontrase y que en Covanegra podían esconderse del mundo.

—No se hace fotografías ni tiene perfil en ninguna red.

—Mierda, por eso se ha enfadado tanto.

Dudé un segundo antes de contarle mis deducciones, pero a fin de cuentas estaba con mi mejor amiga, así que le expliqué que había notado que cada vez que hablaba de llamar a la policía se enfadaba o cambiaba de tema.

—¿Te fías de él?

—Pues eso es lo raro. Que por un lado creo que se esconden, que lo que sea que hayan hecho no debe de ser muy bueno cuando Raúl tiene tanto miedo de la policía o de que lo encuentren, pero por otro...

—Por otro... ¡estás pillada!

—No es eso. Bueno, no es solo eso.

Laura no me dejó terminar. Se puso a inventar historias, a planear noches románticas y ya no hubo forma de hablar en serio.

Mis padres volvieron y nos propusieron salir a dar una vuelta. Le enseñamos a Laura el campo de fútbol, el puente grande y el pequeño y hasta la iglesia. No había entrado desde que estaba en Covanegra. Mamá empujó la puerta y el chirrido que atravesó el aire me dejó helada. Laura entró con ella mientras yo me quedaba fuera. Me mataban las ganas de saber si era como la había soñado, pero por otro lado... Por otro lado, me daba miedo. Laura volvió a por mí y acabó con todas mis dudas.

Mis ojos tardaron unos segundos en acostumbrarse a la oscuridad, pero cuando lo hicieron, me encontré con la misma imagen, exactamente la misma imagen, con la que había soñado. Era muy pequeña, casi un pasillo, y no parecía haberse usado en los últimos mil años. Los bancos, el altar, todo estaba cubierto de una capa de polvo, pero yo había estado allí. No es posible imaginar algo y que resulte tan fiel a la realidad. No podía ser solo un sueño.

Regresamos a casa para cenar. Laura se empeñó en salir luego para disculparse con Raúl y fuimos a su casa a buscarlo. Lorena sacó un millón de bandejas con dulces y salimos huyendo de la invasión de azúcar y chocolate.

—Tío, perdona —dijo Laura—. No tenía ni idea de que te molestase lo de la foto.

—Déjalo.

Estaba realmente enfadado. Le di un golpecito en brazo, pero no reaccionó. Le di un poco más

fuerte.

—Eh, para.

Le había cambiado el gesto ligeramente. Volví a golpearlo.

—¡Para ya!

—No. Pienso seguir dándote hasta que sonrías y le digas a Laura que no pasa nada.

Sonrió con su archiconocida sonrisa de Gioconda.

—No pasa nada.

Volví a darle, esa vez creo que demasiado fuerte, porque hasta a mí me dolió un poco la mano.

—¡Perdón, perdón!

Y entonces sí se echó a reír. A carcajadas. Los tres nos reímos durante un rato.

—Vale —dijo cuando se nos pasó el ataque de risa—, en serio. No pasa nada. Es que soy un poco exagerado con lo de la privacidad.

—Paranoico, diría yo.

Miré a Laura y supe que había entendido mi regañina sin palabras porque ya no dijo nada más hasta que llegamos al puente. Después nos encaminamos hacia la plaza y Laura sacó unas cuantas fotografías de la casa grande.

—Ya está. No volveré a enseñar tu foto.

Volvíamos a casa jugando a sincronizar los pasos. Los tres levantábamos el pie al mismo tiempo y dábamos una zancada. No conseguíamos avanzar ni medio metro antes de perder el ritmo, pero durante un rato nos olvidamos de todo.

Al llegar a la puerta de su casa, Raúl se acercó a Laura y le dijo algo al oído. Hice como que no me daba cuenta, pero no me gustó y eso me hizo sentir estúpida.

27 de agosto



28 % visible

Amanecí con el brazo de Laura encima de la cara. Lo aparté con cuidado, pero se despertó. —Feliz cumpleaños —dijo justo antes de darse la vuelta y dormirse de nuevo.

—Falta una semana, idiota.

Fui a la cocina y encontré a mis padres con una torre enorme de tostadas y la sonrisa de quien oculta algo.

Participé del juego como una niña pequeña. No sé si por mí o por ellos, pero rebusqué por los armarios, bajo la mesa, en el salón... Hasta que me acordé de la terraza. Salí corriendo y allí estaban, media docena de paquetes envueltos con papel brillante.

Un edredón de cuadros como el que tenía en Madrid, una lámpara nueva, tres libros y la película de la que me había estado hablando Raúl.

Laura se levantó y celebró mucho todos los regalos. Creo que exageró un poco para halagar a mis padres, ya que ellos habían adelantado mi cumpleaños cinco días para que pudiera celebrarlo conmigo. Lorena y Raúl trajeron una tarta enorme con velas y desayunamos todos juntos en la cocina. Durante un rato no hubo nada más para mí en el mundo, solo nosotros, mi tarta, mis regalos, muchas voces mezcladas y un olor a canela y manzana que lo envolvía todo.

Mientras terminábamos de recoger, Raúl y Laura se fueron a dar una vuelta, pero esa vez no me molestó. Me alegraba que se llevaran bien.

El autobús para Madrid pasaba por San Martín al mediodía. Raúl vino a casa a despedirse y le prometió que la mantendríamos al tanto de las novedades. Le ofrecí que viniera con nosotros, pero dijo que tenía que ayudar a Lorena porque no habíamos hecho nada en todo el fin de semana.

Antes de montarnos en el coche, Laura se acercó a él, le dio dos besos y le hizo prometer que me haría pasar un buen cumpleaños.

—Es su último año sin responsabilidad penal, aprovechadlo.

—Yo acabo de cumplir los dieciocho —dijo, sonriendo—, no sé si arriesgarme.

Llegamos a la parada de autobús con una hora de adelanto. Nos sentamos en la terraza de un bar y al cabo de un rato mis padres se levantaron para comprar pan y algunas cosas que hacían falta en la casa.

—Quedaos aquí, no sea que llegue el autobús.

La mesa era de metal, como la del kebab del Rastro. Levanté el vaso y vi medio círculo marcado.

—¿Estás saliendo con Aitor?

Lo solté así, a bocajarro, porque llevaba dándole vueltas desde que había visto la fotografía en su teléfono.

—No es mal tío. Es que le pilló de sopetón lo de que te fueras.

—Es un imbécil y un egoísta.

—Egoísta, ¿eh? ¿Has pensado en algo que no seas tú desde que te fuiste? Aitor llevaba un mes planeando lo del festival en la playa. Trabajó con su padre los domingos para poder comprar las entradas y lo había preparado todo para que fuera perfecto. Para que tú lo encontraras perfecto.

—Se largó. Me dejó tirada en el kebab. Pero veo que tú ya lo has perdonado.

—Para mí tampoco es fácil, ¿sabes? Y sí, Aitor y yo empezamos a juntarnos para hablar de ti, porque me preguntaba qué tal estabas, si me habías llamado. Te escribí un millón de mensajes y jamás contestaste. Poco a poco empezamos a hablar de otras cosas y descubrimos que nos gustábamos.

—¿Y no se te ocurrió contármelo?

—¡No me has preguntado cómo estoy ni una sola vez desde que te fuiste! Solo tú, tú y tú. La pobre Cora a la que han arrastrado hasta el fin del mundo.

Me levanté, rodeé la mesa y la abracé tan fuerte como pude.

—Es todo una mierda, Cora. Y te echo de menos.

Mis padres nos encontraron así, abrazadas y llorando, pero no preguntaron nada. A fin de cuentas, éramos dos amigas despidiéndose.

Cuando subió al autobús, me quedé mirando cómo se alejaba hasta que tomó una curva y desapareció de mi vista. El viento venía frío, cada vez más de otoño.

Volvimos a Covaneja en silencio. Raúl nos esperaba en la plaza.

Caminamos hasta el puente y nos sentamos con los pies colgando hacia el río.

—No has dicho nada desde que has llegado.

—Ya.

—Tienes cara de enfadada.

—No.

—Laura volverá pronto o irás tú a Madrid a verla.

—Se ha liado con mi novio —dije.

Sonrió.

—¿Tienes novio?

Seguía sonriendo, pero no me gustaba nada su sonrisa.

—No, no es mi novio. Es mi exnovio.

—Entonces, ¿por qué te importa?

—No me importa. —Creo que levanté la voz—. Es decir, no me importa que Aitor se líe con quien quiera. Pero, mierda, ¡con Laura! Es un imbécil y le hará daño, la dejará colgada cuando más lo necesite.

Asintió entre risas.

—Es verdad, no estás enfadada.

—Y encima todo es de mentira.

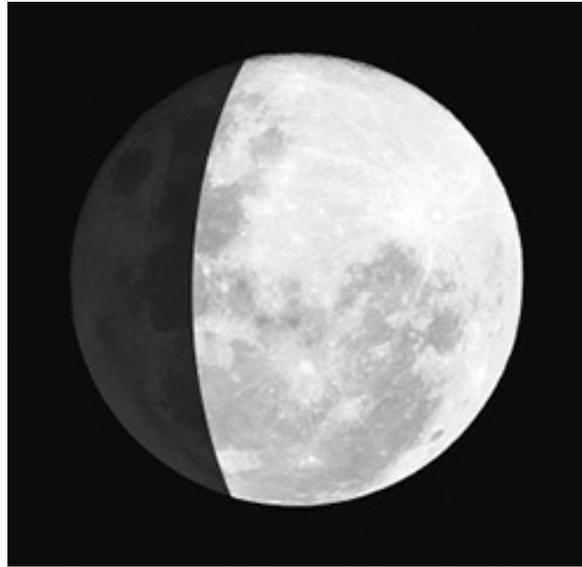
—Tienes el día NO, ¿eh?

—Nadie es quien dice ser, todo el mundo tiene secretos. ¡Y mi cumpleaños no es hoy!

Me eché a llorar y él solo me acariciaba la espalda. Cuando se me pasó, sentí mucha vergüenza.

—Ahora estamos en paz —dijo—, tú también eres gilipollas por llorar sin avisarme.

1 de septiembre



74 % visible

Fue una semana extraña. Raúl pasaba mucho tiempo en su casa, ayudando a su madre, y yo me lancé de cabeza a buscar el cuadro de la fotografía en el libro que me había dejado Ana. Todos se parecían. Los mismos colores, las mismas formas, paisajes nublados... Pero di con uno que me recordaba al que había visto en la casa de Boyko y en la fotografía de la abuela. El autor era un tipo francés del siglo xvii y, buscando en internet por su nombre, ya fue más fácil encontrarlo. *Selene y Endymion*, de Nicolas Poussin. Estuvo en una colección privada de París, luego se le perdió la pista y hacía un par de meses había aparecido en una subasta, aunque la policía la suspendió porque no tenían claro el origen de las obras subastadas. No podía ser casualidad que mi abuela se hiciese una fotografía frente a ese cuadro. Ni que representase a Selene, precisamente.

También aproveché para terminar el libro de la abuela. La historia se parecía bastante a la que había contado Laura, aunque en mi versión la luna había seguido teniendo hijas y Endimión, asustado por la amenaza de Zeus, le quitaba cada bebé que paría cuando ella volvía al cielo y lo escondía entre los humanos.

Coincidían en el resultado: las hijas de la luna, las Menaé, que era como Olga me había

llamado desde el primer día, estaban ocultas entre los humanos.

En las últimas páginas había un montón de notas manuscritas en los márgenes con la letra de la abuela. Algunas eran fechas y también había simbolitos parecidos a los que había anotado Raúl en mi tabla. Tal vez la abuela había llegado a la misma conclusión que nosotros sin tanto internet ni tanta gaita.

Me harté de leyendas, de dioses enfadados y de esperar a que Raúl viniese a buscarme, y me planté en su casa. Llamé a la puerta y me abrió en pijama y con una pinta horrorosa.

—¿Estás enfermo?

Me respondió que no era nada con una voz tan nasal que no parecía la suya. Lorena salió de la cocina con el delantal salpicado de tomate.

—¡Ni se te ocurra salir a la calle!

Raúl levantó mucho la mirada, como si quisiera poner los ojos en blanco. Laura también hacía ese gesto y me resultó cómico vérselo a él.

—Mamá...

—En pleno septiembre y duerme con la ventana abierta —esta vez se dirigía a mí—. Como si no tuviera yo bastante con cocinar para tanta gente.

Septiembre. Pleno septiembre. Solo era día 1, pero se acababa el verano y ya no estaba segura de si quería irme o quedarme. En Madrid estaba Laura, pero salía con Aitor. Y en Covanebra tampoco se estaba tan mal, bien mirado.

Lorena volvió a la cocina hablando por lo bajo.

Entramos en el cuarto de Raúl y, efectivamente, hacía más frío que en el resto de la casa.

—Tu madre tiene razón.

Me miró un segundo y antes de contestar cerró la puerta.

—Yo no dejé abierta la ventana.

Raúl juraba que se había dormido como todas las noches y que había tenido un sueño muy raro en el que un chico lo miraba desde la ventana.

—No es un sueño, Raúl.

Asintió.

—Venga, vístete, vamos a dar una vuelta.

Salimos de puntillas. Llegamos hasta la farmacia y entramos a buscar algo que mejorase un poco el lamentable estado de Raúl. Ana estaba a punto de cerrar. No tenía un horario fijo porque vivía encima de la farmacia y cualquiera que tuviese una urgencia podía llamar al timbre y ella siempre lo atendía.

—Estás horrible, pobre. Pasad, pasad.

Miró hacia los lados antes de cerrar la puerta y darle la vuelta al cartel. Entramos a la rebotica y, mientras calentaba agua para el té y rebuscaba en los cajones esos sobres asquerosos que me había dado a mí cuando estuve enferma, le contamos todo lo que nos había dicho Laura, lo de los sueños, todo.

—No debisteis venir aquí. Es un pueblo maldito.

Se sentó con nosotros y dejó las gafas sobre la mesa. Los cuadros del mantel sobre el que se apoyaban se veían exactamente igual a través de los cristales y, sin querer, me acordé de la abuela y sus gafas sin graduar.

—Ana, ese hombre extranjero, Boyko, no nos fiamos demasiado de él.

—No os preocupéis.

—¿Sabes ese cuadro del que te hablé? Pues lo encontré y resulta que es antiguo. Y él tenía

una fotografía. Y tenía más libros de arte. Y casi no nos dejó entrar en su casa. ¡Igual ni siquiera se llama Boyko!

—¡Para ya! —me cortó Raúl—. Todo el mundo tiene derecho a reinventarse.

Ana y yo nos quedamos en silencio. Había algo en esas palabras que le había salido de muy dentro y decidí respetarlo.

—Oye, tú tienes todos esos libros de leyendas, dioses y todo eso —hice una pausa porque no sabía muy bien cómo lanzar la pregunta—. ¿De verdad tú crees en esas leyendas? Ya sabes, todo eso de que la casa está embrujada...

—Yo solo sé que os iría mejor si os marchaseis. Este no es un buen sitio, sea por las maldiciones, por la leyenda de la casa grande o porque hacen aquelarres de brujas...

—¡Olga! —la interrumpí.

Los dos me miraron.

—Olga fue la primera en hablarnos de las Menai. Y ahora no está.

Sonó el timbre de la puerta y Ana se puso en pie.

—Venga, marchaos, ya hablaremos mañana.

Atravesamos la farmacia y, al salir, saludamos a Boyko, que estaba apoyado contra el quicio de la puerta, sonriéndole a Ana.

Nos sentamos en el campo de fútbol.

—¿Ahora ya me crees?

—En realidad te he creído siempre. Es solo que no quería que investigaras.

—Esto no tiene que ver conmigo, ¿verdad? Es por ti, porque no quieres que descubra lo que me ocultas.

Me miró con su sonrisa triste.

—¿Dónde se habrán llevado a Olga? —dijo.

—No lo sé. No tiene familiares ni nadie que pueda informarnos. Tomás, que era el que más sabía de este pueblo, ya no está y los demás dudo siquiera que hayan hablado con ella.

—Chusco.

—¿Qué?

Me costaba seguir el hilo de sus pensamientos cuando cambiaba así de tema.

—Alguien envenenó al perro. Eso dijo tu madre, ¿no?

—Bueno, dijo que se había envenenado, no que lo hiciese alguien a propósito. ¿Crees que está relacionado?

—¿No dijiste que te faltaban piezas? Tenemos todo el puzle delante, pero no encontramos las esquinas.

Tardé un segundo en entender a qué se refería Raúl. Yo también empezaba siempre los puzles por las esquinas, las únicas cuatro piezas que sabes siempre dónde van.

—¿Seguro que no tienes frío? Tu madre me matará si empeoras.

No me respondió. Tenía la vista clavada en el otro lado del campo. Los dos tipos con pinta de porteros de discoteca bajaban hacia el pueblo.

Nos pusimos en pie y caminamos hacia casa. Los gatos estaban en la puerta. Todos, menos Cojito. Entramos y corrí hasta el jardín trasero, que ya casi se había convertido en una selva. Papá estaba poniendo agua en un cuenco y acariciaba a la gata. Junto a ella estaba el cachorrito cojo y al verlo solté todo el aire de golpe.

—Lo has adoptado, ¿eh? —dijo Raúl.

—Supongo. Pobre, es el más pequeño, es cojo y encima se envenenó. Es un superviviente.

—Creo que cualquiera se habría quedado con el de tres colores —dijo Raúl, señalando hacia los gatos— o con ese otro tan guapo, que parece que lleva antifaz.

Papá se giró con cara de sorpresa, como si no nos hubiera visto hasta ese momento.

—Cora no es como cualquiera.

—Lo sé, lo sé.

Se puso rojo y por la sonrisa tonta de papá, supe que se había dado cuenta.

—No, verás —dijo mi padre—. Lo que quiero decir es que Cora no adoptaría al gato guapo o al fuerte. Se quedaría con el que más pinta tuviera de necesitarla. Es su punto débil, aunque se empeñe en ocultarlo. —Se quedó callado un momento—. No debería contarte esto.

—¿Qué sabes de Boyko, papá?

Debió de pensar que intentaba cambiar de tema y me siguió el juego. En realidad, me interesaba la respuesta, pero también era bastante incómodo que mi padre y el chico al que estaba intentando conocer hablasen de mí.

—Es alemán, creo. No sé qué pinta aquí, pero si puede echar una mano, es bienvenido.

—¿Pero no le habéis preguntado?

—Busca unos libros o algo así, no presté demasiada atención cuando Tomás me habló de él. ¿Ha pasado algo? ¿Te ha hecho algo?

Me miraba esperando una respuesta y, como no se la di, miró a Raúl.

—Jo —dije—, que intenta ligarse a la farmacéutica.

Papá soltó una carcajada. Objetivo conseguido.

—¡Eres una vieja cotilla!

Salió hacia la cocina sin despedirse y moviendo la cabeza hacia los lados, como si no pudiera creer lo que le había dicho.

3 de septiembre



89 % visible

Es una sensación extraña cumplir años cuando ya lo has celebrado. El viernes me levanté con los nervios tontos, pero un poco triste, porque ya había gastado mi cupón de reina por un día. Raúl estaba en el jardín trasero, hablando con papá. Se callaron en cuanto entré.

—Feliz cumpleaños, florecita.

Y entonces papá puso esa sonrisa suya y me eché a temblar.

—¿Te lo he contado, Raúl? ¿Te he contado que es mi flor más preciada?

Dejé que me avergonzase con la historia de la orquídea fantasma y, cuando terminó, invité a Raúl a desayunar.

—¿Has venido muy pronto o es que yo he dormido más de la cuenta? Ahora mismo me visto y vamos a por leña o a lo que haga falta.

—No, tengo que ir a San Martín a buscar unas cosas. Tu padre se ha ofrecido a venir conmigo.

No me pareció que yo entrase en sus planes.

Mamá vino al cabo de un rato. Dijo que había descubierto un sitio estupendo para comer y que me invitaba.

—¿Y papá? ¿No lo esperamos?

—Bah, puede comer cualquier cosa, será nuestro día de chicas.

Ella ni siquiera me había felicitado.

Fuimos por la carretera a Irián, un pueblo a una media hora. El sitio no era nada del otro mundo, una de esas casas de ladrillos y azulejo que tienen el bar en la planta baja y las habitaciones y el resto de la casa en la de arriba. Nos recibió una mujer regordeta que abrazó a mi madre como si de verdad la apreciase.

—Ay, doctora, que me salvó a la gocha. ¿No te lo ha contado? —dijo, mirándome a mí.

Al parecer mamá había ido de visita, solo para presentarse, y cuando vio a la cerda que tenían en el prado se acercó porque la notó extraña. Se había tragado algo que se le había clavado en la garganta y tenía una infección enorme, pero no se habían dado cuenta y, si no es por mi madre, habría muerto en pocos días.

La mujer se limpiaba las manos todo el rato en el delantal, aunque no las tuviera manchadas. Mi madre y ella se abrazaban, se daban golpecitos, hasta creo que aquella mujer la besó mientras hablaban. Mamá era feliz allí y verlo delante, de pronto, me hizo sentir asquerosamente mal.

—Anda, pasad. Ya está la sopa.

Aquello era de todo menos sopa. Los trozos de trucha flotaban un poquito en un caldo espeso que estaba bueno y picante a partes iguales. Después tomamos natillas, de esas que tienen una galleta maría en el fondo y kilos y kilos de canela en la superficie, helado y dijimos que no cuando sacó un frasquito de orujo. Nos contó mil historias de la zona, de cómo los del SEPRONA perseguían a quienes pescaban truchas y cada vez era más difícil conseguirlas. No pregunté de dónde habían salido las que acabábamos de comernos.

—Aquí toda la vida se ha pescado a mano. El río siempre ha sido generoso, mira si no las gemelas.

Las gemelas. Tardé un segundo en recordar por qué me había llamado la atención.

—¿Las gemelas? ¿Las gemelas que dejó el río?

—Bah, ya sabes. Alguien las dejó allí. Antes, cuando aparecían guajas en el río se las quedaban en la casa de las brujas, pero ahora... Los Abella no habían tenido hijos y fue un regalo. Les costó un poco adoptarlas, por todos los líos de papeles, pero estaban tan felices que no pararon hasta conseguirlo.

—¿Viven aquí? ¿Puedo hablar con ellas?

—Marcharon. A la gente de por aquí... no le gustan las niñas del río.

Mamá me miró con una cara extraña, que no sabía si me invitaba a preguntar más o a callarme. Paré de hacer preguntas y dejé que se ocupara ella. La mujer nos habló de la casa grande de Covanegra, donde siempre había niñas acogidas de las que otros abandonaban. Y de las leyendas horribles que circulaban por toda la zona.

—Siempre han estado allí. Mi abuela ya hablaba de las niñas brujas y a ella se lo contó su madre. Siempre. En la casa no había hombres, solo guajinas. Algunas se iban al crecer y otras se quedaban para cuidar de las niñas que llegaban nuevas. A nadie le gustaba mucho esa casa. Pero pasó lo del hombre.

Aproveché la pausa para rebañar las natillas, porque en todo el tiempo que había estado hablando no me había movido por miedo a que el ruido de la cuchara contra el cristal le hiciera perder el hilo. O callarse. Se levantó, fue hacia la cocina y volvió con otro tazón.

—Todos nos alegramos de que cerraran la casa, la verdad. Luego vino esa mujer, la de la

farmacia, y empezó a hacer preguntas. Dicen que intentó comprar la casa y que no encontró a los dueños.

—¿Ana? —pregunté—. ¿Ana tiene algo que ver con la casa? ¿Y las niñas? ¿Dónde están las niñas?

—Yo era pequeña cuando se fue la última. Un hombre apareció muerto en el río y la gente dijo que habían sido las brujas. Querían quemar la casa con ellas dentro. Cuando la policía consiguió calmarlos y entrar en la casa, encontraron a una nena de quince o dieciséis años. Creo que la mandaron a Madrid.

—¡¡La abuela!!

Mamá asintió y me pidió con un gesto que me callara. Pero la mujer dejó de contar historias y dijo que eran cosas de viejas de los pueblos, que ella no sabía nada. Se marchó a la cocina con la excusa de que tenía que preparar las cenas.

Casi había anochecido. Mamá trasteó con el móvil, creo que mandó un mensaje, y dijo que teníamos que irnos, que no le gustaba conducir por la noche en esas carreteras. La mujer regordeta nos besó, nos abrazó y nos arrancó la promesa de volver otro día. Ya casi estábamos en el coche cuando se acercó corriendo y le dio a mamá una bolsa de plástico con morcillas. La dejó en el maletero y emprendimos la vuelta.

—¿Crees que era la abuela? La niña que se llevaron, digo.

—No sé. Papá ha estado buscando, hasta ha leído unas cartas de tu abuelo. Se conocieron en Madrid, ella vivía en casa de una señora mayor a la que ayudaba o a la que cuidaba, no lo sabemos bien.

—¿Y no podemos hablar con esa señora?

—Por Dios, estará muerta. Si ya era vieja cuando la abuela se casó. Sería alguien de la familia, porque se apellidaba también Cueto, pero no hemos encontrado nada más.

Hicimos el resto del camino en silencio. Al parecer yo no era la única que investigaba, solo que, una vez más, me habían dejado fuera.

Cuando llegamos, Raúl estaba en la plaza. Bajé del coche y volvimos hasta casa andando. Le conté todo lo que había descubierto de la abuela y de la casa grande. Había un par de coches mal aparcados en la cuneta.

—¿Más nuevos?

—Deberíamos hablar en serio con Ana. Tenemos que decirle que Boyko es peligroso.

Raúl no estaba de acuerdo. Tampoco sabíamos si esa gente venía por él. Solo habíamos visto una foto de un cuadro en su casa.

—No es un cuadro cualquiera y lo sabes. Mi abuela se hizo una fotografía delante de ese mismo cuadro. Y luego apareció en una subasta. Y nadie sabía de dónde había salido. Y si me dices que es otra casualidad, me largo.

Se metió las manos en los bolsillos y se encogió de hombros. Le propuse bajar hasta el río, pero no quiso. Llevábamos mucho tiempo sin acercarnos por allí y de alguna forma lo echaba de menos. Caminábamos en silencio y me fastidiaba mucho que mi único amigo en el fin del mundo se enfadase conmigo, así que le pregunté por qué se había molestado.

—No te lo tomes a mal, pero estás obsesionada con todo esto.

—¡Obsesionada! ¡¡Obsesionada?!

Levantó las manos como si le hubiera puesto una pistola enfrente.

—Eh, tranquila. Lo retiro, lo retiro.

Me fijé en las palmas de sus manos. Estaban llenas de puntitos brillantes.

—¿Qué es eso? ¿Qué tienes en las manos?
Las escondió a la espalda y siguió sonriendo.
—Yo también tengo secretos.

Volvíamos a casa. Mamá tenía en la mano la bolsa de morcillas. Las alejaba del cuerpo con cara de asco y nos dio la risa. Raúl se ofreció a llevárselas a Lorena; a fin de cuentas, ella nos daba de comer un montón de días. Cuando se despidió, todos nos alegramos de ver salir aquellas morcillas por la puerta.

Decidí hacer la cena. Papá y mamá cocinaban todos los días y no estaba mal que los liberase por una vez. Puse en la ensalada todo lo que encontré por la nevera y la despensa que pegara con los canónigos que papá había recogido al borde del río. Añadí unos frutos secos y, cuando iba a echar unas moras que encontré en un bol en la encimera, me arrepentí, aunque no supe bien por qué. No era alta cocina, pero no estaba mal.

Iba a quitarme la ropa y mamá me paró a mitad de pasillo.

—¿Dónde vas?

—A cambiarme.

Me sujetó por el brazo y me llevó hasta el salón.

—Papá y yo vamos a ver una película, siéntate con nosotros.

Estaba muy rara, con una sonrisa pícara.

—Vale, pero voy a ponerme el pijama.

Papá se levantó del sofá.

—Pijama, pijama... Anda, siéntate.

Se colocó detrás de mí y me llevó hasta el sitio del que se había levantado.

No había salido todavía el título de la película cuando sonó la señal de mensaje en el móvil. Era Raúl.

«Ve a tu habitación».

Me levanté decidida a vencer la resistencia de mis padres, pero no hicieron nada, solo apartar las piernas para que pasase mejor.

Volvió a sonar el teléfono cuando entraba en la habitación.

«Apaga la luz y tumbate en la cama».

Las tardes empezaban a ser más cortas, así que al apagar la luz me quedé casi a oscuras. Me tumbé en la cama boca arriba y entonces lo vi. Todo el techo estaba lleno de puntos brillantes. No eran esas estrellas verdes con cinco picos que venden en las tiendas de regalos, eran millones de puntos diminutos que formaban una espiral en el centro y se hacían menos frecuentes a medida que se alejaban.

El móvil vibró de nuevo:

«Tienes que ponerle nombre».

Tecleé la respuesta, aunque no quería quitar la vista de aquel techo tan maravilloso.

«¿No sabes cómo se llama?».

«No tiene nombre porque no existe, la he creado para ti».

Con mucho esfuerzo porque aquella imagen me atraía, me atrapaba y me invitaba a quedarme mirándola para siempre, me levanté, me puse una sudadera y unas botas y atravesé el salón sin decir ni una palabra. Al abrir la puerta de la calle, Raúl estaba esperando al otro lado.

—Ya creía que no ibas a salir nunca.

Me lancé sobre él y lo abracé. No medí el impulso y estuve a punto de tirarlo al suelo. Nos quedamos así, abrazados, sin decir nada. Me sobraba todo lo que había alrededor, me sobraban

el cielo y el suelo. Acerqué la boca a su oreja y le dije muy bajito:

—Es el regalo más bonito que me han hecho en la vida. Gracias.

—Le prometí a Laura que haría algo especial por tu cumpleaños.

Se separó, me dio la mano y empezamos a caminar. La luna estaba casi llena y había luz de sobra para ver dónde pisábamos. Al llegar al campo de fútbol nos sentamos en las maderas de patas oxidadas. Echamos la cabeza hacia atrás para ver las estrellas y me explicó los nombres de algunas constelaciones.

—Se ven mejor cuando no hay luna —dijo.

—Ya, pero me gusta que esté ahí.

Sonrió con esa sonrisa de verdad que tan pocas veces dejaba escapar y apoyé la cabeza en su hombro.

—Ya sabes lo que pienso de la luna y las estrellas —dijo—. Pero pondré una luna gorda y enorme en tu techo si quieres.

Se incorporó y se puso de lado, a horcajadas sobre las maderas del banquillo. Imité su postura, enfrentándolo, y lo miré a los ojos, tan azules como un dibujo animado.

—Ahora tienes un cielo completo y tu propia constelación. No vuelvas a hacerlo, por favor, Cora, no salgas más a buscar la luna.

Siguió hablando sin parar, como si hubiera quitado el tapón a las palabras y salieran haciendo chorros de espuma. Hablaba del cielo, de lo mucho que le reconfortaba saber que, estuviera donde estuviera, siempre había un lugar conocido al que mirar. En algún momento dejó de hablar del cielo y se centró en la noche del baño nocturno. Me dijo que había salido para ver el eclipse cuando me oyó llegar por entre las zarzas.

—Pasaste a mi lado sin verme y empezaste a quitarte la ropa.

Creo que me sonrojé. O al menos noté calor en la cara. Debió de darse cuenta porque me pidió disculpas y entonces me sentí completamente imbécil.

—No me malinterpretes —dijo, guiñándome un ojo—, esa parte no me importó nada.

Le di un golpe en el hombro tan flojo que pareció una caricia.

—Y entonces, ¿qué es lo que te importó?

Volvió a clavarme los ojos de dibujo animado y se acercó a unos milímetros de mi cara.

—Que te desnudaras mirando al río, que no me vieras —respiró hondo antes de seguir hablando y noté la corriente tibia que salía de su boca cuando expulsó el aire—, que si no te paraba seguirías hundiéndote. Ojalá existiera ese tío.

—Existe, Raúl, no es un sueño.

Me puso el dedo en los labios para que me callara.

—Ojalá, entonces, pudiera medirme contra un tío macizo capaz de bañarse desnudo en agua helada, pero no soy ese tipo de chico.

—¿Estás celoso?

Sonrió y supe que acabaría besándolo.

—Los celos son una gilipollez, un recurso de cobardes que no se atreven a disfrutar de lo que les gusta por si lo pierden.

—¿Y tú sí? ¿Tú disfrutas de lo que te gusta?

No me arrepentí de la pregunta, pero temía la respuesta.

—Me gustas tú, Cora. Me gusta estar contigo. Pero no me dejas acercarme, me apartas. Sigues como el primer día, cuando te daba miedo sentarte a mi lado.

Me quedé en silencio para que no parase de hablar.

—Conocerse no debería ser una batalla, no tal como yo entiendo la amistad. No voy a luchar contra tu ex, contra el miedo a que te hagan daño, contra ese chico mudo ni contra ningún otro fantasma. Ni siquiera contra ti. Pero no sé cuánto tiempo aguantaré quitando ladrillos de día si tú vuelves a levantar un muro cada noche.

Esperé a que terminase paladeando cada palabra que había dicho y aguantando un beso que luchaba por escapárseme de la boca. Cuando calló le brillaban los ojos, pero no apartó la mirada. Me acerqué y lo besé sin prisa. Y él se dejó besar.

—Sigue, por favor, no te rindas —le dije al oído—. Sigue derribando muros por mí.

6 de septiembre



Luna llena

Los siguientes días nos echábamos a la calle con cualquier pretexto. Buscábamos escondites en los que estar a solas, lo que no era difícil en Covanegra.

Un poco más arriba de las casas, el camino desaparecía en el monte. Decidimos explorar por ese lado en lugar de bajar hacia el río o hacia la plaza. Las zarzas eran altas, pero no tenían frutos. Parábamos cada poco a descansar y a besarnos. A medida que subíamos, había muchos menos arbustos y más abetos altos y frondosos. Cuando ya nos habíamos alejado tanto del pueblo que podíamos ver todas las casas, los dos puentes y el río serpenteando en el valle, nos sentamos con la espalda apoyada en uno de aquellos troncos.

—Menudo árbol de Navidad podríamos montar con este —dije.

—¿Navidad? ¿Vas a deshacer la maleta que guardas bajo la cama o seguirás poniéndote un jersey fino encima de otro hasta que pase el frío?

Me giré para enfrentarlo y me fingí enfadada.

—¿Cómo sabes tú eso?

Me besó y se me olvidaron los reproches. Después intentó explicarme que papá y él habían descubierto la maleta cuando decoró mi habitación, pero no dejé que terminara.

Desde donde estábamos sentados vimos a Boyko entrar en la farmacia. Lo reconocimos por su chaleco. Durante un rato nos inventamos lo que estaría pasando dentro y, a pesar de las bromas, coincidimos en que debíamos vigilarlo un poco, ya que Ana no nos había hecho mucho caso cuando le hablamos de las sospechas que teníamos sobre él.

Todavía estaba dentro cuando los dos hombres de espalda ancha y brazos de portero de discoteca se acercaron a la puerta de la farmacia. Raúl se encogió un poco a mi lado y le di la mano. Abrió Ana. La conversación fue corta, pero se nos quitaron las ganas de seguir haciendo bromas, y las palabras dulces, las caricias y los besos dejaron paso a un silencio espeso que se extendió alrededor como una niebla que lo empapaba todo.

También podíamos ver la balsa. Estaba lejos y la tapaban algunos árboles, pero siguiendo el curso del río la adivinamos más que verla. Nos pusimos de nuevo en marcha en esa dirección. Caminábamos un poco agachados porque las ramas más bajas de los pinos nos golpeaban en cuanto nos descuidábamos. O tal vez éramos nosotros los que las molestábamos a ellas; no había una sola huella de que alguien hubiera pasado por allí.

Bajar por el monte era más difícil y teníamos que hacer fuerza con las piernas y echar el cuerpo hacia atrás para vencer el impulso que tiraba de nosotros hacia el fondo del valle. Un par de veces Raúl me sujetó y evitó que cayera.

Los pinos dejaron paso a las zarzas y un poco después desembocamos muy cerca del estanque. El camino de vuelta hasta la plaza nos resultó tan fácil como un paseo por la Gran Vía. No lo hablamos ni nos pusimos de acuerdo, pero nos dirigimos a la farmacia. Estábamos a pocos pasos de la puerta cuando salió Boyko. Nos miró y se quedó un segundo dudando. Después nos hizo un gesto con la cabeza en señal de saludo, hundió las manos en los bolsillos de su chaleco de periodista y nos dio la espalda.

Ana nos abrió con el pelo suelto. Estaba muchísimo más guapa y se lo dije, lo que provocó que se atase una coleta y la recogiese en un moño en un gesto tan rápido como si lo hubiera ensayado un millón de veces. Pasamos a la rebotica.

—Hemos visto a esos tipos que han venido antes.

Dijo que sí con la cabeza, bajó un poco las persianas y le dio la vuelta al cartel de «cerrado».

—No son de por aquí —dije.

Miró a Raúl y se quedó callada, como si no supiera cómo seguir.

—Nos han encontrado, ¿verdad?

Recordé la fotografía de Laura y los restos de la última comida que había entrado en mi estómago se convirtieron en una piedra fría y pesada.

—Traían una foto de tu madre. Dicen que erais vecinos en Barcelona. —Hizo una pausa sin quitar los ojos de Raúl—. No parecen buena gente.

—¿Qué les has dicho?

—Que se parecía a una mujer que había venido desde Paladín a por una receta. Si me han creído, he ganado unas horas, puede que un día. No sé por qué estáis aquí, pero tenéis poco tiempo para marcharos.

Salimos de la farmacia en silencio. Se me agolpaban mil preguntas en la cabeza. Sin embargo, si Raúl no quería contármelo, no iba a ser yo quien preguntase. Al llegar al cruce del camino de la casa de Boyko, vimos la luz en su ventana. Nos quedamos quietos, sin decir nada. Abrió la puerta y nos hizo un gesto para que nos acercásemos. Nosotros no nos movimos. Era como si nos hubieran congelado o como esas veces que tienes miedo en la cama y te tapas la cabeza esperando que el monstruo no te vea y pase de largo. Pero no pasó. Salió a nuestro

encuentro. Su silueta se recortaba contra la poca luz que salía de la casa y parecía mucho más grande que de costumbre.

—Venid, es hora de que hablemos.

Lo seguimos hasta el interior de la casa y, cuando cerró la puerta, se giró a mirarnos. No sonreía.

—A ti te importa bien poco rehabilitar el pueblo —le dijo Raúl.

Asintió.

—¿Eres un ladrón de cuadros? —Me arrepentí tarde de la pregunta.

Se empezó a reír, pero cuando se dio cuenta de mi cara paró de golpe.

—Viste las fotos de los cuadros, ¿no? Soy policía.

Raúl se volvió y agarró el pomo de la puerta, pero Boyko puso el pie para que no pudiera abrirla. Con el movimiento demasiado fuerte o demasiado rápido, la silla se cayó y sonó contra el suelo como si el mundo entero se estuviera desmoronando.

—¡Dejadnos en paz! —exclamó Raúl.

No esperó la respuesta, giró el pomo de la puerta y salió sin mirarnos.

Un resorte me levantó de la silla. Corrí hasta él y lo agarré del brazo. Forcejeó, pero no dejé que se liberase.

—Vamos a escucharlo. Solo te pido eso —le rogué.

—La poli me ha metido donde estoy.

—Cinco minutos y después nos vamos.

Cuando tenía seis años mamá me llevó al médico a ponerme una vacuna. Yo pataleaba y me revolví porque había visto la aguja y no estaba dispuesta a que me hicieran daño, pero ella me dijo: «No te va a doler, te lo prometo». Me agarré a aquella promesa porque era mi madre, porque la había visto defenderme ante los abuelos cuando no quise la muñeca rubia y pedí que la cambiaran por unos patines, porque me había dado a elegir cuando dije que no quería ir a la granja escuela. Porque dormía conmigo cuando tenía miedo. Pero la inyección me dolió. Dolió mucho y se me hizo un bulto enorme en el brazo y me dio fiebre. Estuve enfadada muchos días y nunca llegué a perdonárselo del todo. Ahora estaba haciendo lo mismo con Raúl: «Espera, escúchalo, no va a dolerte». Y estaba segura de que él tampoco iba a perdonármelo.

—No sé de quién huyes —dijo Boyko—, pero desde luego esto no tiene nada que ver con lo que ocultas. Esos tipos que han venido no te buscan a ti.

Raúl recogió la silla y volvió a sentarse. Me miró para que supiera que se dejaba clavar aquella aguja solo porque yo se lo había pedido.

Mientras fuera caía la tarde, Boyko nos contó que formaba parte de una división internacional especializada en robos de obras de arte. No hacía mucho habían puesto en circulación unos libros antiguos con un sello.

—¡Mi libro!

Boyko me miró, esperando que dijera algo más. Le hablé del libro y de lo que nos había dicho Laura, de la fotografía de la casa con el antiguo logo.

—Sí, sabemos que es el sello de la casa. Era un albergue de niños abandonados. En 1970 apareció un cadáver en el río y se armó un jaleo tal que, si no es por la policía, los vecinos hubieran quemado la casa. Por lo visto vivían entonces dos chicas allí, pero solo una era menor de edad, así que se la llevaron.

—¿Aurora? —lo interrumpí—. ¿Aurora Cueto?

Lo dije muy bajito, sin querer decirlo. Sin querer saber la respuesta o muerta de ganas, no lo

sé.

—¿La conoces?

—Era mi abuela.

Le hablé de la partida de nacimiento, de los nombres que no estaban. De la mujer que la había acogido en Madrid. Raúl empezó a tamborilear con los dedos en la mesa. Rebuscó en sus bolsillos, después dijo que tenía que irse a casa y salió dejando la puerta abierta. No intenté frenarlo esta vez, porque sabía, de alguna forma, que regresaría pronto.

Mientras Raúl traía lo que fuera que había ido a buscar, Boyko y yo completamos esa parte del puzle. Cuando apareció el cadáver, buscaron quién pudiera ocuparse de la abuela. Había que alejarla del pueblo, así que la llevaron a Madrid. Por lo visto, Boyko había logrado incluso la dirección de la señora mayor que la acogió.

—También se apellidaba Cueto.

—¿Sería alguien de la familia?

—O alguna niña que estuvo en la casa y después se marchó, tampoco investigamos mucho por ese lado.

—Pero dices que había dos chicas.

Boyko me miró y pareció pensarse la respuesta.

—Olga, ¿verdad?

—No estamos seguros, como te digo, no lo hemos investigado mucho.

Después me habló de lo que sí había investigado a fondo. Habían empezado a aparecer obras de arte robadas o de origen incierto en algunas subastas. Todas las presentaba a subasta una empresa alemana que no existía.

—Estábamos bloqueados, hasta que aparecieron los libros.

Al aparecer los libros con el exlibris de la biblioteca, ataron cabos y lo mandaron a él, porque hablaba español. Estaban casi seguros de que los cuadros y los otros objetos habían salido de la casa grande.

Me sentía rara, a medio camino entre alguien poderoso y alguien muerto de miedo, porque sabía algo que él posiblemente no había descubierto aún. Tragué saliva y tosí un par de veces.

—Hay un cuadro..., *Selene y Endimión*, de un francés de hace siglos.

Rio y enseguida me pidió disculpas con un gesto.

—Mi abuela se hizo una fotografía delante de ese cuadro. Igual estaba en la casa, ¿no?

—¿Tienes esa fotografía? ¿Estás segura de que es el mismo cuadro?

Asentí y se recostó contra el respaldo de la silla, como si necesitase que el cuerpo entero procesara aquella información.

—Vale. Todo va encajando. Ese hombre que apareció muerto el día que llegasteis...

—¿El detective?

—Ajá. Investigaba lo mismo que nosotros, pero para la casa de subastas. Y murió. Murió ahogado y atado a una piedra.

—Jo, suena a mafia de película.

—No hablamos de un ladronzuelo que se cuelga por una ventana para robar un par de libros; por eso quiero que paréis de investigar. Ahora dejádmelo a mí, llevo mucho tiempo observándolos.

—Por eso —dijo Raúl, al que no habíamos oído entrar— pasas tanto tiempo en los bancos de la iglesia.

Los dos nos giramos hacia la puerta.

—No quito ojo de esa puerta, pero nadie ha entrado en la casona desde que estoy aquí. He dado la vuelta a la casa por si hay otra forma de entrar, pero las ventanas están tapiadas, no hay más puertas...

Raúl se acercó y se sentó antes de hablar de nuevo. Extendió el papel en el que yo había anotado las apariciones de las niñas.

—Tu abuela nació en noche de luna nueva, justo antes de una espectacular lluvia de estrellas. Supongo que apareció en el río como las otras y se quedó allí. Nadie la adoptó porque en 1954 las cosas no se hacían como ahora, pero sí vivió allí y le dieron los apellidos. ¿La casa no es vuestra? Olga nos dijo que te parecías a tu abuela; igual ella sabe más.

—Ah —interrumpió Boyko—, ahora que hablas de esa mujer, la bruja.

—¡Olga! —dijimos a la vez Raúl y yo.

—Sí, sí, perdón. No sé dónde está Olga.

—Ana nos dijo que se la habían llevado los de Servicios Sociales.

—Sí, a mí también. Sin embargo, lo he preguntado y ningún organismo ni residencia tiene noticia de una mujer mayor de Covanegra. No sé quiénes son los tipos que fueron a la farmacia, pero sí sé quiénes no son.

—Yo sí sé quiénes son.

Me giré hacia Raúl.

—Mi padre nos encontró en Barcelona.

—¿Tu padre?

—Llevamos tiempo huyendo de él. No es un buen tipo. La policía intentó que mi madre testificase contra él y nos metió en un programa de protección de testigos. Pero nos encontró, así que decidimos buscarnos la vida solos.

—Covanegra es un buen sitio para desaparecer —dijo Boyko, como si acabase de darse cuenta.

—Nos encontró en Barcelona, así que salimos corriendo en cuanto vimos el anuncio y hemos sido muy cuidadosos. No sé cómo nos han encontrado.

La foto de Laura volvió a ponerse de canto dentro de mi estómago y amenazaba con salir por la garganta en forma de tostadas a medio digerir.

—No sé quién es tu padre, pero creo que solo es fuego cruzado, que no vienen a por vosotros, aunque si os encuentran y les servís para algo no dudarán un segundo.

Aquella maraña de ideas y datos empezó a provocarme dolor de cabeza. Habíamos salido de casa después de comer y ya se había pasado la hora de la cena. Lorena y mis padres seguro que estaban enfadados porque no hubiésemos aparecido. Boyko insistió en acompañarnos hasta casa, incluso se ofreció a dormir en la de Raúl, por si esos tipos raros volvían.

—Ana dice que los ha mandado a Paladín. Aunque os buscaran a vosotros, tardarán un poco en volver. Duerme tranquilo.

—¿Ana lo sabe? Lo de que eres policía.

Boyko asintió.

—Es una mujer enigmática.

Dijo que podíamos dormir tranquilos, que él vigilaba. Me lo imaginé haciendo guardia en la carretera y asentí, convencida de que estábamos a salvo.

Regresamos solos, paseando, como tantas noches. Solo que ahora sabíamos que estábamos en el centro de algo que no llegábamos a entender y teníamos miedo. El camino de vuelta parecía un paisaje mágico, los charcos reflejaban la luna como si tuvieran una bombilla dentro, como si

nos hubiésemos trasladado a un mundo donde los charcos se iluminaban para guiarnos de vuelta a casa. Raúl giraba la cabeza cada tres pasos y, al dejar a un lado la carretera, se paró junto a un árbol enclenque, incapaz de ocultarnos, y me besó.

—Quiero que te vayas.

—¿Ya te has cansado de pintarme estrellas?

—No estoy de broma, Cora. Cuéntales todo esto a tus padres y vuelve a Madrid. La policía se encargará.

—¿Y tú?

—Yo aún tengo que resolver otras cosas. A ti no te ata nada a este sitio.

Me separé de su abrazo y empecé a andar hacia casa. Noté que me sujetaba por los hombros y fingí hacer fuerza para seguir andando. Poca fuerza. Me giró, bajó los brazos hasta mi cintura y me acercó a él. Reculó hasta el árbol enclenque y se apoyó con las piernas estiradas hacia delante, para quedarse más o menos a mi altura.

—Lo he dicho mal, ¿vale?

—Eres imbécil.

Lo besé.

—Y gilipollas.

Volví a besarlo.

Cuando iba a por el tercer beso, me paró.

—Este imbécil gilipollas no va a conformarse con decirte adiós. Pero te quiero a salvo. Tenía que haberte hecho caso antes, haber ido a la policía o lo que fuera. Si por mi culpa te pasa algo...

Estaba endiabladamente guapo. No sé si era el reflejo de la luna o la adrenalina del miedo mezclada con todo lo que Boyko nos había dicho, pero estaba irresistible y decidí cobijarme del mundo en aquellos labios.

Empezaron a caer las primeras gotas de lluvia y estaban muy frías. Mientras caminábamos hacia casa, Raúl me arrancó la promesa de hablar con mis padres y yo la de que al día siguiente me contaría todo lo del suyo.

Me dormí pensando en que por fin empezaba a verse la imagen completa del puzle.

Abrí los ojos de golpe y la cara del chico sin voz estaba frente a mí, sonriendo. Creo que grité, pero no escuché mi propio grito, como si la garganta no me obedeciese. Me hizo un gesto con la mano para que lo siguiera, así que abrí la ventana como si aquello fuera lo único que podía hacer. Salí al jardín trasero descalza, en pijama y arropada por aquella sonrisa muda a la que no había dicho que no ni en una sola de mis pesadillas. Ahora sabía que no estaba soñando. Y, a pesar de todo, no tenía miedo.

Caminábamos en silencio, pisando flojito para que nadie nos oyera. Al llegar a la plaza, el chico me dio la mano. Caminamos hasta la iglesia y entramos. Como la primera noche, cuando creí que era un sueño. No me sorprendieron los bancos ni el altar ni nada. Ya no. Llegamos hasta el altar y lo rodeamos sin prestarle atención. El chico apartó una alfombra pequeña y dejó a la vista una trampilla de la misma piedra que el resto del suelo. La levantó tirando de una anilla tan pequeña que ni siquiera me había dado cuenta de que estuviera allí. Antes de entrar, me ofreció unas moras. Sabía que comerlas era una rendición, pero quería rendirme. Lo estaba deseando. Mordisqueé tres o cuatro y me ofreció otras pocas. Estas ya las engullí sin morderlas siquiera. Me dolían los pies por el frío y el dolor me mantenía un poco consciente. Solo un poco.

Desapareció por la trampilla y me quedé arriba, esperando que volviese. Me asomé y lo vi abajo, sonriendo. Me senté en el borde del hueco, con los pies colgando, mientras él me hacía gestos para que saltara. Tenía los brazos extendidos, listos para recogerme. Cerré los ojos y salté con la seguridad de que él estaría debajo, como en esos experimentos que salen en los vídeos de YouTube, que miden la confianza de los trabajadores en las empresas.

Lo seguí por un pasillo estrecho. No podía ver nada, pero me rozaba con las paredes en cuanto me desviaba un paso hacia la derecha o la izquierda. Olía a moho y hacía frío. A pesar de no ver, sabía que se me estaba nublando la vista. Era una sensación muy extraña, porque intentaba fijarme en algo, pero con aquella oscuridad era imposible, así que no podía saber si de verdad veía borroso o si solo lo pensaba. El ruido de nuestros pasos contra el suelo también me llegaba amortiguado. Le pedí que parase, pero siguió andando, tirando de mí. No sé en qué momento me senté en el suelo. Tal vez solo me dejé caer.

Abrí los ojos y todo era negro. Las paredes y el suelo eran de piedra lisa brillante. Estaba tumbada boca arriba y veía la luna por un hueco redondo en el techo.

La cueva negra.

Volví a dormirme y, al abrir los ojos, no había nadie. La piedra del suelo se me clavaba en la piel y hacía muchísimo frío. Tenía arañazos en las manos y me picaban la cara y el cuello, posiblemente también los tuviera arañados. Me giré hacia un lado y me hice un ovillo. Solo quería volver a cerrar los ojos y dormirme.

8 de septiembre



97 % visible

Dormí y desperté un millón de veces. En el centro de la cueva había un estanque oscuro y quieto. El techo era alto y la luz de la luna se filtraba por una apertura unos cuantos metros más arriba y se reflejaba en el agua.

La temperatura allí dentro era muy baja. Cada respiración se convertía en una nube perezosa que flotaba en la cueva unos instantes y después desaparecía. Alguna gota de la lluvia de fuera se colaba de vez en cuando por la apertura del techo y se quedaba flotando en la cueva, como si no le afectara la gravedad, o como si el aire, aburrido y solo desde sabe Dios cuándo, quisiera jugar con ella.

La luna desapareció del agujero del techo y un cielo gris y triste ocupó su lugar. Dormí otro rato y al despertar encontré un cuenco con moras. Lo aparté, aunque tenía hambre. Cuando la única ventana volvió a mostrar la bola blanca, el chico sin voz apareció en la cueva. No lo vi llegar, solo estaba allí, como procedente de ninguna parte. En otro tiempo me hubiese vuelto loca intentando comprender qué pasaba, pero ya no.

—Eres Endimión, ¿verdad?

Me miró y afirmó con la cabeza.

Me tendió un revoltijo de ropa y, cuando lo estiré, reconocí mi sudadera vieja de capucha y mis deportivas.

—¿Has ido a mi casa? Me estarán buscando.

Me senté para ponerme el jersey y las zapatillas. Cuando terminé, se sentó frente a mí con las piernas cruzadas y alargó la mano hasta tocar mi collar.

—Creo que me lo dio Olga. O tú. O la abuela. Tal vez fuera la abuela. Ya no sé qué ha sido real y qué no.

Empecé a hablarle de la abuela y de los regalos que me hacía, de las historias que contaba, de las leyendas, de cómo sonreía cuando contaba que había nacido de la luna o cualquier otra de aquellas historias que creíamos que se inventaba. Sus ojos negros brillaban más incluso que las paredes de la cueva.

—Así que es verdad, las niñas que aparecen en el río son tuyas. Vuestras.

Una voz lejana y casi inaudible dentro de la cabeza me decía que tenía que salir de allí, pero estaba tan cansada... Me tumbé de frente al estanque, con la luna reflejándose en la superficie. Si alargaba un poco la mano, podía tocarla. Tocar la luna. Mi pequeño milagro. Raúl.

Desperté en algún momento. Era de noche. Me dolía todo el cuerpo y echaba de menos mi cama y el edredón rosa que había guardado en lo más alto del armario cuando me regalaron el nuevo y que, en aquella cueva húmeda y fría, ya no me parecía tan espantoso. Mi edredón rosa, mi cama, mis padres. Raúl. No sabía cuánto tiempo llevaba en aquella cueva, tal vez demasiado. Tal vez incluso habían dejado de buscarme. O puede que no se hubiesen dado cuenta aún. Era como si los últimos días hubiera estado envuelta en una telaraña suave y pegajosa, una telaraña que ralentizaba mis movimientos y anulaba mi capacidad de pensar. Me incorporé y miré las moras del cuenco que tenía enfrente. Endimión apareció de repente y me hizo un gesto para que comiera. Mientras me ponía en pie y me sacudía el polvo que se me había pegado a la ropa lo perdí de vista. Caminé hasta el fondo de la cueva y lo llamé, primero en voz baja, como si pudiera molestar a alguien, y luego a gritos.

Tanteé las paredes buscando una grieta o un sitio por el que salir. No había nada más que paredes lisas. Y agua. Me quedé mirando el riachuelo que atravesaba la cueva. La superficie se movía. Ya no había reflejo de luna, o al menos no lo veía desde donde estaba. Sin embargo, era seguro que se movía. Si había corriente, era que el río no moría allí. Llegué hasta donde estanque y pared se juntaban, me quité las deportivas y metí los pies en el agua. No había dado más que un par de pasos cuando encontré la grieta. Un agujero en la pared por el que el agua seguía discurriendo. Solo la descubrí al tacto, porque la oscuridad al otro lado del hueco hacía imposible distinguir entre la pared y el vacío.

Llené los pulmones de aire. Las manos me temblaban por el frío y por el miedo. Ignoraba qué iba a encontrar al otro lado, pero era el único sitio por el que podía haberse marchado Endimión. Avancé despacio. Las ramas o las zarzas o lo que fuera que tenía alrededor se me clavaba en la piel. Cerré los ojos y seguí avanzando. Ya que no podía ver, al menos evitaría que algo de todo aquello me dejara ciega. Pegué los brazos al cuerpo y noté los pinchos rasgando mi jersey y la piel de la cara.

Y de pronto, como si todo hubiera sido una pesadilla, cesaron los arañazos. Abrí los ojos con miedo y al mismo tiempo con ansia. No había ni un mínimo resquicio de luz. Tanteé a mi alrededor. Debía de estar en el túnel por el que habíamos venido. Era de ladrillo o de algún material mucho más rugoso que la piedra de la cueva. Abrí los brazos en cruz y topé con las dos paredes. Aunque no había luz, los ojos se me iban acostumbrando a la oscuridad. El aire olía a

moho, a viejo, y el suelo por el que caminaba descalza tenía una especie de baba suave que me alegré de no ver. Podía volver a la cueva, atravesar aquel muro de zarzas y espinos, para morir sola por el hambre o por la locura. O podía caminar por el pasillo baboso buscando una salida.

No quería pensar en qué encontraría al fondo de aquel túnel ni en que tal vez no terminara, y me convencí de que acabaría en la iglesia, de que saldría de allí y despertaría en mi cama, como tras cada sueño de aquel pueblo maldito. Si Endimión no volvía a por mí, estaba en un túnel del que nadie tenía noticia. Caminé un rato en aquel silencio negro hasta que pude apreciar un poco de luz. Era solo un reflejo, pero lo seguí. Desaparecía en el suelo o salía de él. Hundí las manos en aquella baba asquerosa y aparté el barro o lo que fuese que me separaba del reflejo. Encontré una anilla y tiré de ella. No pasó nada. Tiré con más fuerza, con tanta como pude acumular, y a punto estuve de soltar un grito cuando se movió un poco. Seguí tirando hasta que levanté una trampilla pequeña por la que ni siquiera sabía si podría pasar. Me senté al borde y fui descendiendo hasta quedarme colgada por los brazos. Las axilas me dolían de aguantar el peso contra los bordes de aquel agujero, pero levantar los brazos suponía caer a un vacío que me daba pánico. Tomé aire, cerré los ojos y levanté las manos. Me torcí un tobillo al caer. Sin embargo, el suelo estaba más cerca de lo que pensaba. Estaba en una habitación redonda, mucho más clara que el túnel que había dejado arriba. En la parte alta de las paredes había unos ventanucos tapados con madera que dejaban pasar el reflejo de la luna.

Cuando los ojos se me aclimataron a la luz, vi objetos tapados con tela. Parecían cuadros. Ni siquiera los destapé, me daba igual lo que hubiera bajo aquellas mantas.

En la esquina de la habitación había un bulto inmóvil y pensé que se trataba de alguna otra pieza robada o cualquier trasto. Entonces gimió. Caminé despacio y, cuando me estaba acercando, reconocí a Olga. Corrí hasta ella. Tenía los ojos cerrados, pero los abrió al oír su nombre.

—Aquí no, Menai. Vete. Debí protegerte. Me atraparon.

Sonreía sin fuerzas. La abracé y la encontré helada. La retuve así un rato y, cuando hubo entrado un poco en calor, desaté las cuerdas de los pies y de las manos y la ayudé a incorporarse. Endimión había desaparecido, pero eso ya no importaba; había llegado hasta allí para salvar a Olga. La sujeté pasándole el brazo por la cintura y caminamos hacia una escalera que había al fondo de la sala. Subimos sin hacer ruido y, al llegar arriba, encontramos una puerta que no nos costó abrir. Aparecimos en el recibidor de una casa. Era un espacio enorme, con una escalera en el centro y todas las ventanas tapiadas. Una lámpara gigantesca colgaba del techo y un escudo igual que mi exlibris, tallado en piedra, coronaba la escalera.

—Es la casa grande, Olga.

Ella asintió y tiró de mí. Me dejé llevar por un pasillo y luego por otro. Había marcas en las paredes de cuadros que una vez estuvieron colgados y ahora habían desaparecido. Atravesamos unas puertas batientes como las de un salón del Oeste y se giró para mirarme. Estábamos en una cocina tan grande como toda mi casa. Lorena hubiera sido feliz en un sitio así. Lorena... Olga caminó despacio hasta el fondo de la cocina y se apoyó contra la alacena. No sabía qué estaba haciendo hasta que vi el mueble moverse un poco. Corrí hasta ella y la ayudé. Allí detrás había una escalera estrecha y sin luz.

—¿Otro túnel?

Ella asintió y tiró de una cuerda que puso la alacena en su sitio antes de bajar el primer escalón. Y volvimos a la oscuridad total. La paré para ponerme delante. No cabíamos las dos, así que no podía sujetarla, pero al menos, si caía, que chocara contra mí, no contra el suelo. Al

final de la escalera palpé las paredes. Otro túnel. O el mismo, quién sabe. Caminé hacia la izquierda, porque hacia algún sitio tenía que ir, pero Olga tiró de mí hacia la derecha.

—¿Estás segura?

—Allí la cueva. Olga no sabe nadar. No hay salida en la cueva.

Caminamos por donde ella me indicó. Olga apenas podía andar y apoyaba todo su peso en mi cuerpo, que tampoco estaba para demasiadas alegrías. Me dolía el tobillo y me negaba a pensar de nuevo qué encontraría al fondo de aquel túnel o que tal vez no terminara. Al menos en el sótano de la casa Olga estaba viva. Yo la había arrastrado a un túnel en el que ambas podíamos morir de frío o de hambre. Notaba las lágrimas en la cara porque me escocía la piel y empezaba a valorar la idea de dar la vuelta cuando me topé con una pared al frente. El final del túnel. No podía terminar sin más. Olga se dejó caer en el suelo, como dormida, como muerta. Golpeé la pared con los puños cerrados hasta hacerme sangre. Hasta ver la sangre escurrirme por las manos. ¡La veía! Había luz, luz que venía de arriba. Levanté la vista y vislumbré una trampilla unos palmos por encima de mi cabeza. Estiré el brazo y la abrí sin esfuerzo. Otra cosa diferente fue subir el peso de mi cuerpo hasta donde estaba.

Al segundo salto conseguí sacar la mano por el hueco y palpé por si había algo a lo que agarrarse. Solo una superficie lisa y fría, como mármol. En otro salto puse las dos manos, pero me escurrí antes de poder sujetarme. Ni siquiera alcancé a ver qué había más allá de aquel agujero. Sin embargo, a diferencia del desánimo que casi me había hecho abandonar un rato antes, entonces sabía que el final de aquella tortura estaba cerca. Volví a saltar abriendo a la vez los brazos y las piernas y conseguí mantenerme en un equilibrio ridículo, pero eso sí, con las manos una a cada lado del hueco de la trampilla. Apoyé con fuerza un pie en la pared y, muy despacio, fui levantando el otro, sujetando todo el peso de mi cuerpo con los brazos.

Lo logré al cuarto o al quinto intento. Repté fuera

de aquel agujero y reconocí el espacio. Bajé de nuevo de un salto para ayudar a subir a Olga. Le di unos cachetes en la cara para espabilarla y, cuando iba a explicarle que tenía que subir a mis hombros para alcanzar la trampilla, apoyó un pie en la pared y se hundió un poco. Lo había metido en un agujero del tamaño perfecto para hacer de escalón. Se agarró a una cuerdecilla que yo no había visto y subió el otro pie hasta un nuevo agujero. En un momento estaba arriba, y yo me sentí idiota. La seguí y, en cuanto me vi a salvo, cerré la trampilla de golpe en un gesto absurdo de protección.

Levanté la vista hacia el altar y luego al resto de la iglesia. La de mis sueños y mis pesadillas. Llegué como pude hasta la puerta y la abrí. Creo que pesaba mucho, creo que me costó demasiado esfuerzo, pero una puerta de madera no iba a frenarme después de todo lo que había pasado. Olga había vuelto a dejarse caer en el suelo, pero la tomé en brazos y recordé al gato pequeño y cojo. Tan poco pesaba. La dejé entre dos bancos, arrugadita como un abrigo caído de una percha, y le pedí que me esperase allí mientras salía a la calle a buscar ayuda.

De frente, como en una escena de película de miedo, los tejados picudos se recortaban contra un cielo negro y una luna redonda y perfecta. La Cuna de Menai.

Mis pies dejaban huellas sucias de sangre en el asfalto. Caminé como pude hasta la farmacia. Golpeé la puerta, llamé al timbre un millón de veces. No quería esperar. No era justo que me hicieran esperar. Una luz se encendió y al momento Ana me abrió en pijama.

—¡Cora! ¡Cora!

La abracé. La abracé y me eché a llorar. Me dejé caer en el suelo y ella tiraba de mí, pero no tenía fuerza para levantarme ni yo colaboré lo más mínimo. Solo quería quedarme allí y que me

abrazara. Debió de darse cuenta porque desistió y se sentó a mi lado.

—Ya está, pequeña, ya se acabó. ¿Dónde has estado?

La miré. Abrí la boca para decir que fuesen a buscar a Olga, pero una sombra enorme apareció a nuestra espalda.

—Métela dentro. Ha entrado en la casa y se ha llevado a la vieja.

9 de septiembre



91 % visible

Antes de abrir los ojos, noté el olor a té de rosas y sentí una pena enorme, una decepción tan grande que me ahogaba por dentro. Me incorporé un poco. No podía mover los brazos ni separar las piernas porque tenía las muñecas atadas a la espalda y los tobillos rodeados por una brida de plástico, como las que usaba Lucía para sujetar los cables o mi padre para enderezar las ramas más rebeldes.

Oí los tacones de Ana antes de verla. Estaba guapísima. Se había soltado el pelo y entre el vestido que llevaba puesto y su piel no cabía ni el aire.

—Levanta.

Me apretaban las bridas con las que me habían atado y, al moverme, se me clavaron en la piel. Se lo dije y rebuscó en un cajón hasta que encontró unas tijeras.

—No hagas tonterías.

—Ana...

—Niña idiota, no tendrías que haberte metido donde no te llamaban.

No parecía ella. O tal vez sí, tal vez era más ella que nunca, sin esas gafas que no encajaban bien en su cara, sin la rebeca gris que le echaba años encima.

—Si me dejas marcharme, no diré nada.

Sonrió y tuvo miedo. Ya no me parecía tan guapa.

—Tú y yo sabemos que eso es mentira.

—Mis padres me estarán buscando. Pondrán el pueblo patas arriba y acabarán entrando aquí.

—Tú lo has visto, ¿verdad? ¿Crees que me importas tú o ellos o la vieja? Solo necesito a ese jodido inmortal y tú vas a decirme cómo encontrarlo.

—No era el libro.

—¿De qué hablas?

—No era el libro lo que tenía que proteger. Mi abuela dijo que no dejara que lo encontrasen y creí que se refería al libro, pero era a él. Tenía que ocultarlo de gente como tú.

Se quedó mirándome. Cuando volvió a hablar, su tono era mucho más dulce.

—Dímelo y te dejaré marchar.

Sonreí.

—Tú y yo sabemos que eso es mentira.

Se acercó, rebuscó bajo mi camiseta y sacó el collar. Dejó la poca amabilidad fingida que guardaba para mí y su voz sonó como una lija arañando la madera.

—¿Qué son estas piedras? Están en la casa y por todas partes. Él te lo ha dado, ¿verdad? Lo encontraré, tarde o temprano voy a encontrarlo, aunque tenga que agujerear todo este pueblo de mierda.

—Así que eres tú la que entra en la casona y vende lo que hay dentro.

—Me importa un rábano lo que hay en la casa. Solo busqué en la biblioteca los libros que hablaban de él. Es lo único que me importa, encontrarlo. Ya estoy muy cerca y, si no me ayudas, no me sirves para nada. En cuanto encontremos a la bruja, nos ocuparemos de ella y, si no me das algo, no tendrás más suerte.

—Como os ocupasteis de ese detective.

—Eso no estaba planeado. Pero hacía preguntas. Esos tipos son codiciosos y..., bueno, había que hacer grande la leyenda. Otro hombre flotando en el río junto a la casa de las brujas. En tu mano está salvarlos a todos. O condenarlos.

La puerta chirrió de nuevo y una sombra enorme apareció en la rebotica. Era uno de los tipos raros que habíamos estado viendo por Covanegra en los últimos días. Oía las voces que llegaban desde detrás de aquella puerta. No hablaban español. Ana pareció darse cuenta de que intentaba escucharlos.

—Ellos no serán tan amables.

—¿Ellos? Tú pintaste mi puerta. Y mataste al perro de Tomás, ¿no?

—¡Y os hubiera matado a todos! Llevo años asustando a los del valle para que nadie venga aquí, buscando a ese gusano inmortal. Esos brutos de ahí fuera solo están aquí para ayudarme. Tentarlos con la casa grande fue fácil, no imaginas los tesoros que hay allí. Esas brujas guardaban antigüedades que sabe Dios de dónde habrían sacado. Pero tuvisteis que empezar a hacer preguntas. Tu abuela era una bruja, ¿no?, una de las brujas. Lo supe cuando vinisteis a tirar las cenizas, no había más que verte la cara, tan parecida a todas esas fotografías.

—Aún puedes escapar, Ana.

—Él vendrá a buscarte. En todos estos años no he conseguido que salga de donde diablos se esconde, pero fue llegar tú y aparecer.

—Se lo diré a esos —dije señalando hacia la puerta—. Les diré que los has engañado y que quieres quedarte con lo más valioso.

—Eso. Diles que hay un chico inmortal y seguro que te creen. Cuando encuentren a la vieja, lo del perro de Tomás no será nada.

—Boyko lo sabe.

—Boyko no sabe una mierda. Es un imbécil al que ha sido muy fácil engañar. La pobrecita farmacéutica. Sé mucho más de él que él de mí, te lo aseguro. Sé lo que ocultáis todos, porque en cuanto alguien os hace caso, le contáis vuestros secretos. ¿Cómo crees que averigüé quién era Raúl?

—¿Tú avisaste para que vinieran a buscarlo?

—No hizo falta. Esos dos se esconden de alguien, eran fáciles de asustar.

—¡Te lo inventaste! Nadie los buscaba.

—De Barcelona, sin equipaje, escondiéndose todo el tiempo... Y ese pelo rojo recién teñido. Me daba exactamente igual de qué huyeran, la verdad, pero seguro que alguien está muy interesado en saber que están aquí.

De golpe se quedó callada. Uno de los tipos grandes había entrado en la rebotica y estaba frente a ella, con una pistola en la mano. Hizo un gesto y Ana me dio una patada para que me pusiera en pie. Me levanté despacio y retrocedí cuanto pude, hasta topar con la pared. A mi lado estaba la puerta baja que me resultó tan graciosa el primer día que la vi. Qué lejos quedaba aquello. Era tan pequeña como la que había en casa de Lucía y Carlota. Una bodega. Un hueco cualquiera en el que esconderme. El tipo de la pistola se acercó y cerré los ojos. Un maullido como el de un gato al que hubiesen pisado el rabo llegó desde la farmacia y el tiempo se congeló un segundo. Justo después de ese segundo, los dos echaron a correr, porque debieron de darse cuenta de lo mismo que yo acaba de relacionar: no era un gato sino la balanza de hierro. Alguien había entrado en la farmacia.

No lo pensé. O a lo mejor lo pensé tan rápido que mi cuerpo respondió a las órdenes de mi cabeza antes de que me diese cuenta de lo que estaba haciendo. Metí la mano por detrás de la pantalla y palpé hasta que di con el llavero de la lagartija, colgado de un clavo en la pared. Tiré de él y, en cuanto lo tuve en la mano, abrí la puerta, pasé al otro lado y la cerré, con dos vueltas de llave. Estaba totalmente a oscuras, salvo por un hilo diminuto de luz que pasaba por debajo de la puerta. No tardarían en darse cuenta de que me había ido, así que busqué algo con lo que protegerme o bajo lo que esconderme, pero no vi nada. Palpé la estantería de libros pegada a la pared, pero en aquel momento no me resultaba útil. Un palo, un hierro, una barra con la que defenderme, cualquier cosa me hubiera servido. Me di la vuelta y me alejé unos pasos tanteando las paredes hasta que, al avanzar el pie, me quedé sin suelo debajo. Una escalera. Bajé unos cuantos escalones y entré en un pasillo negro y tan estrecho que apenas podía moverme. El suelo viscoso sobre el que andaba me confirmó lo que temía. Otra vez encerrada, otra vez a punto de morir en un túnel frío y oscuro. La única que podía avisar de dónde estaba era Olga y no sería capaz de hilar dos frases seguidas. Me costaba respirar. No me entraba aire. El corazón me latía a mil por hora. Me ahogaba. Al tercer o cuarto paso me golpeé con algo duro en la cabeza, como si el techo hubiese bajado de repente.

Me quedé un rato sentada en el suelo. Me dolía la cabeza y notaba la sangre resbalando por mi frente. Me entraron ganas de quedarme allí, de dejar de huir, de no tener miedo. De dormir. De dormir arropada mirando mi techo de estrellas. Mierda, Raúl. Esos tipos buscaban a Olga, pero también irían a por Raúl. Y a por Lorena. Y a por Endimión. «Ese gusano inmortal», lo había llamado Ana.

Tenía que ponerme en marcha y llegar a algún sitio. Oía agua. Estaba segura de que oía agua.

Busqué a tientas una pared que seguir y caminé despacio, con el cuello un poco encogido por si me golpeaba de nuevo. Llevaba la mano pegada a la pared húmeda y notaba la piedra, hasta que me pinché. Dejó de ser algo duro y se convirtió en una masa entre suave y rasposa. Una zarza. Y musgo.

La pared de la cueva.

Sabía que estaba al otro lado de aquella maraña como sabía que no tenía forma de salir de allí. «No hay salida en la cueva», había dicho Olga. Me agaché tanteando hasta dar con el hueco por el que atravesar la pared vegetal, con la seguridad de que al otro lado estaría igual de encerrada, pero al menos habría luz.

El estanque me recibió con la luna brillando en el centro. A Raúl le hubiese encantado. Mierda, Raúl. No tenía forma de salir de allí para decirle que no hacía falta que tirase más muros, que iba a estar para él cuando me necesitase. Ni podría decirle a Laura que en realidad no estaba enfadada. Ni con ella ni con Aitor. No hacían tan mala pareja. Me senté en el suelo, al borde del estanque. Mis zapatillas seguían allí, al menos eso no lo había soñado. Volver por el túnel no era una opción si no quería toparme con aquellos tipos. O con Ana. Ay, Ana, cómo nos había engañado con su rebequita de vieja y su moño bajo. Endimión había desaparecido y yo no tenía forma de salir de la cueva. Morir de hambre o a manos de unos ladrones. Seguro que mis padres me estaban buscando y que irían corriendo de un lado a otro hasta que les faltase el aire. El aire. Como me faltó a mí el día que Endimión se metió en el agua y desapareció y corrí hasta el pueblo para buscar ayuda.

Endimión desapareció en el agua.

Y luego estaba sentado frente a la iglesia.

Como si hubiese llegado por un camino secreto.

Por un túnel.

Como si hubiese buceado hasta la cueva y desde allí hubiese tomado el mismo túnel por el que yo había llegado.

«Olga no sabe nadar. No hay salida en la cueva». Eso había dicho.

Me quité la sudadera con tanta prisa que a la altura de la nariz se me enganchó y creía que me ahogaba. Entré en el agua. El pantalón del pijama se me pegaba a la piel. Estaba tan fría que dudé un segundo. Llené los pulmones de aire, cerré los ojos y me sumergí. Cuando los abrí, no había luz que traspasase el agua. Buceé con furia, sin saber hacia dónde me dirigía, mientras notaba en los pulmones la presión del aire que quería escapar y, un momento después, el deseo de abrir la boca y llenarlos. Braceé más fuerte.

La luz de la luna apenas se filtraba bajo el agua, pero se filtraba. Un instinto animal tiraba de mí. Notaba la presión en los pulmones. El dolor en la nuca. Así acabaría todo. Ahogada en el río, convertida en un fantasma que emergería las noches de luna llena. Unas hojas blandas me rodearon y apreté los dientes para no abrir la boca y alargar un instante más aquella agonía.

No pude mantener la boca cerrada más tiempo y, al abrirla, noté cómo el agua bajaba primero por mi garganta y un segundo después me apretaba el pecho por dentro.

Lo había intentado.

Todo se volvió negro y dejé de bracear.

Cuando desperté, alguien me golpeaba el pecho. Una arcada me subió por la garganta y vomité. Alguien me puso de lado.

—¡Cora! ¡Despierta, Cora!

Raúl.

A pesar de su abrazo, de que me frotaba la espalda con todas sus fuerzas, estaba helada. Intentamos caminar hacia el puente, pero tenía tanto frío que no podía dar un paso. Ni siquiera uno. Raúl tiraba de mí. Intentaba tomarme en brazos, pero pesaba demasiado para él.

—Por favor, por favor, Cora.

—Me has encontrado, me has encontrado...

—Me estaba volviendo loco. Todos nos estábamos volviendo locos. Ana, Boyko, tus padres, todos.

Intenté decirle que Ana no, que ella no estaba buscándome ni asustada. Al menos no por lo que pudiera pasarme, pero no tenía fuerzas siquiera para empujar las palabras.

Raúl seguía hablando mientras me rodeaba con los brazos, con el cuerpo. Como envolviéndome entera.

—Me vine aquí porque no sabía dónde ir. Por si ese fantasma tuyo aparecía de pronto. ¡Tenía tanto miedo! Le grité que, si tanto le importabas, fuera a buscarte. Y apareciste flotando. Creía que estabas muerta.

Me dolía la cabeza y se me nublaba la vista.

Raúl me tomó en volandas. Notaba el esfuerzo en su respiración; así no podíamos llegar hasta el pueblo. A la altura del puente, junto a la casa de Olga, me sentó en el suelo.

—Voy a buscar ayuda, por favor, aguanta un poco.

Fue lo último que oí. Ya no tenía frío, ni me dolía la cabeza. Ni nada. Si la muerte era aquello, tampoco estaba tan mal.

Cuando abrí los ojos me dolían las piernas, la cabeza y la espalda. Me incorporé y tardé un segundo en reconocer el espacio. La cocina de Olga.

—Él te salvó. Él te cuida, Menai. Siempre nos cuida.

Se llevó la mano al cuello y sacó un collar idéntico al mío. Repetí el gesto para enseñarle el que yo llevaba.

—¿Me lo diste tú?

—Para que te reconociese.

—Pero me ha traído Raúl. Él me ha salvado.

—Fue a por ti. No estabas. Y luego sí. Ahí —dijo Olga señalando hacia fuera de la casa—. Estás tan guapa.

El maullido de gato. La balanza. Endimión había ido a buscarme arriesgándose a que alguien lo viera, cayendo en la trampa que Ana ideó, en la que yo era el cebo. Solo esperaba que hubiese escapado. A fin de cuentas, él sí conocía los túneles.

Olga me ofreció una infusión y, a medida que la iba bebiendo, fui recuperando las fuerzas. Se acercó y me tendió algo que sacó de un bolsillo del mandil que llevaba sobre la ropa. Era una fotografía en la que aparecían ella y mi abuela, delante de la casa grande. Mi abuela no tendría más de quince años y Olga tampoco era mucho mayor. Le hice un gesto para que se sentase a mi lado y le pasé el brazo por los hombros.

—A ella no pudo salvarla, se la llevaron. La bruja. ¡La bruja! —levantó la voz.

—No pasa nada, Olga, ella vivió feliz, tuvo un hijo, cuidó de mí. Pero no se olvidó de ti ni de Covanegra. Me contaba muchas historias.

—Brujas. Brujas. ¡Se la llevaron!

Asentí y la abracé más fuerte.

—Olga, vendrán a por ti. Tienes que esconderte, por favor.

Yo salí de la casa, pero me pareció ver dos sombras y me escabullí tras la zarza. Por suerte,

reconocí a Raúl y salí a su encuentro. Boyko venía con él.

—¡Cora! Gracias a Dios que estás bien.

—Es Ana. Es Ana. Y esos tipos.

—Lo sé, lo sé. Lo sospechaba hace tiempo, tranquila —me calmó Boyko—. La policía viene hacia acá.

—¡No!

Debí de sonar tan fuerte que Raúl y él se pararon en seco y me miraron, como esperando una explicación.

—Nadie vino a buscar a la madre de Raúl. No era verdad. Pero si llamas a la policía, los encontrarán.

Raúl me abrazó y me estrechó contra él. Lloré sobre su jersey hasta notar que lo estaba mojando.

—No pasa nada, Cora.

—Tendrás que irte otra vez.

Sonrió. Sonrió con la boca y con los ojos y con toda la cara.

—Ya nos hemos escondido bastante.

El puente se llenó de luces azules. Varios coches de policía llegaron en fila y aparcaron frente a la casa. Corrimos hacia allí, pero Boyko nos pidió que nos alejásemos. Íbamos hacia la iglesia cuando una sombra se movió en la plaza. Solo era un árbol agitado por el viento, pero Raúl se encogió detrás de mí.

—Tranquilo, solo es un árbol.

—No puedo evitarlo, no sé ser valiente.

—Solo tienes miedo.

—¿Qué diferencia hay? Yo debería protegerte, no ocultarme detrás de ti.

—Boyko es quien va a protegernos, es su trabajo.

—Bueno, ahora ya lo sabes, soy un cobarde. Por eso huyo todo el rato.

—Deja de decir chorradas.

Levantó la vista y me clavó unos ojos llorosos y profundos.

—Tú nunca tienes miedo. Bajas al río, buscas a ese chico, investigas... A mí se me corta la respiración cuando oigo un ruido, voy andando y me paralizó con cada sombra que aparece.

—¿Y qué tiene eso de malo?

Lo besé y me apartó.

—Vamos. Ese tipo del río no te pide que lo protejas.

—Ni me pinta estrellas en el techo, ni me enseña a tocar la luna.

—Ya sabes a qué me refiero. Debería ser yo quien fuera delante, apartando las sombras.

—Venga ya, Raúl. Tú no eres de esos.

—¿De los valientes?

—De los que creen en caballeros y princesas. ¿Quién dice que tengas que ser valiente?

Las luces azules de los coches nos iluminaban cada pocos segundos y luego desaparecían, y yo aguantaba la respiración cada vez que nos quedábamos a oscuras, porque temía que al volver a ver su cara estuviera llorando.

—Mi padre —contestó dos o tres luces azules después—. Cuando se iba de casa, siempre me decía que yo era el hombre de la familia y que tenía que proteger a mi madre.

—Son gilipolleces que se les dice a los niños. Seguro que también te dijo que existían los Reyes Magos. —Le di la mano y volví a caminar hacia casa—. Venga, vamos.

—Pero no lo hice. No la protegí.

Se acurrucó contra mi pecho y empezó a llorar. Lo rodeé como pude, intenté envolverlo, pero era mucho más grande que yo. Las luces seguían dando vueltas y cualquiera que hubiese mirado hacia la plaza nos habría visto allí en medio, abrazados, desprotegidos. O tal vez protegiéndonos el uno al otro.

—Tú no tenías que protegerla, Raúl.

Levantó la cara y me miró.

—Dylan.

—¿Qué?

—No me llamo Raúl, me llamo Dylan. Y mi madre no es Lorena, sino Blanca. Y no es pelirroja, aunque creo que de eso ya te habrás dado cuenta. Nací en un pueblo de Burgos. Mi padre mató a un tipo y mi madre lo vio. Creo que ha matado a muchos, por eso nos escondemos.

Había quitado el tapón y ahora no había forma de callarlo. Lo besé, pero se separó y siguió hablando.

—Mi madre no es cocinera, es informática, y la pobre ha aprendido a cocinar, pero lo odia.

Volví a besarlo y, cuando se separó de mí, estiró la mano para tocarme el pelo.

—Tienes sangre en la cabeza.

No gritó ni lo dijo asustado, solo me informaba. Antes de que volviese a su confesión sin pausas, le pregunté por mis padres.

—Están en tu casa, con la policía. Mi madre está con ellos.

Lo abracé por la cintura para caminar así, muy juntos, cuando llegó Boyko.

—Vamos, chicos. Aquí no estáis a salvo. Hizo un gesto a uno de los policías para que se acercase.

—Acompáñalos, por favor.

—¿Ves? —le susurré al oído—, yo tampoco valgo sola para protegerte.

Me pasó el brazo por los hombros y me pegó a él para decirme, más bajo aún de lo que yo había hablado:

—¿Me lo contarás? Todo lo que ha pasado, cómo llegaste hasta allí.

—Es una historia muy larga.

Me miraba sin parpadear.

—Yo tengo tiempo. Todo el tiempo del mundo. Se acabó lo de huir.

De la farmacia salieron dos policías uniformados y uno de aquellos tipos con las manos en la espalda. Boyko caminó hacia ellos y, cuando se había alejado un par de pasos, se dio la vuelta.

—¿Cuántos eran, Cora?

—Ana y tres más, que yo haya visto.

—Pues nos falta uno.

—Estará en la casa grande —dije señalando.

Frunció el ceño.

—No hemos quitado ojo de la puerta. No han entrado ahí.

—Hay túneles por todas partes. Yo salí por la iglesia y creo que hay otro entre la farmacia y la casa, te lo enseñaré.

En ese momento salieron dos policías más de la farmacia diciendo que no con la cabeza. Frente a la casa grande estaba aparcada la furgoneta gris que había visto alguna noche, cuando creía que todo eran sueños.

—Tú no —dijo Raúl—, tú te vienes a casa.

Boyko sonrió y dijo que sí con la cabeza.

—Tus padres están muy asustados. Y mírate. Anda, id a casa.

—La puerta pequeña de la rebotica da a un túnel. No sé cómo se llega a la casa, pero creo que es por ahí. Y vigilad la iglesia. Hay una trampilla detrás del altar.

Asintió y se alejó.

Empezamos a caminar, seguidos por el policía de uniforme.

—¿Qué te preocupa? —dijo Raúl.

—¿Y si Ana habla? ¿Y si les habla de Endimión y la cueva negra?

—Lo siento, no te sigo del todo. Hay mucho que no me has contado.

—Me crees, ¿verdad? ¿Crees que existe Endimión y que Ana lo busca?

—¿Para qué?

—Sueña con la inmortalidad.

Asintió, se encogió de hombros y me dijo al oído:

—Te he creído desde el principio, pero nadie quiere medirse con un chico inmortal capaz de enamorar a una diosa.

Sonreí y lo besé.

—No creo que diga nada —me calmó—. ¿Quién la creería?

—Sí. Si es lista, se callará. Si esos tipos se enteran de que los ha utilizado, está muerta.

Raúl me pasó el brazo por los hombros. El policía uniformado se adelantó para iluminar el camino, aunque no llegamos hasta casa, porque papá y mamá ya venían corriendo. Me abrazaron tan fuerte que creo que me rompieron alguna costilla.

20 de septiembre



Luna nueva

Después de detener al tipo que se había escondido en el sótano, la policía pasó una semana peinando el pueblo en busca de más túneles o escondites. Entraron por la trampilla de la iglesia y me quedé allí clavada hasta que salieron diciendo que había ramificaciones del túnel por todas partes: al sótano de la casa, a la farmacia... Pero que terminaba en una pared con musgo y zarzas y no había nada más allá. Registraron cada bodega y cada agujero de Covanegra.

—Durante la guerra se construyeron muchos —explicó uno de los policías a Boyko—. Para esconder a la gente, ya sabes.

Boyko nos dijo que tenía que volver a Alemania, porque una vez que empezasen a hablar Ana y los otros, iban a caer muchos malnacidos. Me hizo gracia oírle decir aquello con su español de trapo. Nos prometió que volvería a vernos cuando tuviese tiempo y que, mientras, nos iría contando lo que avanzasen. Ya había abierto la puerta del coche cuando se giró, me miró a los ojos y me dijo:

—¿Sigues sin recordarlo?

Asentí.

—Es todo muy confuso.

—Pero estuviste en la casa grande, ¿no? ¿Cómo sabías lo del túnel de la iglesia?

—No recuerdo nada, Boyko, esas moras que crecen en el puente...

—Tu padre me lo ha dicho, algo de una mezcla con amapolas. Ya hemos dado orden para que las arranquen, no sea que Covanegra pase de ser un pueblo embrujado a un centro de distribución de drogas.

Me abrazó sin motivo y al momento se separó y se metió en el coche.

Mamá salió por la puertecilla de la casa grande. Traía a Cojito en brazos.

—Bueno, ya está, este pequeñajo es un cotilla. Me ha costado muchísimo encontrarlo.

—Se llama Cojito.

Me lo tendió y lo cobijé contra mi cuerpo. Ya se había ocultado el sol y empezaba a hacer frío.

Lucía y Carlota estaban sentadas en el banco de la iglesia.

—¿En serio no vais a mudaros ahí? —preguntó Carlota.

—Ni siquiera está claro que sea nuestra. Y es demasiado grande. Le hemos dicho a Olga que se venga ella aquí, pero no quiere tampoco.

—Terminaremos la otra —dijo papá. Y me miró antes de seguir hablando—. Esta puede quedarse como casa de acogida o como biblioteca; hay unos libros maravillosos ahí dentro. O como la casa del pueblo, yo qué sé. Los de la Comunidad ya están mirándolo.

Un coche paró en la cuneta y todos corrimos hacia él. Tomás se bajó y nos abrazó uno a uno. Después abrió la puerta trasera y salió un cachorrillo de pastor alemán.

—Creo que habéis estado entretenidos en mi ausencia.

Me alejé un poco y me senté en un banco. Papá y mamá estaban abrazados y se miraban de esa forma maravillosa que me excluía a mí. Yo no era la orquídea fantasma de papá, pero no estaba mal ser su lirio Cordelia. Lorena, o Blanca, se había cortado el pelo y ahora abrazaba a Tomás por la cintura como si no pensara soltarlo por más que él lo intentase. Lucía y Carlota señalaban hacia la casa grande, seguro que planeando qué hacer con ella. Olga lo contemplaba todo desde una esquina, con su pelo alborotado y su sonrisa. A la abuela le hubiese encantado estar allí, a su lado. Bien por ti, Menai. Bien por vosotras.

Y Raúl. Dylan. Dylan de pie, sin girarse ni una sola vez para ver si alguien lo seguía. Sonriendo con aquella mirada que me volvía loca. Se acercó.

—¿Y ahora qué? —me dijo.

—¿Qué de qué?

—Bachillerato a distancia o Madrid. Aitor. Laura.

—Dame tiempo para pensarlo.

Se quedó quieto, intentando sonreír, intentando que no notase que aquello le había molestado.

—¿Mucho tiempo?

—Oh, ya sabes. —Levanté la vista a un cielo negro y cuajado de puntos brillantes como los de mi techo—. Todo lo que importa tarda en llegar al menos una luna nueva.

—Esta ya no cuenta. Tendrás que protegerme, al menos, cuatro semanas más.

Lo besé antes de que dijese más tonterías. Y porque me moría de ganas de hacerlo. A su espalda me pareció ver una sombra, tal vez un chico de ojos negros, que nos miraba.

Y sonreía.

CUANDO LA LUNA LLORA

Tras la muerte de la abuela de Cora, la familia se traslada a vivir a Covanegra, un pequeño pueblo semiabandonado con fama de maldito y cargado de leyendas. De golpe, Cora se ve obligada a dejar atrás toda su vida, su universo en la gran ciudad: deja su instituto, a su mejor amiga, a su novio... No entiende que sus padres hayan optado por vivir en un lugar que expulsó a su abuela tachándola de bruja, así que se empeñará en hacerles cambiar de opinión. Sin embargo, no es tan fácil escapar del embrujo de Covanegra. Cuando sale la luna, comienzan los sueños..., y las pesadillas.

io
periscopio